
Un lord para una solterona
Olympia Russell

# UN LORD PARA UNA SOLTERONA

© Un lord para una solterona.

© Olympia Russell 2025

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Prefacio

El sol le daba en la cara y no le veía bien. No distinguía ninguno de los rasgos de su rostro, pero tampoco le hacía falta, los conocía de memoria.

—Liam no me gusta.

—Ya…, a mí tampoco.

Soltaron una carcajada al unísono, que se extendió por todo el jardín, aunque no había nadie para escucharla.

—¿Vamos a investigar a las hormigas? —dijo Jane con su vocecita infantil y entusiasmada, cuando terminó de reírse a gusto.

Y Terry asintió: sabía que su amiga no aceptaría otra respuesta. Así que ambos se levantaron de la hierba en la que estaban tumbados y salieron corriendo hacia el extremo del jardín en el que días atrás habían identificado un hormiguero.

Él, con la camisa fuera de los pantalones, con los faldones ondeando al aire. Ella, levantándose el vestido, dejando al aire sus

piernas morenas y torneadas, acostumbradas a recibir la luz del sol y a estar al aire libre. Ambos, con los pies descalzos.

Felices.

Libres.

# Capítulo 1:

Terry y Jane tenían la misma edad, ocho años, y eran amigos. Los mejores amigos del mundo, como decían ellos desde que tenían uso de razón.

Terry era el primogénito del Duque de Graymont y su añorada esposa, Amelia O'Hara, fallecida en el parto de Terry. Era también su único hijo y su heredero. Cuando falleciera el actual Duque, un hombre melancólico que no había superado la muerte de su amada esposa, Terry, Terrence, heredaría uno de los títulos más distinguidos y poderosos de Inglaterra, además de un puesto privilegiado en la cámara de los lores. Heredaría también tierras en Irlanda, la parte de la herencia de su madre, y el maravilloso palacio en el centro de Londres en el que vivía junto a su padre.

Pero en ese momento Terry tenía ocho años y ningún interés en todo aquello.

Su único interés era, de hecho, escapar todo lo posible de la asfixiante atmósfera de su palacio.

Sí, vivía en un imponente y precioso palacio. Sí, estaba decorado de la manera más maravillosa y distinguida posible, obra de su madre antes de fallecer. Sí, todos en el palacio, desde su padre, hasta el criado más humilde, vivían y respiraban por él, pero, seguramente por todo aquello, a él le resultaba asfixiante y no veía la hora de poder escapar del lugar.

No le resultaba fácil. Era tan solo un niño a las órdenes de todos los adultos que le rodeaban. Tenía que levantarse, acostarse y comer a las horas y en los lugares en que lo obligaban. Tenía que aguantar tediosas clases particulares con preceptores e institutrices sobre temas que le importaban muy poco,como el "passé composé" en francés, o la historia de las revoluciones campesinas del S XlV.

Y, sobre todo, tenía que aguantar los monólogos interminables de su melancólico padre hablando de su madre.

Terry quería a su padre y quería de alguna manera la imagen que este le había transmitido de su madre, pero era un niño que, sobre todo, quería alegría y diversión y eso, en aquel palacio, no era posible.

Por suerte, tenía una vía de escape. Un lugar en el que dar rienda suelta a su energía infantil. Un lugar en el que no había normas rígidas, sino inconsciencia y libertad. Juegos y risas.

El lugar estaba justo enfrente de su palacio, apenas a veinte metros de la entrada. Y se trataba del palacio de sus vecinos, los conde de Firestone.

# Capítulo 2:

La relación entre la condesa de Firestone y  la duquesa de Graymont —la madre de Terry— había sido tan estrecha que, a pesar de no serlo, se habían llamado "hermanas" entre ellas. Por un lado, la proximidad entre los dos palacios había favorecido aquella relación, pero también sus caracteres, tranquilos y amables, les habían acabado de juntar como si fueran almas gemelas.

Desde que se habían casado y se habían convertido en vecinas, no había habido dia que no compartieran varias horas juntas, en un palacio o en el otro.

La hora del té había sido siempre compartida, pero muchas veces también comían juntas y, si había habido un acontecimiento importante el día anterior y necesitaban intercambiar información, hasta desayunaban juntas.

Aunque se habían casado con una diferencia de tan solo dos meses, la Condesa de Firestone había sido la primera en quedarse

encinta y en dar a luz, nueve meses después, a un adorable y hermoso niño: Liam.

El nacimiento del niño las había unido aún más, ya que la Duquesa se había volcado en ayudar a su amiga en el cuidado de su bebe.

Liam había resultado un niño pelirrojo, sano y adorable que no les había dado más que alegrías. Pero, a pesar de eso, la duquesa, a medida que el niño de su amiga crecía, se había ido apagando al ver que ella no quedaba encinta.

Pero justo cuando el pequeño  Liam cumplió un año, algo maravilloso ocurrió: ambas se quedaron encinta. Al mismo tiempo.

Entre susurros y risas, en una conversación totalmente inusual entre mujeres de la nobleza, ambas confesaron que se habían quedado embarazadas la misma noche, una de luna llena y aire cálido que, estaban convencidas, había propiciado el milagro.

Porque como un milagro entendieron el embarazo de la duquesa después de casi dos años de amor diario y nulos resultados y el hecho de que ambas quedaran encinta al mismo tiempo.

Vinieron entonces nueve meses en los que su relación de amistad se fortaleció aún más. Compartieron las  indisposiciones habituales de los embarazos, con el disfrute de ver crecer a Liam,

que seguía tan saludable como siempre, aunque era cierto que apuntaba celos hacia el hermanito que iba a venir, ya que cuando cualquiera de ellas se lo recordaba: "vas a  tener un compañerito de juegos", el niño soltaba con su lengua de trapo la única palabra que era capaz de pronunciar con seguridad: "¡no!".

Y ellas cerraban el círculo con una carcajada al unísono.

La vida para ambas fue durante ese  tiempo, por tanto, maravillosa. A medida que sus cuerpos se fueron redondeando, compartieron también sueños sobre cómo serían sus futuros hijitos y cómo serían amigos siempre, porque, por alguna extraña razón, ambas pensaban que llevaban en su seno dos nuevos varones.

—Van a ser amigos los tres toda su vida, ¡como nosotras! —se repetían a menudo, ilusionadas. Imaginando dos varones más, como Liam, como sus maridos: sanos, enérgicos y poderosos.

También imaginaban que el parto, que cada vez estaba más cerca, iba a ser fácil y al unísono, como había sido todo el embarazo. No tenían razones para creer esto, y menos en un tiempo en el que las dificultades al dar a luz eran habituales, pero a ellas la vida les había sonreído hasta entonces, la condesa, de hecho, ya había pasado por el trance con Liam y todo había ido bien, mejor que bien ¿por qué iba a cambiar su suerte entonces?

No, no iba a hacerlo.

Confiaban y disfrutaban.

Pero, finalmente, todo se torció.

# Capítulo 3:

Empezó con la condesa.

Comenzó a sentir los dolores de parto una noche de luna nueva y cielo encapotado y, como si la oscuridad del cielo fuera un presagio de que todo había cambiado, aquellos dolores, desde el primer momento, le señalaron que lo que iba a ocurrir no iba a tener nada que ver con lo que había vivido con Liam.

Dolía. Mucho. Muchísimo. Más de lo imaginable.

En un primer momento, la duquesa la acompañó, pero pronto tuvieron que llamar al médico, de urgencia, porque el parto no avanzaba y la criatura en su seno no terminaba de salir.

Fue una noche horrible en la que la condesa luchó por su vida y por la de la criatura que estaba tratando de salir de ella y la duquesa esperó en su palacio, con el alma encogida y sin dejar de rezar.

Pero al final todo volvió a su cauce y la criatura nació, viva y sana, y la condesa descansó, agotada, pero sin sufrir grandes daños.

La duquesa fue la primera persona, aparte del médico que la había asistido, que vio al recién nacido, ya que su esposo había escapado al club, incapaz de soportar los gritos de su amada esposa, y tardó un rato en volver al palacio cuando le avisaron del feliz desenlace.

Así que la duquesa fue también la primera que comprobó que no se habían equivocado solo al suponer que el parto sería, facil, sino también con el sexo del bebé.

Era una niña.

Se llamaría Jane.

Una niña delgadita y escuchimizada, con un pelo hirsuto demasiado oscuro, una piel arrugada y unos ojos enormes que miraban todo con curiosidad.

Era la criatura recién nacida más fea que todos los presentes habían visto en su vida. Pero todos disimularon ante la condesa: bastante había sufrido en el parto como para disgustarle ahora con frivolidades

Sí, era una niña y sí, estaba claro que iba a ser escuchimizada y poco agraciada, pero estaba sana, ambas estaban vivas y, lo más

importante, el conde y la condesa ya tenían a Liam como varón y futuro heredero .

Todo estaba bien.

Y lo cierto es que durante una semana tras el accidentado parto, pareció que aquel deseo sí iba a ser real, esta vez. Pareció que lo ocurrido no había sido más que una piedra pequeña en el camino.

Pero lo peor estaba por venir.

# Capítulo 4

Durante aquella semana que luego todos recordarían como el último momento en el que habían sido ingenuamente felices y despreocupados, la duquesa, a  pesar de estar ya con el embarazo cumplido, había acudido todos los día, mañana y tarde, a acompañar a su amiga en la recuperación del parto y el cuidado de su hijita recién llegada.

Lo cierto es que, a pesar de lo accidentado de aquel nacimiento y la evidente fealdad de la niñita, aquella semana todo fue mejorando. La condesa se fue recuperando hasta hacer desaparecer de su rostro todo el sufrimiento del parto y la niñita comía vorazmente e iba ganando peso, lo que la hizo no más bella , pero sí al menos más saludable y agradable de mirar.

—Tienes que descansar Milly, tú estás a punto de pasar por lo mismo que acabo de pasar yo, debes prepararte y estar fuerte, no

hace falta que vengas hasta después de tu parto y recuperación. —Le dijo la mañana del séptimo día la condesa a la duquesa.

—No te preocupes por mí, todo va a ir bien —le respondió, con su encantadora sonrisa y sus ojos brillantes y alegres —mi madre siempre tuvo partos fáciles y estoy segura de que a mi me va a ocurrir lo mismo.

La condesa asintió, pero no pudo evitar fruncir un poco su ceño. Antes de su segundo parto ella había sido tan optimista como su amiga, pero aún le temblaba el cuerpo al recordar los terribles dolores que le había causado aquella niña que ahora dormía plácidamente en una cuna a su lado.

Sin embargo apartó esos pensamientos y quiso creer que su amiga tenía razón y todo iba a volver a ser fácil.

—¡Ayi

El lamento de su amiga la sacó de aquellos pensamientos. Había sido un lamento suave, pero de dolor. Al ver que llevaba la mano a su abultado vientre, entendió.

—¿Ya? ¿Empieza ahora?

—Creo que sí — le dijo la duquesa, ya sin sonreír, y con expresión asustada, porque era más difícil ser optimista cuando el dolor hacía presencia.

La condesa, que aún estaba convaleciente y por eso no podía acompañarla, llamó a una de sus criadas para que acompañaran a su amiga al otro lado de la calle, no sin antes despedirse de ella con un beso en la frente.

—Todo va a ir bien —le dijo, cogiendo ella las riendas del optimismo.

Y, en un primer momento, todo fue bien.

Mejor que bien.

Tal y como le había supuesto la duquesa, el parto fue fácil. Facilisimo.

Tan solo dos horas después de un dolor soportable, nacía, con facilidad y rapidez, el que iba a ser el siguiente Duque de Graymont. Un niño grande y sano al que pusieron de nombre Terrence, aunque todos empezaron a llamar inmediatamente Terry. El bebé más bonito que todos los que habían asistido a su nacimiento habían visto en su vida.

La Duquesa, emocionada, no paraba de mirar a su hijito y a su esposo, quien, a su lado, no dejaba de besarla.

Todo había salido bien y todo iba a ir bien.

Eso es lo que la duquesa mandó escribir en la nota que le hizo llevar a una criada al palacio de su amiga.

Y esa noche en ambos palacios todos durmieron tranquilos y felices, hasta que una terrible noticia se extendió por ellos.

## Capítulo 5:

La primera señal de lo ocurrido fue el grito.

Un grito desgarrador que hizo que todos en el palacio del duque dejaran de hacer lo que estaban haciendo y se pusieran una mano en el pecho, con aprensión.

Luego vinieron carreras, de criados y del duque, quien, para descansar, se había retirado a su habitación dejando a su esposa tranquila en la suya.

Y luego más gritos y lloros.

Y luego el timbre de entrada. Y la voz del doctor, seca y grave. Sus pasos subiendo la escalera. Los últimos gritos, del Duque.

Y luego solo silencio y murmullos.

La escena, sin visita del doctor, se repitió en el palacio de enfrente cuando la noticia llegó. En ese lugar, quien más gritó fue la condesa.

Había perdido a su amiga del alma, a su hermana.

La Condesa había muerto esa noche, desangrada, sin soltar ni un solo grito, al contrario, ya que cuando la criada la encontró, lucía una sonrisa de paz y alegría.

No había sufrido, pero dejó un sufrimiento enorme a su alrededor.

## Capítulo 6:

No eran familia, tan sólo formaban parte de la misma clase privilegiada y eran vecinos. La condesa no tenía que haber hecho nada, aparte de llorar a su amiga y echarla intensamente de menos. No tenía ninguna responsabilidad sobre el niñito recién nacido, que había quedado huérfano de madre. Y ni siquiera tenía buena relación con el duque viudo.

Ni buena ni mala, simplemente su relación se había limitado a su esposa.

Pero la condesa no reaccionó como habría hecho la mayoría y decidió que el recién nacido, hijo de su única amiga, era su tercer hijo.

Bueno aquello era exagerado. Ni era su hijo ni lo iba a ser nunca, pero sí decidió que lo cuidaría y, sin entrometerse en la educación que su padre le iba a dar, se aseguraría de que estaba bien y se sentía querido.

No le resultó muy difícil hacerlo. Su esposo la amaba por encima de todo y le permitía cosas que ningún otro marido permitiría, así que, cuando ella le dijo que quería ocuparse del niño del vecino, él, suspirando, le prometió que hablaría con el duque.

La conversación entre los dos hombres fue difícil y fácil al mismo tiempo.

Difícil, porque el duque no paraba de llorar, nombrando a "Milly," y era imposible que se centrara en lo que el conde había ido a transmitirle. Fácil, porque aceptó sin reservas que su hijito pasara tiempo con la condesa. Aceptó incluso que lo trajeran a su palacio solo para dormir.

Así fue como Terry se crió los tres primeros años de su vida: sin pisar su palacio más que para dormir. A partir de esa edad, el duque, que estaba algo mejor, decidió que su hijo debía empezar a aprender qué significaba ser un duque y que eso solo podía hacerlo en su palacio.

Se le impuso un horario de estudio y varios perceptores, y su día a día empezó a estar más ocupado.

En ese momento las visitas al palacio de los vecinos continuaron, pero mucho más reducidas en el tiempo. Normalmente

aparecía después del estudio, a la hora del té , y se quedaba hasta la hora de la cena, que empezó a pasar con su lúgubre padre.

Era horquilla de horas que pasaba en el palacio de los vecinos se convirtió en su oasis y no dejó de frecuentarlo nunca.

Para la condesa, la visita diaria de Terry era también el mejor momento del día. Lo había cuidado hasta los tres años al igual que a sus hijos y lo echaba de menos. Así que cada vez que llegaba, lo mimaba más aún que a sus hijos, y le daba las mejores pastas de té o se preocupaba de que no le faltara nada de lo que quisiera.

El pequeño Terry se parecía a su padre físicamente, pero, por suerte, había sacado el carácter optimista y alegre de su madre, lo que para la condesa era un gran consuelo. Pero la relación más importante de Terry a esa edad se forjó con los hijos de los condes, con Jane y con Liam. Y se trató de dos relaciones opuestas. Curiosamente, Terry y Liam eran muy parecidos, tanto en carácter como físicamente. Ambos eran fuertes y enérgicos, con dotes de mando y valentía, uno era moreno, Terry, el otro, Liam, pelirrojo, pero esa era su diferencia fundamental. En otras circunstancias habrían sido mejores amigos, pero en las circunstancias que les tocó vivir a  ellos, se convirtieron, si no en enemigos, si en rivales. Y se llevaban como el perro y el gato.

Jugaban juntos todos los días y, de hecho, se esperaban mutuamente, pero no había día en el que no hubiera un conflicto entre ellos: por una pelota, porque se habían hecho daño sin querer, porque querían el mismo dulce…, cualquier tema servía de chispa para iniciar una pelea entre ambos. Peleas de niños, pero peleas al fin y al cabo.

Sin embargo, con Jane, totalmente diferente a ambos, la relación era la opuesta.

Jane, tranquila y reflexiva, solo se unía a sus juegos cuando estos no eran violentos, pero, como era tan dulce y tranquila, ambos, vecino y hermano, se acercaban a ella buscando la paz que eran incapaces de crear entre ellos.

Pero lo cierto era que Jane, que les tranquilizaba, era también quien había creado la guerra entre los dos varones.

# Capítulo 7:

En un primer momento, cuando Jane nació, Liam, que tenía dos años, no la recibió bien, demostrando los celos típicos entre hermanos muy seguidos, pero como en una semana había aparecido un bebé nuevo y, además, se llevó la atención mayoritaria de la condesa, esos celos infantiles cambiaron de objeto y pasaron de su hermana, al recién llegado. Eso hizo también que Liam cambiara la relación con su hermana y, de fastidiarla, pasó a protegerla.

A partir de ese momento se instauró aquella forma de relacionarse. Jane, querida por ambos, se convirtió en la bisagra que unía a los tres, y también en el freno que evitaba que las peleas entre los dos varones se les fueran de las manos.

Aunque lo cierto es que la mejor manera de evitar las peleas era que los varones estuvieran juntos lo menos posible. Por eso, aunque Liam y Jane eran uña y carne durante el día, lo normal era que

cuando aparecía Terry a merendar, Liam se buscara otro entretenimiento lejos de su hermana y de él.

Uno de los juegos que más les gustaba hacer a los dos amigos, Jane y Terry, era investigar la naturaleza, desde los animales, hasta las plantas. Bueno, en realidad era el entretenimiento preferido de Jane, que tenía un hambre insaciable de saber. Terry seguía a su amiga y disfrutaba del aire libre, correteaba y se subía a los árboles, se reía y jugaba, es decir, todo lo que no podía hacer en su propio palacio.

Así fueron creciendo, felices los tres de alguna manera, pero, a medida que entraron en la adolescencia, las relaciones fueron cambiando, como no podía ser de otra manera.

El primero que se desarrolló fue Liam, no en vano, era el mayor de los tres.

Hacia los quince años su cuerpo empezó a alargarse, dándole durante unos meses una figura larguirucha y desgarbada, muy poco atractiva, pero antes de los diecisiete desarrolló los músculos y se convirtió en el hombre atractivo que iba a seguir siendo.

De niño lo más llamativo de él había sido su cabellera rojo fuego, herencia de los antepasados irlandeses de su madre, de mayor, esa cabellera siguió llamando la atención, pero fue eclipsada

un poco por lo imponente del resto de su físico. Era muy alto, mucho más que la mayoría de los hombres que le rodeaban, tenía los hombros anchos y la cintura fina, propios de los hombres que se mantenían en buena forma física. A aquel cuerpo llamativo había que añadir que tenía unos ojos negros grandes y profundos, que contrastaban con su piel blanquísima, una nariz un poco aguileña, pero muy elegante y unos labios llenos y sensuales que todas las mujeres en edad casadera no dejaban de admirar.

Sí, Liam se convirtió, no solo por su título, sino también por su físico, en uno de los jóvenes solteros más deseados.

Era cierto que aún le quedaban años para casarse y, como todos los jóvenes de la alta sociedad, antes de hacerlo, iba a disfrutar de los placeres sensuales y de mujeres de dudosa reputación, pero todas las madres nobles con hijas más jóvenes que él empezaron a apuntarlo en la lista de los posibles pretendientes de sus hijas.

Lo curioso fue que, a pesar de su evidente atractivo y de que muy pronto obtuvo miradas de reconocimiento e incluso proposiciones de relaciones sexuales, Liam era más tímido de lo que parecía y le costó dar el paso definitivo para ser un hombre hecho y derecho.

Lo hizo cumplidos ya los diecinueve años, en el lecho de una marquesa casada que se había encaprichado de él tiempo atrás. Fue una experiencia agradable y Liam a partir de ese momento, quitadas ya las capas de timidez, empezó a disfrutar de todo lo que la vida le ofrecía.

Jane fue la siguiente en desarrollarse y cambiar para entrar en el mundo adulto. Lo hizo dos años después de su hermano, con quince años también. En su caso, al contrario que Liam, el cambio fue mucho menos espectacular, por no decir que fue un cambio bastante discreto.

Cogió estatura, pero no al nivel de su hermano, no se quedó pequeña, pero tampoco alta. Su cuerpo adquirió formas femeninas, pero, de nuevo, de manera muy discreta. Sus pechos estaban bien formados, eran bonitos, pero demasiado pequeños, algo que se hizo evidente cuando tuvo que ponerse el primer vestido de adulta y el escote que la modista le había cosido se quedó sin rellenar lo suficiente.

Su piel, al contrario de la de su hermano, no era blanca, tampoco dorada. Tenía un tono intermedio, vulgar, tan solo roto por algunas pecas demasiado grandes que no hacían más que resaltar la imperfección de su piel.

Y los ojos, grandes pero de un gris desvaído, tampoco llamaban la atención.

Quizá era su pelo lo más llamativo, no por el color, un castaño medio vulgar, sino por su forma, ya que tenía unos rizos apretados y abundantes que nadie sabía de dónde había sacado, ya que nadie de su familia los tenía, y que le daban el único rasgo destacable y original.

En cualquier caso, ella llevaba el pelo siempre bien sujeto en un moño tirante en el que los rizos desaparecían, porque a Jane su aspecto le daba igual.

Cualquier otra joven de su edad habría sufrido por no tener un físico atractivo, o, al menos, un físico que le permitiera atraer un buen partido, pero ella no. Jane era diferente a las chicas de su edad, no tenía  interés en el matrimonio, su único interés era investigar la naturaleza en todas sus formas.Y tampoco veía ningún problema en eso. Vivía de manera privilegiada, sus padres la querían y la protegían, al igual que su hermano, y tenía un amigo del alma que compartía sus inquietudes y le acompañaba en sus investigaciones, ¿qué más podía pedir?

Finalmente, el último que cambió fue Terrence. Tuvo un desarrollo tardío y hasta los diecisiete años no empezó a mostrar los

primeros signos de cambio. En su caso, también alcanzó una gran altura, pero lo hizo al mismo tiempo que sus músculos se fueron desarrollando. También lo hizo poco a poco, por tanto, el cambio fue más gradual.

En cualquier caso, con veinte años terminó de desarrollarse y se convirtió, al igual que su vecino, en un hombre terriblemente atractivo.

Tenía la piel bronceada de manera natural y el pelo castaño oscuro, además de una manera elegante de caminar que le hacía muy masculino y elegante al mismo tiempo, pero lo que más llamaba la atención de su físico eran sus ojos, de un verde luminoso e intenso. Unos ojos que le abrieron la puerta al mundo del disfrute con las mujeres, al que, al igual que había ocurrido con su vecino, llegó tarde. Aunque rápidamente recuperó el tiempo perdido.

Durante aquellos años de cambios físicos, la relación entre los tres también fue cambiando.

Liam y Jane mantuvieron su relación fraternal más o menos en los mismos términos que de niños, tenían intereses diferentes y, por tanto, no compartían mucho tiempo juntos, exceptuando las horas de comidas y celebraciones familiares, pero se querían profundamente y, sobre todo, Liam continuó sintiéndose el protector

de su hermana de una manera quizá exagerada.Aunque lo cierto es que Jane no le dio motivos de preocupación.

Cuando Jane cumplió dieciocho años y fue presentada en sociedad, Liam aumentó la intensidad de su control y tuvo un par de momentos, en sendos bailes, excesivamente tensos cuando Jane bailó con jóvenes que él "no consideraba adecuados para su hermana". Pero Jane le dejó claro entonces, y la vida fue demostrando que era cierto, que no tenía ni una intención de casarse, y esto terminó de tranquilizar a Liam.

Solo hubo dos hechos luctuosos en la vida de los hermanos: la muerte del padre, cuando Jane tenía veinticinco años y, cinco años después, la de la condesa, lo cual hizo que Liam se convirtiera en el conde de Firestone.

Aquello les afectó en el ánimo, como no podía ser de otra manera, pero no excesivamente en su vida diaria. Jane continuó viviendo en el palacio natal, junto al nuevo conde, su hermano, sin poner en duda ninguno de los dos que así continuaría hasta su muerte, acompañando a la futura esposa de Liam, fuera quien fuera cuando él se decidiera a sentar la cabeza, y a los hijos que tuvieran.

Aquellos planes no eran extraños ni excepcionales, era algo que ocurría a menudo con las hermanas solteras de los nobles

herederos y algo que a Jane no solo no le importaba, sino que estaba encantada de que sucediera. A ella lo único que le interesaba era estudiar más y más la naturaleza, y en el jardín de su palacio tenía todo lo necesario para hacerlo.

Por otro lado, la relación de Terry y Liam se relajó un poco. Nunca serían amigos, ni siquiera de manera superficial, ya que no habían aprendido a serlo, pero empezaron a compartir momentos comunes, por un lado, en la cámara de los lores a la que Terry también acudía, ya que su padre, aunque aún continuaba con vida, estaba muy envejecido y había delegado todas las labores del ducado en su hijo. Y, por otro lado, también compartían momentos de su tiempo libre, en el club de caballeros que ambos frecuentaban, el más selecto de Londres, y también en lugares de peor reputación. No solían hablar apenas, de hecho, se evitaban, pero tampoco tenían peleas como de niños. Por suerte, jamás habían tenido interés por la misma mujer, lo único que podría haberles enfrentado de nuevo.

Y, finalmente, la última relación que se mantuvo fue la de Jane con Terry. Al hacerse mayores se separaron un poco, ya no pasaban tantas horas juntos, y hubo temas importantes para Terry, como el de sus relaciones sexuales, que no solían compartir, pero

aquello no afectó al profundo cariño que se tenían. Terry continuó tomando el té casi todos los días con ella, faltando tan solo cuando alguna de las labores que como Duque en funciones realizaba se lo impedía. Ese rato que pasaban juntos era un oasis para ambos. Jane le contaba sus últimos descubrimientos, que siempre tenían relación con algún animal o planta, y él le escuchaba admirado.

Sólo hubo un momento de alejamiento y tensión durante aquellos años y ocurrió cuando Terry, a los veintiocho años, empezó una relación sexual, y amorosa, con una baronesa casada.

Este hecho en sí no fue el que les alejó, nunca solían hablar de ese tema, al fin y al cabo eran un hombre y una mujer y hablar de aquello podía resultar incómodo. Tampoco les alejó el hecho de que se tratara de una relación ilícita, ya que aquello era bastante habitual entre las clases altas y eran numerosos los hombres, solteros y casados, que tenían amantes, muchas de las cuales eran, a su vez, respetables mujeres casadas. No, lo que les separó fue quién era la mujer en concreto.

Se trataba de Roberta O'Leary, esposa del anciano barón de Walthers. Una de las mujeres más bellas de Londres, si no la más. Y también una de las más maquiavélicas y calculadoras, con un alma oscura y poco de fiar.

Bueno, esto último solo lo creía Jane, ya que había sido, en sus primeros años de presentación en sociedad, blanco de los tejemanejes de aquella mujer.

Roberta O'Leary tenía dos caras, eso lo sabía muy bien Jane. Por un lado, era una dulce jovencita, de cuerpo voluptuoso y ojos azules ingenuos, enmarcados por pestañas enormes, boquita delicada y formas suaves, una combinación aquella, enter su voluptuosidad física y su aparente ingenuidad, que volvía locos a los hombres. Pero, por otro lado, era una mujer que no solo se encaprichaba de diferentes hombres a los que manejaba a su antojo, sino que le gustaba torturar a algunas mujeres. Solo por divertirse.

Esta segunda cara, curiosamente, no la veían nunca los hombres de su entorno, ni siquiera los directamente afectados por sus caprichos, pero algunas mujeres sí eran testigos de aquello.

Una de ellas era Jane.

Y Jane había conocido aquella cara oscura de Roberta de la peor manera posible, ya que se había convertido en su víctima.

Una de las cosas que le confirmaba a Jane que Roberta no era buena persona era precisamente la razón por la que había decidido meterse con ella: no había habido razones.

Simplemente, había decidido que era una víctima fácil de la que reírse y a la que ridiculizar y es lo que había hecho.

Todo había empezado el día que Jane había sido presentada en sociedad, al mismo tiempo que Roberta, ya que eran de la misma edad. Ese día habían coincidido más de diez jóvenes como debutantes. Como siempre en esos casos, las jóvenes se habían reunido en el tocador antes de ir a la zona del baile y habían compartido sus expectativas y nerviosismo. Y Roberta había sido la que más había hablado. Sin decirlo, se había autoproclamado la más bella y también la que iba a dirigir el resto de las jóvenes. Todas lo aceptaron sin queja, entre otras cosas porque era evidente que era la más bella y también porque era quien tenía más carácter.

Jane no puso pegas, aunque también es cierto que no mostró excesivo entusiasmo, se limitó a quedarse callada y escuchar lo que se estaba diciendo, sin aportar nada. Ni un solo "fantástico" o "maravilloso", que era lo único que respondían las otras chicas a la verborrea interminable de Roberta.

Eso debió ser lo que le molestó, no que le llevara la contraria, algo que nadie osó hacer, sino que no le adulara como hacían las otras.

Y entonces lo soltó:

—¡Qué vestido más feo!

Cuando sonó la frase, en un tono falsamente relajado, se hizo el silencio en el tocador. Ese silencio fue el que hizo que Jane se diera cuenta de que pasaba algo, ya que en ese momento no estaba haciendo mucho caso a lo que ocurría a su alrededor. Y entonces reparó en la frase que acababa de sonar, levantó la cabeza al frente y vio que todas estaban mirándole.

A ella.

La mayoría de las chicas tenía expresión asustada, pero Roberta lucía una medio sonrisa y tenía los ojos entrecerrados.

Y Jane se dio cuenta de que Roberta se había referido a su vestido.

Y sintió como si le hubieran dado una bofetada.

A ella el baile y, ya puestos, el vestido, le daba igual. Esa misma mañana había sido la primera vez que lo había visto, ya que no había querido probárselo ni una vez y había confiado en la modista. El vestido lo había escogido su madre después de que ella solo le pidiera que no fuera llamativo. Era de un color azul claro, un poco desvaído, pero no era feo, era sencillo. Un vestido sencillo para una chica sencilla.

Pero, aunque a ella el vestido le diera igual, sintió como si le abofetearan porque la frase tenía un claro objetivo hostil.

—Pero bueno, no te preocupes, tampoco iba a mirarte nadie aunque el vestido fuera bonito.

Esta vez alguna de las chicas se rió en alto, haciendo que el ataque fuera aún más hiriente.

A Jane no le gustaba meterse en peleas, de hecho, ella era siempre la que las paraba cuando se daban entre su hermano y su amigo, pero esta vez pensó que tenía que contestar.

Y más aún cuando Roberta, con una sonrisita cínica, añadió:

—No te enfades, era una broma.

Sin embargo, como Jane nunca había tenido que enfrentarse a algo así, tardó en pensar una respuesta adecuada y no tuvo tiempo de responder, ya que en ese momento se abrió la puerta del tocador y la dueña del palacio en el que se iba a celebrar el baile de debutantes de ese año les dijo que debían salir ya.

A partir de ese momento, Roberta intentó repetir los desplantes  en los bailes en los que que coincidieron, pero Jane, evitando, como siempre, cualquier conflicto, se las arregló para mantenerla alejada, así que esos desplantes se limitaron a sonrisitas

y cuchicheos con otras jóvenes, algo que a Jane le importaba un bledo.

Dos años después de su presentación oficial el problema terminó del todo por dos razones. Roberta se casó con un barón adinerado y ella dejó de asistir a ese tipo de bailes, después de convencer a su madre de que no se iba a casar nunca y de que eso no iba a suponer ningún problema, ya que su hermano Liam cuidaría de ella siempre.

Pero unos años después, cuando tanto ella como Terry tenían veintisiete años, Roberta volvió a irrumpir en su vida de una manera inesperada. E indeseable.

Se convirtió en la amante de Terry.

Fue el mismo Terry quien se lo contó, en una tarde de esas en la que estaban paseando por el jardín, después de tomar el té. Él nunca solía hablar de sus amantes, no al menos de forma clara, pero esta vez hizo una excepción. Con el rostro iluminado por una sonrisa plena le dijo que estaba enamorado.

—¿Enamorado?

Jane frunció el ceño, no porque le pareciera mal, sino porque su amigo jamás le había demostrado que fuera romántico o tuviera intereses de ese tipo.

—Sí, es una mujer maravillosa —continuó él, como en éxtasis.

—Espero que ella acepte nuestra amistad —le dijo Jane después de un momento pensativa. Aquello era lo único que le preocupaba, ya que había mujeres muy celosas y podía tratarse de alguien que no aceptara su amistad.

—Si, no va a haber problema, yo acepto que ella tenga marido.

—¡¡¿¿¿Está casada???!!

La sonrisa de él se ensombreció un poco antes de contestar:

—Si, eso es lo peor, si pudiera, me casaría con ella mañana mismo, pero no puedo. Pero la necesito tanto, que estoy dispuesto a compartirla con un marido.

Jane frunció el ceño, pero pensó que, tal y como él había dicho, eso favorecía que su amistad siguiera intacta, lo único que le importaba. Solo le quedaba saber una cosa, aunque tampoco tenía una curiosidad excesiva:

—Y ¿quién es? —preguntó de forma distendida.

Él la miró, volvió a sacar su sonrisa luminosa y le dijo, exultante, como si estuviera pronunciando el nombre de algo sagrado:

—Roberta O'Leary, la baronesa de Walthers.

Se hizo un silencio denso y pesado que Terry no terminó de entender a qué era debido e, inmediatamente, la primera y última gran pelea que tuvieron ambos.

Jane perdió los papeles y las formas, como nunca le había ocurrido. Le dijo que Roberta era mala, que se alejara de ella, que no le iba a dirigir la palabra mientras mantuviera una relación con ella.

Al principio Terry no entendía nada y se limitó a mirarla, estupefacto, pero cuando Jane dijo que Roberta era mala, Terry también perdió los papeles:

—¡No hables así de la mujer que amo! —Le gritó, algo que no había hecho nunca.

Entonces fue Jane la que se quedó en silencio, mirándole a Terry con los ojos abiertos, grandes, empezando a humedecerse.

Lo que más le había dolido era que Terry no la escuchara y defendiera a Roberta antes que a ella.

Las lágrimas empezaron a fluir sin control, pero de manera calma, como un río tranquilo saliéndose poco a poco de su cauce tras varias horas de lluvia suave.

Y aquello fue suficiente para que Terry se calmara y para que Jane se calmara también.

Terry se acercó a Jane, la atrajo hacia sí e hizo que ella apoyara su cabeza contra su pecho antes de estrecharla entre sus brazos:

—Dime qué te ha pasado con Roberta, te escucharé y lo arreglaremos —le dijo, con la voz un poco ronca.

Jane aspiró el aroma que emanaba del cuerpo de Terry, un aroma mezcla del perfume que utilizaba y su propio cuerpo, un aroma a limpio y a hombre, que conocía  y sintió una paz intensa y tranquila que le sirvió como el mejor calmante.

Dejó de llorar, se tranquilizó del todo y le contó a Terry su experiencia con Roberta.

Él abrió los ojos como platos y negó levemente con la cabeza al principio, pero le dejó terminar y al final le dijo lo siguiente:

—No pongo en duda lo que me cuentas, Jane, y me parece que
Roberta se portó contigo de manera canallesca. Hablaré con ella para decirle lo que pienso…

—No, no lo hagas, hace años que no la veo y no merece la pena —Le cortó ella, mucho más calmada, ya que Terry había validado su relato y sus sentimientos y eso era lo único que le importaba.

—De acuerdo, pero yo… —continuó el, vacilante.Y ella volvió a cortarle, porque entendió lo que le estaba ocurriendo a su amigo:

—No te pido que dejes de estar con ella para no romper nuestra amistad, Terry, eso no va a ocurrir nunca entre nosotros. Somos casi una sola persona —él asintió y ella continuó —al fin y al cabo, tu vida amorosa no ha sido nunca tema de conversación entre nosotros y podemos seguir igual.

Terry sonrió. Había entendido que Jane aceptaba su relación a cambio de no hablar de ella y le pareció una buena propuesta. Apretó un poco más el abrazo que se estaban dando y se separó de ella.

Inmediatamente empezaron a hablar del último proyecto que Jane tenía entre manos y que consistía en un libro de botánica que estaba escribiendo sobre la flora de su jardín.

Tenían una conexión interna que hacía que supieran en todo momento cómo se sentía el otro sin necesidad de contárselo. Habían sido los mejores amigos mientras eran niños y lo seguirían siendo de por vida, no tenían ni una duda, aunque la amante de Terry no fuera del agrado de Jane. Bastaba con no hablar de ella y con evitar los momentos en los que podían coincidir los tres.

No volvieron a discutir más ni de ese tema ni de ningún otro. Terry mantuvo su promesa y no volvió a hablar con ella de su vida amorosa. Jane no sacó el tema jamás.

Supo, porque su hermano lo dijo alguna vez, que Terry y Roberta seguían siendo amantes. No le hizo mucha gracia, seguía sin querer saber nada de Roberta y seguía pensando que no era buena, por eso, alguna vez tuvo tentaciones de decirle a Terry que no se fiara de ella, pero no lo hizo, al fin y al cabo, solo eran amantes y, aunque llevaran muchos años juntos, algún día se cansarían y Terry sentaría la cabeza. Conocería a una jovencita encantadora que aceptaría la amistad de su marido con ella y Roberta pasaría a la historia.

Si, estaba convencida de aquello.

Y así fueron pasando los años, hasta que Terry y Jane cumplieron treinta y tres años y todo saltó por los aires.

## Capítulo 8:

El ruido de la taza de té contra la pared del salón sonó en todo el palacio. Al igual que el ruido de los trozos de porcelana, en añicos, cayendo sobre la madera.

Y luego, nada.

Todo el mundo aguantó la respiración y mantuvo el silencio, desde la jovencita recién llegada una semana atrás para trabajar como ayudante de cocina, hasta la criada más antigua del palacio, Mrs Willies, quien había trabajado para el abuelo y el padre de Terrence, el actual duque.

Era la tercera vez en sus treinta y dos años de vida que el duque perdía los nervios y se dejaba llevar por la ira.

El duque era un hombre templado y sereno. Ni siquiera de niño, cuando había tenido que soportar la muerte de su madre y la tristeza permanente de su padre, había sido un niño enrabietado. Al contrario, había sabido mantener la alegría infantil. Tampoco había

perdido los papeles en ninguno de los debates de la cámara de los lores, muchos de ellos difíciles y broncos. De hecho, era famoso por mantener la calma y los modales aunque todos a su alrededor los perdieran.

Solo había habido dos veces con anterioridad que los criados la habían visto así.

Una , cuando había llegado al palacio después de pasar la tarde fuera  y, nada más entrar, había pegado un portazo que había sonado en todo el palacio.

Otra, cuando su ayudante de cámara, Lawrence, le había acercado la bandeja con té y pastas con la que le recibía nada más llegar y se había acercado a preguntarle si podía ayudarle en algo, y él le había echado de la habitación gritando: "¡Sí, largate y dejame en paz!".

Y la tercera vez había sido en ese momento, cuando había estrellado la taza de té contra la pared.

Las tres veces habían ocurrido en el transcurso de unos minutos y nadie en palacio entendía qué estaba ocurriendo.

Terry ya estaba solo cuando la taza se hizo añicos, así que nadie pudo ver su siguiente reacción.

Mejor.

Habría terminado de desconcertar a todos los criados de la casa, ya que la noticia habría corrido como la pólvora.

Que el Duque perdiera los papeles como lo había hecho tres veces en la última media hora era insólito, pero siempre se podía buscar una explicación, suponiendo que algo muy grave había ocurrido: el inicio de una guerra, por ejemplo.

Pero lo que no tenía ningún sentido era que el Duque, que había pasado por momentos duros en su vida, como la muerte de niño de su madre o la de su padre dos años atrás, hiciera lo que hizo a continuación: sentarse en el borde del lecho, taparse la cara con sus masculinas manos y echarse a llorar.

# Capítulo 9:

Cinco minutos después de que la taza se hiciera añicos, Terrence Wilkinson, Duque de Graymont, salía de su palacio a paso vivo en dirección al palacio de enfrente.

El llanto había durado muy poco, apenas un par de lágrimas y dos sollozos secos y roncos. Nadie lo vió y, además, sirvió para algo. Para que se diera cuenta de que había tocado fondo. De que el tiempo del descontrol y de lamentos había terminado.

Y la mejor manera de hacerlo era pasando las siguientes horas con la persona que más quería en este mundo. Con Jane. Ella le entendería, le calmaría y le ayudaría.

Capítulo 10:

Su amiga no le decepcionó. De hecho, como siempre ocurría cuando le pasaba algo, como había ocurrido con la ausencia de su madre y, dos años atrás, con la muerte repentina de su padre, no le hizo falta ni abrir la boca para recibir el abrazo de Jane. Se había dado cuenta de que le ocurría algo grave. Después, ella, calmada y luminosa, como siempre, sin empezar a atosigarlo con preguntas, le ofreció dar un paseo por el jardín.

Aquel lugar, que era el refugio de Jane, también producía un efecto beneficioso en él. Seguramente porque siempre que se encontraba allí, estaba con Jane, pero también porque el lugar era precioso. Se trataba del típico jardín inglés, que parecía desatendido, pero, en realidad, no lo estaba. Las plantas y macizos de flores crecían, aparentemente, de manera salvaje, pero lo cierto era que detrás de aquel jardín estaba la mano y cuidados de Jane. En todo. Eso sí, solo podaba o entresacaba plantas cuando veía que era

mejor para la propia planta y cuando eso no afectaba a otros seres vivos del jardín. Si un topo había hecho su madriguera en el lugar en el que ella había planeado plantar un rosal, cambiaba de lugar y dejaba al animal tranquilo. Y nunca, bajo ningún concepto, destruía un hormiguero o el capullo de una mariposa por un motivo ornamental.

Eso había hecho que aquel jardín estuviera lleno de vida y de misterio, al mismo tiempo que producía paz y alegría.

Aquel día, además, había salido un sol radiante, después de varias semanas sin dejar de llover. El verde, por tanto, se veía vibrante y estaban saliendo flores silvestres por doquier. Todo aquello hizo que el humor de Terry empezara a mejorar, aunque el recuerdo de lo que le había ocurridé seguía mordiendole las entrañas y produciéndole un dolor casi físico.

Jane, que lo conocía como si fuera parte de ella, se estaba dando cuenta de aquello y estaba respetando el silencio de su amigo.

En vez de atosigarle, le llevó a observar el hormiguero de una esquina del jardín. Allí estuvieron cinco minutos, observando a las hormigas con admiración, luego le enseñó el nido que una pareja de petirrojos había construido en un espino. En silencio absoluto,

ambos distinguieron tres pequeños huevecillos. Finalmente, Jane le enseñó el tapiz de violetas que había crecido en una esquina del jardín como de la nada desde el día anterior.

A Terry todo aquello le daba un poco igual, de la naturaleza lo único que le interesaba era saber cuánto producían los campos que su ducado poseía en Gales y cuándo iba a ser la próxima cacería del zorro, una actividad que sí le emocionaba, sobre todo, porque suponía cabalgar al galope. Pero, aunque no tenía ni por asomo la pasión que tenía su amiga por la naturaleza, siempre disfrutaba de aquellos momentos con ella. Por un lado, porque era una delicia ver a Jane emocionarse y excitarse por aquellas pequeñas cosas. La siempre tranquila Jne, se convertía en alguien apasionado ante sus ojos, solo con nombrar un animal o una planta. Y aquello le parecía delicioso. Y también le gustaba porque, de alguna manera, esa observación de la naturaleza junto a ella siempre le producía paz y le tranquilizaba.

Esta vez le ocurrió lo mismo. Después de casi media hora recorriendo el jardín y sus recovecos, se sentía mucho más tranquilo. Ya no tenía ganas de estrellar nada contra el suelo ni, gracias a Dios, echarse a llorar (esto último le aportaba mucha tranquilidad, ya que

se sentía avergonzado de sus lágrimas, que no había visto nadie, pero él sabía que habían sido vertidas).

Pero la media hora pasó y el sol empezó a golpear con fuerza, así que Jane acabó proponiendo algo diferente:

—Vamos a sentarnos en la pérgola a refrescarnos, Stuart ya ha traído una jarra con limonada recién hecha.

Ese era el momento de las confidencias. Siempre era así. Si se juntaban en verano, como aquel día, la bebida era limonada, si era en invierno, un buen té ardiente, y luego, siempre, el momento de hablar de lo que le preocupaba a cada uno, o de cual era la última noticia del día, o de la discusión que había tenido él en la cámara de los lores. O de la que había tenido ella con su hermano Liam.Hablaban de todo y de nada, pero no paraban de hablar.

Aquel día, sin embargo, solo había un tema del que tenían que hablar: por qué se había presentado de manera inesperada él, y por qué lo había hecho tan alterado. Pero en cuanto llegaron a la pérgola, quedó claro que aquel seguía siendo un día diferente, ya que Terry no abrió la boca.

No podía.

Quería contarle a Jane lo que le ocurría, pero algo dentro de sí se lo impedía.

Era como sí , mientras no lo pusiera en palabras, no hubiera ocurrido. Era como si pudiera mantener un hilo de esperanza mientras no se lo dijera  a nadie.

Aquello era una tontería, lo que había ocurrido, había ocurrido, lo nombrara él o no, pero, aún así, aunque intentó decírselo a Jane mientras ella servía los dos vasos con una deliciosa limonada, ningún sonido salió de su garganta.

Y Jane actuó como siempre con él: de la manera perfecta.

No se alteró, no le apremió, no dio muestras de que se estaba dando cuenta de lo que le pasaba. En su lugar, empezó a hablar del viento, que venía de este y, por eso, traía el aroma del mar, el olor a salitre y…

—Roberta me ha dejado.

Capítulo 11:

Jane abrió la boca, pero esta vez fue ella la que no emitió ningún sonido. Y menos mal que ocurrió así, porque si lo hubiera hecho, todo se habría ido al traste.

"¡Te lo dije!". Esa era la frase que se le había quedado atascada en la garganta.

No le salió, primero, porque era mentira. No se lo había dicho. Lo había pensado infinidad de veces, desde el momento en que se había enterado, seis años atrás de la relación entre su amigo y Roberta. Lo había pensado cada vez que su hermano  Liam había hablado de aquella relación y cada vez que le venía a la cabeza, en los momentos más inesperados. Había pensado que aquello no podía acabar bien, porque Roberta no era buena persona. Pero no se lo había dicho a Terry. Había censurado aquellas palabras por no hacer daño a su amigo.

Y ahora no se lo iba a decir porque lo quería, además ¿qué importaba que ella hubiera acertado?, lo importante era que él ahora lo estaba pasando mal y que ella era su amiga y tenía que ayudarle a pasar el mal trago.

Además, pensó, sin evitar sentirse un poco mal por ello, en realidad era una buena noticia, porque su amigo se iba a librar finalmente de alguien tan pernicioso y…

No pudo seguir pensando, porque Terry cortó aquellos pensamientos con una nueva información:

—Va a casarse con Liam.

# Capítulo 12:

El silencio volvió a reinar entre ellos, pero esta vez fue un silencio diferente, cargado de energía. Era un silencio como el que se siente antes de una tormenta.

Un silencio amenazante y peligroso.

Un silencio al que le suele cruzar un rayo y, posteriormente, un trueno.

Esta vez el rayo fue Jane levantándose de golpe, mirándole a Terry con los ojos como platos. Y echando fuego.

Terry nunca la había visto así. Tampoco había escuchado su voz sonando como el acero. Como un florete cortando el aire antes de dar en el blanco:

—Dime que es mentira.

—No, no es mentira, se van a casar. Hicieron las amonestaciones esta mañana y la ceremonia será pronto.No sabías nada, ¿verdad?

Era una pregunta retórica, estaba claro que no sabía nada por la expresión de alarma y la palidez de su piel.

—Pero…— siguió ella, sin contestar a su pregunta —no puede ser, Roberta  acaba de quedarse viuda y es tu amante y nunca la he visto con Liam, no tiene sentido.

Todo lo que acababa de decir era cierto. A Terry le sorprendió un poco que estuviera tan bien informada, que supiera que continuaba siendo su amante, ya que nunca hablaban de ello, tal y como habían prometido hacer. Pero inmediatamente se dio cuenta de que era normal que tuviera esa información. La muerte del barón de Walthers, marido de Roberta, había ocurrido dos meses atrás y no solo había aparecido en toda la prensa, sino que la flor y nata de la nobleza inglesa había acudido a sus funerales, entre ellos, él mismo. Y Liam. Era normal que Jane conociera lo ocurrido. Y también era normal que supiera que él seguía siendo amante de Roberta y su hermano no, ya que con Liam seguramente sí hablaría de ese tipo de cosas.

Jane estaba tan desconcertada como él, pero en ese momento, ya que había descubierto todo, volvió a centrarse en él mismo. Su amiga estaba anonadada, pero él lo estaba aún más:

—Roberta puede volver a casarse. Es cierto que ha pasado muy poco tiempo desde que ha enviudado y no es lo normal. Lo normal es esperar un año al menos. Pero Roberta no ha sido nunca convencional. Lo peor es que el marido no voy a ser yo, tal y como esperaba. Hace una semana, Jane, estuvimos hablando de nuestra boda. Y, de repente, sin avisar, me entero de que lo va a hacer con otro, y no con cualquiera, sino con Liam.

Había mantenido el tono tranquilo hasta el final, hasta que pronunció el nombre de Liam y la voz se le rompió, en una mezcla de dolor y rabia. Pero no tuvo tiempo de autocompadecerse de nuevo, ya que fue Jane quién cogió la antorcha de la autocompasión. Y el enfado.

—Pero, ¡¿cómo ha podido hacerme algo así?! No me ha dicho nada. No puede ser, tiene que ser mentira…

Y se echó a llorar como había hecho antes él.

Y en ese momento Terry se dio cuenta de lo que le ocurría a su amiga. Había estado tan centrado en él mismo, que no se había dado cuenta de que la decisión de Roberta y Liam era aún más perjudicial para Jane que para él.

No era solo que se sintiera traicionada por su hermano, como le había ocurrido a él con Roberta, es que esa decisión iba a tener

efecto directo en su vida.

Y para siempre.

El tenía el corazón roto, pero, aunque ahora le pareciera imposible, acabaría recomponiéndolo y acabaría relegando a Roberta al olvido. O, si eso no era posible, acabaría por dolerle menos. Pero Jane tendría que vivir siempre con ese dolor presente. Porque Roberta iba a vivir en su palacio. No solo eso, iba a ser la dueña y señora del palacio.

Justo la persona que más odiaba en esta vida o, para ser exactos, la única persona que había odiado en esta vida.

Al mismo tiempo que Terry se daba cuenta de lo que le ocurría a su amiga, ella había empezado a moverse por el jardín, sin rumbo fijo: dos pasos hacia atrás, tres adelante, un círculo, las manos en la cara, como había hecho él antes, mientras pasaba del enfado a la desesperación, mientras soltaba improperios contra su hermano o repetía: "no voy a poder soportarla, no voy a poder soportarla", con frustración. Hasta que una última idea apareció en su mente y soltó un grito:

—¡El jardín! —y señaló con un brazo a su alrededor.

—¿Qué ocurre con el jardín ? —dijo Terry, sin entender a qué venía aquello en aquel momento.

—Ella…, lo va a destrozar…

Después de decir esto se tuvo que sentar porque le faltaba aire.

Terry se acercó a ella, había entendido lo que le preocupaba e intentó tranquilizarla.

—No va a tocar tu jardín, Jane, estate tranquila.

—Ya no va a ser mi jardín, será el de ella.

Respondió Jane, hundida.

—No, es el jardín de Liam y él no le dejará cambiarlo, sabe que es lo que más amas en esta vida.

En ese momento Jane se puso de nuevo de pie, como empujada por un resorte, se colocó a escasos centímetros de él y le dijo, con voz grave:

—Él sabe que Roberta me trató mal y ha decidido casarse con ella y, lo peor de todo, no avisarme siquiera. Dudo que el jardín y yo le importemos algo.

Se quedaron mirando los dos con expresión de no entender nada y de no saber qué iba a ser de sus vidas en adelante, por suerte, solo estar al lado uno del otro, se sentían mejor.

De manera natural, sin que uno empezara y le siguiera el otro, sino a la vez, se fundieron en un abrazo.

Un abrazo que les trajo toda la calidez y paz que les faltaba. Era la segunda vez en su vida que se abrazaban así y ambos pensaron que por qué no lo hacían más a menudo.

En realidad, ambos sabían la respuesta: al fin y al cabo eran un hombre y una mujer adultos, sin lazos familiares ni de matrimonio, y los hombres y mujeres en esa situación no se abrazaban de aquella manera.

Tan intensa.

Tan profunda.

Aunque no hubiera un interés físico entre ellos.

Porque no lo había.

¿Verdad?

Esa pregunta se encendió de repente en la mente de Jane, como una lucecita lejana y le produjo un vuelco al corazón. No estaba muy segura de qué había ocurrido, pero sí de que el ambiente entre ambos había cambiado. Al menos para ella.

Al mismo tiempo que ella se estaba dando cuenta de eso, Terry también reaccionó de una forma poco usual: la apartó de él, pero no porque el abrazo se hubiera terminado, sino cortándolo antes de que se extinguiera de forma natural.

La apartó de sí de una manera un poco brusca, incluso.

Otra idea perturbadora apareció en la mente de Jane: ¿Terry había sentido lo mismo que ella un instante antes, fuera lo que fuera?

Pero no, no era eso. Era otra cosa. Lo supo, porque tenía una sonrisa inmensa y una expresión y una luz en sus ojos que indicaban que no estaba perturbado, como ella, sino emocionado.

—¡Tengo una idea perfecta!. ¡Brillante! — dijo entonces él.

Capítulo 13:

—¿Casarnos?

Le hizo la misma pregunta tres veces, porque le estaba costando entender lo que Terry le acababa de decir. Y las tres veces la respuesta fue la misma:

—Sí, Jane, casarnos. No sé cómo no se me ha ocurrido antes, es una idea perfecta. Los dos salimos ganando.

A la tercera fue la vencida y Jane terminó por asimilar que lo que le estaba diciendo Terry no era una broma, que iba completamente en serio. Solo entonces empezó a reaccionar de manera lógica, como era ella:

—¿Ganando qué? No entiendo cómo se te ha ocurrido algo así.

—Empecemos por tí —dijo él entonces, llevándola hacia un banco en el extremo del jardín, pero sin dejar de hablar excitado

mientras se acercaban —Esta casa se va a convertir en un infierno para ti, como tu misma me has dicho hace un momento. No solo vas a tener que compartir tu vida todos los días con la única persona hacia la que has sentido animadversión en tu vida, sino que esa persona se va a convertir en la dueña del palacio y va a cambiar todo a su antojo. Da por supuesto que el jardín será una de las primeras cosas que tocará, ya que su aspecto salvaje no encaja en absoluto con lo perfecta y ordenada que es Roberta.

Cuando Terry dijo esto último, Jane parpadeó varias veces seguidas y a su rostro asomó una expresión de asombro, porque Terry acababa de confirmar lo que había negado antes de que se le ocurriera aquella "brillante" idea.

—No veo como ese infierno va a ser menor en tu palacio, seguiría estando lejos de mi jardín.

—No, simplemente lo trasladarías.

—¿Trasladarlo? —dijo ella frunciendo el ceño.

—Si, trasladarlo a mi palacio. Hay un terreno el doble de grande que en el tuyo. Desde que murió mi madre nadie lo ha tratado con mimo. El jardinero se ocupa, pero hay tan sólo los macizos de flores suficientes y los setos suficientes para no desmerecer el palacio de un Duque. Pero cuando te traslades a vivir

a él, una vez convertida en duquesa de Graymont, será todo tuyo. Podrás hacer allí todo lo que has hecho aquí, multiplicado por dos. Mejor aún, porque podrás empezar desde el inicio, con toda la experiencia que tienes.

El brillo de los ojos de Terry se trasladó a los de Jane. No había nada más tentador para ella que lo que acaba de proponerle. Y no era algo que no se le hubiera ocurrido antes, por cierto. Más de una vez, desde que el anterior duque había fallecido y él se había convertido en duque de Graymont, había pensado en pedirle a su amigo que le dejara ocuparse de su jardín. No lo había hecho hasta el momento ya que eso habría sido meterse en un terreno que solo le debía incumbir a la duquesa. Y tarde o temprano iba a haber una. Lo que no se le había ocurrido nunca era que esa duquesa pudiera ser ella.

Por un momento, Jane pensó que solo por la posibilidad de tener aquel terreno entero para ella merecía  la pena casarse con Terry. Pero inmediatamente todo volvió a parecerle una locura y quitó aquella idea de su mente y puso más objeciones.

—Terry, por muy tentador que sea, no podemos casarnos solo para que yo diseñe tu jardín a mi gusto.

—No, claro, lo principal es que no tendrías que relacionarte con Roberta, ni, sobre todo, estar a sus ordenes. Porque eso es lo que va a pasar, Jane, que en cuanto se case con Liam, tu opinión ya no va a ser tenida en cuenta.

Aunque era cierto, aquello le dolió como si le hubieran pegado un tortazo, por eso le contestó a Terry airada. Como solía ocurrir tantas veces, la pagó con quien transmitía el mensaje, en vez de con quien le había provocado el daño: su hermano.

—¿Y tú qué ganas con todo esto? Porque no creo que lo hagas por mí. Alguna ventaja  buscas.

Terry echó la cabeza un poco hacia atrás, como si hubiera recibido un tortazo él también. Jane nunca lo había tratado tan bruscamente, pero entendió lo que le estaba pasando. Luego se puso serio, más de lo normal, centrándose en lo que ella había dicho, y tardó en responder, pero finalmente lo hizo.

—Gano muchas cosas. La primera, vengarme.

—¿Vengarte? —Dijo ella , con un tono un poco más moderado.

—Sí. De ambos. No creo que haya un pretendiente peor para ti que yo, desde el punto de vista de Liam. Ya sabes que nunca me ha soportado.Y de Roberta…sí, también creo que mi matrimonio contigo le va a mortificar —se calló y se quedó un poco pensativo

antes de continuar y soltar algo impactante —Te voy a contar algo que siempre he sospechado y que los últimos acontecimientos confirman. Roberta tiene envidia de ti. Una envidia que le reconcome. Por eso se metió contigo en el inicio de vuestra juventud y por eso se va a casar con Liam. No lo ama, no sabe lo que es amar, lo hace porque es tu hermano y porque convirtiéndote en condensa de Firestone te va seguir fastidiando y mortificando.

Jane abrió los ojos como platos.

—Pero no entiendo, no tiene sentido, apenas me conoce, no hemos tenido trato. Ella es bellísima, tiene todo lo que una mujer desea, ha hecho un matrimonio ventajoso y ahora es una viuda con mucho dinero. No tiene sentido que me envidie.

—Tiene de todo, tienes razón, menos algo que tú tienes de sobra.

—¿Qué? —dijo ella, deseando entender lo que su amigo acababa de decirle.

—Pasión por algo y energía para conseguirlo. Independencia. No seguir lo que se supone que tienes que hacer y que te importe un bledo. Todo eso.

Cuando terminó de decirlo la miró, con afecto evidente.

Y Jane se puso roja.

Como la grana.

Lo que acababa de decirle Terry era cierto. Desde muy niña había tenido claro lo que quería y lo había llevado a cabo sin que le temblara el pulso. También era cierto que le había costado poco. Tanto sus padres en un principio, como su hermano una vez convertido en conde, no habían reprimido su carácter diferente. Nunca le habían presionado para que se comportara como "toda dama de la nobleza debe comportarse" .

Había recibido clases de piano, francés y canto, como toda joven de su estatus, pero habían pasado sin pena ni gloria por ella. Podía mantener una conversación insípida en francés, tocar una tonada sencilla y entonar una canción popular, pero eran actividades que no le interesaban y que, además, no había hecho nunca, más allá de saludar a un amigo francés de sus padres y dos veladas cuando era muy joven, en las que se le conminó a cantar y tocar el piano.

Ella siempre había preferido tocar sus plantas, hablar con los animales de su jardín y escuchar, e intentar interpretar, los cantos de los pájaros.

Ni su padre ni su madre habían puesto inconvenientes para que lo hiciera y su hermano, ya conde, tampoco.

Pero lo más importante, Liam tampoco le había insistido para que buscara un marido. Entre las mujeres de la nobleza, entre las mujeres en general, aquello era casi una obligación. Solo se quedaban solteras las mujeres muy pobres o muy feas, y Jane no era ni una cosa ni la otra. Como hija y hermana única de condes, tenía una dote muy elevada. Además, aunque no era una belleza y pasaba bastante desapercibida, había mujeres mucho menos agraciadas que ella. Con un mínimo esfuerzo, no le habría costado encontrar un partido aceptable. Y quizá, con un poco más de esfuerzo, es decir con la intervención de su hermano, habría podido encontrar un buen partido y convertirse a su vez en condesa o marquesa.

Pero Jane no había querido hacer ese esfuerzo. No se negaba al matrimonio de manera radical, pero sí sabía que iba a ser difícil encontrar a alguien que cumpliera su condición innegociable: alguien que respetara y, a poder ser, compartiera, su amor por la investigación de la naturaleza.

No había encontrado a nadie así y, por tanto, no se había casado.

En cualquier otra familia aquello habría sido un motivo de fricción, si no de agrios desencuentros habituales e, incluso, de

ruptura. Pero Liam había respetado su decisión y jamás le había presionado.

Así que lo que acaba de decirle Terry era cierto. Era independiente y había roto los moldes de lo que se suponía que tenía que hacer segun su sexo y posición, pero no le había costado mucho. En realidad, no tenía mucho mérito.

En cualquier caso, le gustó oírlo de los labios de él. Y más aún teniendo en cuenta que la había elogiado en contraposición a Roberta.

De todas formas, por mucho que le hubiera gustado escucharlo, seguía pensando que no tenía mucho sentido que Roberta tuviera celos de ella.

—Me sigue pareciendo increíble que todo lo mal que me ha hecho pasar sea porque tenga celos de mi.

—No tengas ni una duda, Jane, lo sé. He visto cómo habla de ti. Ella siempre ha escondido su animadversión hacia ti en tonterías y cosas absurdas, como que eres rara o aburrida, pero la realidad es la que te he dicho. Los celos casi se podían tocar cuando hablaba de ti.

—¿Cuando hablaba de mi? ¿Ha hablado de mí contigo?

Esta vez la reacción fue la contraria y el color desapareció de su rostro. Su amigo del alma había compartido confidencias sobre

ella con la persona que más daño le había hecho en esta vida. Sintió como si le daban una nueva bofetada.

—Jane, Roberta es… era mi amante —dijo después de una vacilación dolorosa en medio de la frase —Tienes que entender que hablábamos de muchas personas y lo normal es hablar de las personas cercanas. Pero tienes que saber que siempre le hacía callar cuando quería hablar mal de ti. Llegamos a tener alguna discusión incluso. De hecho, ahora que me acuerdo —continuó después de un nuevo momento de silencio —tuvimos una discusión especialmente agria hace algo menos de un año y yo le dije que no quería que volviera a hablarme de ti. Y no lo volvió a hacer. Quizá lo que está ocurriendo ahora tiene que ver con aquello.

Se cayó de golpe y se quedó pensativo.

—No creo, Terry, no creo que te haya dejado y se case con Liam por eso. Tiene que haber otra razón —dijo entonces ella, poniendo en palabras lo que él estaba empezando a pensar.

—Si, tienes razón, sería una exageración.

—No entiendo cómo has podido relacionarte con ella.

Dijo entonces Jane, de nuevo con un tono agrio, porque era cierto, no podía entender cómo alguien como Terry, que podía

escoger a mujeres bellas y buenas, se hab´ia enredado en una relación de años con una persona que tenía un alma oscura.

—No es tan mala, Jane, te aseguro que es sensible y…

—Claro, por eso te ha hecho lo que te ha hecho —le cortó ella, haciendo que la rabia y la impotencia volvieran a la expresión de él.

—Quizá tienes razón, quizá he sido demasiado inocente y me he autoengañado.

—Bueno, eso no tiene vuelta atrás, lo importante es que ya no está en tu vida. Aunque está en la mía y en la de mi hermano —terminó ella, con tono compungido.

—Por eso debemos casarnos, Jane, es la mejor solución. Ella dejará de estar en tu vida, estarás lo suficientemente cerca de Liam para estar a su lado si Roberta le daña, y mantendrás tu vida independiente a mi lado.

Jane suspiró. Era una locura. Seguía siendo una locura después de escucharle, pero, al mismo tiempo, sonaba bien.

De hecho, la locura no la había comenzado ella, sino Liam. Y Roberta.

Aquel matrimonio intempestivo que iba a llevar su vida al desastre. Lo que le estaba proponiendo Terry era también absurdo y desesperado, pero era lo único que estaba en su mano.

Y en ese momento se dio cuenta de que era lo único que podía tener algo de sentido sin tenerlo.

Aún así, antes de aceptar, debía indagar más en algo que seguía sin encajar.

—Terry, estás muy interesado en que acepte, mucho más que en explicarme por qué tienes tanto interés en casarte conmigo. Sí, ya sé que me has hablado de venganza, pero tú no eres una persona vengativa.

Se calló y lo miró con intensidad.

Terry no bajó la mirada, la mantuvo, con la misma intensidad que ella, pero levantando poco a poco una sonrisa:

—Eres lista, por eso me caso contigo también — dijo, e hizo que ella se pusiera roja de nuevo —sí, hay otra razón mucho más importante. La rabia se me pasará, ayudará a ello ver el fastidio de Liam y Roberta por nuestro matrimonio, pero se me habría pasado igual tarde o temprano. Sin embargo, cuando se me ha ocurrido esto, enseguida me he dado cuenta de que era una solución perfecta para un problema que pende sobre mi cabeza desde el día que nací y aún no ha sido solucionado.

—¿Qué problema? —Dijo Jane, sin entender.

—El problema de mi matrimonio.

—Bueno, no has tenido prisa para casarse hasta ahora. Eres un hombre, podrías haber aguantado hasta los 40, y más aún, sin que a nadie le hubiera extrañado.

—Sí, es cierto, no tenía prisa, pero siempre me ronda el tema. A todos los hombres nobles les persigue ese tema desde que tienen uso de razón, al igual que a las mujeres.

Jane se limitó a sacar una tos forzada como respuesta.

—Bueno, excepto a ti. Pero saber de qué te hablo.

—Si, sé —le concedió finalmente Jane.

—Como te decía , aún no tenía prisa, pero empezaba a tener claro algo. Tengo la suficiente edad y he tenido las suficientes relaciones, aunque sean ilegítimas, como para saber que jamás voy a encontrar a una mujer que encaje en lo que se espera de una duquesa, además de encajar en lo que quiero yo.

—No te entiendo —dijo ella, sinceramente

—Las mujeres que me gustan son como Roberta. Sensuales, voluptuosas, ligeras… e infieles. Una maravilla para mi disfrute. Un desastre para ser duquesa. Estaba dispuesto a casarme con ella, pero está claro que habría sido un desastre. Tarde o temprano ella me habría sido infiel. De hecho, empiezo a sospechar que llevaba un

tiempo siéndolo con Liam y que al final se ha decantado por él por eso, porque ya era su amante. Preferido.

Se quedó callado, pensativo y la expresión se le alteró de nuevo, como si una nube oscura y amenazante se le hubiera cruzado en la mirada. Jane decidió apermiarlo a continuar, para ayudarle a salir del pozo negro y también porque quería saber mas.

—Bien, las mujeres como Roberta no son adecuadas como duquesa, totalmente de acuerdo, pero, ¿y el resto? La mayoría, de hecho. Hay infinidad de mujeres que…

—No me gustan — le cortó el, tajante, para añadir enseguida, cuando ella se calló en seco —Podría haberme casado con cualquier joven insípida y bien educada, pero no me atraen nada. Y podría haber tenidoamantes, pero eso me habría traído quebraderos de cabeza con mi esposa: peleas, lloros e incomprensiones.

—Entiendo —dijo Jane, con el ceño un poco fruncido —¿y yo a qué grupo pertenezco? no me parece que encaje en ninguno.

—¡Efectivamente, Jane!— dijo él. Y sacó una sonrisa radiante , rodeó su cintura con un brazo y, mientras seguía hablando, empezó a bailar con ella, despacio, muy despacio, haciendo que dieran vueltas sobre sí mismos —Eres perfecta, Jane. No tienen interés en los hombres, luego no me serás infiel, ni me montarás escenas por

tener amantes. Y, para bordarlo, eres mi mejor amiga. Los dos felices haciendo lo que queremos. Y Robert, Willkies más feliz aún.

Jane sintió algo desagradable en su estómago y le entraron ganas de parar aquel baile tonto sin música, sin embargo, aguantó: no había  explicación para su disgusto, tenía que disimular. Por eso, para desviar la atención de su disgusto preguntó algo que, en realidad le daba igual:

—¿Quién es Robert Willkies?

—El hijo de mi primo segundo, quien heredará el ducado, porque nosotros no vamos a tener hijos.

# Capítulo 14:

—¿Sellamos el trato?

Al final había sido él quien había parado el baile sin música y ahora la miraba sonriente, con la mano derecha extendida, intentando que ella la estrechara, como hacen los hombres cuando llegan a un acuerdo.

Jane seguía disgustada sin saber por qué, de hecho, su estómago había empezado a dolerle y lo único que quería era marcharse de allí. Pero también sabía que tenía que acabar con aquello y que la mejor manera de hacerlo era decirle a Terry que sí.

No tenía otra opción.

Bueno, en realidad sí la tenía: no casarse con Terry, quedarse en su palacio y esperar a que su hermano apareciera con su flamante esposa del brazo. Enfadarse con él, dejarse mangonear, si no maltratar, por Roberta. Sentirse encerrada en su propia casa, ver como su jardín era destruido…

No, en realidad no tenía otra opciṕn, as que respondió lo único que podía responder.

—Si, de acuerdo, sellamos el trato.

—Y extendió la mano, tal y como la había extendido él.

Nunca había estrechado la mano a nadie, ella era una mujer y no cerraba

tratos, como mucho, hacía reverencias, o daba besos ligeros, apenas rozando mejillas, pero esto último solo a solo a familiares muy cercanos.

Curiosamente, aunque Terry era su amigo del alma, aunque habían compartido infinidad de momentos juntos, habían corrido juntos, se habían caído de árboles, habían rodado por la hierba, se habían abrazado incluso, como un momento antes bailando, pero nunca habían tenido un contacto de sus manos juntas.

En principio se trataba de un tipo de contacto extraño entre un hombre y una mujer, pero era un contacto inocente, serio, profesional…

Pero no lo sintió así.

Sintió algo nuevo e intenso, muy intenso.

Era como volver al hogar. Un hogar que no recordaba, pero que, una vez en él, era imposible de ignorar.

Era su sitio.

Se sintió turbada, pero aquello no iba a ser lo más turbador de aquel extraño día.

—Bueno, Jane, lo cierto es que darnos la mano es demasiado frío, al fin y al cabo nos vamos a casar. Mejor sellarlo con un beso.

Y sin esperar a que ella, que se había quedado sin palabras, respondiera, Terry agachó su cabeza hacia su rostro.

Capítulo 15:

Lo cierto es que la propuesta de Terry no era tan descabellada ni inapropiada. Enseguida quedó claro que lo que quería era besarle la mejilla. Rozarla apenas, de manera inocente Un tipo de saludo que no se había dado nunca entre ellos, pero que era habitual entre personas cercanas, como hermanos y hermanas, o amigos de muchos años.

Había personas de la alta sociedad que se besaban así en los inicios de los bailes, personas a las que no les unía ningún lazo amoroso ni sensual.

Pero las cosas no salieron como Terry había planeado.

Como Jane se había puesto nerviosa con la propuesta, a pesar de que enseguida se dio cuenta de que él se estaba acercando a su mejilla izquierda y que lo que había interpretado era equivocado, los nervios le hicieron vacilar y girar un poco la cabeza ,

hacia su izquierda también. Cuando ella hizo ese giro casi imperceptible, él también vaciló y en vez de dirigir el movimiento a su derecha, lo cambió hacia la izquierda también. Como esas veces que te vas a cruzar con alguien y empiezas a moverte para no chocarte y al final consigues lo que intentas evitar, esta vez también, en ver de juntarse la mejilla de ella y los labios de él, se juntaron los labios de ambos.

Muy levemente y, además, los apartaron inmediatamente ambos, echando la cabeza hacia atrás. Como si los labios del otro quemaran.

Pero había ocurrido.

Y aquello provocó el primer cambio en su relación.

Capítulo 16:

Terry soltó una carcajada, para quitarle hierro a lo que acababa de ocurrir.

En realidad, no había ocurrido nada. Un leve roce de sus labios, más suave que el aleteo de una mariposa. La risa era un intento por remarcar la banalidad de lo que había ocurrido y también las palabras que él dijo a continuación:

—Bien, voy a ponerme manos a la obra. Tenemos que casarnos antes que ellos, y he escuchado que se casan el jueves.

—¿El jueves?, pero si hoy es martes —dijo Jane, de nuevo asombrada de que su hermano estuviera planeando aquello de manera inminente sin decirle nada a ella.

—Si, Jane, por eso tenemos que casarnos sin falta mañana. Es la mejor manera de arruinar su "sorpresa". Y de que tú no tengas que pasar ni un día bajo el mismo techo que Roberta.

Jane suspiró. Por primera vez había sentido ganas de vengarse también, no solo de Roberta, sino de su hermano ¿cómo podía estar haciéndole eso?.

Seguramente había perdido la cabeza por Roberta, como le había ocurrido a Terry. Estaba claro que los hombres no eran muy listos y eran muy fáciles de manipular por una mujer bonita.

—De acuerdo, te espero aquí mientras  buscas a alguien que nos case. Recogeré lo básico para mudarme a tu palacio.

Terry sonrió, le dijo, "de acuerdo" y salió rápido, sin darle la mano ni un beso esta vez.

Capítulo 17:

Sabía a quién acudir. No estaba lejos además. A dos manzanas de su palacio y del centro había una pequeña iglesia donde trabajaba como pastor el hijo de un sirviente querido de sus padres. Se llamaba Lewis Brown y había sido, además del hijo de la cocinera y el cochero, su compañero de juegos infantiles.

No había podido jugar con él todo lo que hubiera querido, porque la rígidas normas de segregación de clases que había en su palacio lo habían impedido, pero, aún así, a veces habían conseguido escapar de aquellas normas y habían jugado.

Su amistad no era igual a la que mantenía con Jane, no era tan profunda, pero sí se podía decir que tenían confianza y que en una caso de urgencia como aquel, Lewis le iba a responder como un amigo, como así fue:

—Bueno, bueno, Terry, ¡no puedo creer que te vayas a casar! eso sí que es una sorpresa. Agradable, muy agradable —terminó,

mirándole con intensidad y una sonrisa radiante que hacía que su rostro, ya de por sí agradable, lo pareciera aún más.

Lewis no podía haber reaccionado mejor. No le había puesto ni una objeción, ni había hecho aspavientos por la premura con la que se presentaba ante él. Estaba claro que aquella boda era intempestiva y ocultaba algo extraño detrás, pero Lewis fue amigable y discreto, como había sido siempre. Solo se permitió una pregunta de curiosidad:

—Ya que voy a casaros mañana, ¿podría saber quién es la afortunada?. Si prefieres callarlo, lo entiendo, aunque también es cierto que me enteraré mañana —terminó, guiñandole un ojo.

—Sí, claro, no hay inconveniente, es Jane.

No añadió su apellido ni el título de su hermano, ya que con "Jane", Lewis iba a entender perfectamente de quién estaba hablando.

Los tres habían coincidido alguna vez que Jane había ido a jugar al palacio de él, las menos, ya que preferían siempre el alegre palacio de los padres de Jane en vez del suyo, siempre envuelto en un ambiente lúgubre por la esencia de su doliente padre. Pero no la conocía solo por eso, sino porque siempre que ellos habían jugado,

Jane había aparecido en sus conversaciones. Lewis sabía que Jane era la mejor amiga de Terry, así que entendió.

Y le sorprendió.

Aunque menos de lo que Terry había esperado.

Levantó su ceja rubia, ladeó la cabeza hacia su izquierda, en un gesto que expresaba algo de asombro  y dijo:

—Ah, Jane…. —y se quedó callado con expresión reflexiva.

Terry sintió alivio. Lo cierto es que agradecía que la primera persona a la que se lo comunicaba no hiciera aspavientos, bastantes vendrían después, cuando criados y todo Londres se enterara.

Pero lo que no se esperaba es que Lewis siguiera hablando. Y, mucho menos, lo que dijo:

—Veo que los designios divinos van por buen camino. Es un matrimonio perfecto: estáis hechos el uno para el otro.

Si a Terry alguien le hubiera pinchado con una aguja en ese momento, no habría sangrado: ¿había dicho que estaban hechos el uno para el otro?. Pero, ¿de dónde  se había sacado aquello Lewis?. Estaba claro que aquel matrimonio era totalmente inesperado, empezando para él mismo…

Sin embargo, no pudo aclarar con su amigo qué quería decir, ya que, nada más decir aquello, Lewis se acercó a un libro, donde

apuntaba las ceremonias que tenía que oficiar y, cambiando la expresión, dijo:

—Vaya, tenemos un pequeño problema —se calló y frunció el ceño mientras miraba el libro, pero enseguida añadió —Pero es pequeño, no te preocupes.

Y sonrió abiertamente.

❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

Cinco minutos después, Terry salía de la rectoría de la pequeña iglesia con el ceño fruncido. El problema se había solucionado, pero le había molestado.

Al parecer, Roberta y Liam habían adelantado su matrimonio y se iban a casar al día siguiente, igual que ellos. Y, para más complicación, en la misma rectoría. Lewis había solucionado todo dándoles a Jane y Terry una hora más temprana, de forma que se casaran antes y, al mismo tiempo, las dos parejas no se vieran. Era una tontería que apenas alteraba el plan, pero le molestaba.

¿O no era eso lo que le molestaba en realidad?

Si hubiera sido sincero consigo mismo, se habría dado cuenta de que la

razón de su desasosiego era otra. O, mejor dicho, eran dos.

Por un lado, le había perturbado enormemente lo que había dicho Lewis:

"estáis hechos el uno para el otro". La frase resonaba en su cabeza y ni los ruidos de la calle, a esa hora llena de gente y coches de caballos ni sus intentos por apartarla de su mente estaban sirviendo para acallarla.

No había duda sobre la interpretación de la frase, Lewis pensaba que aquel

matrimonio no era un acuerdo de conveniencia de última hora, algo acordado, un matrimonio de compromiso. No, Lerwis creía que entre ellos había amor. Y no solo eso, sino que eran un matrimonio ideal.

Aquello eran palabras mayores y le estaban perturbando muchísimo.

En realidad se trataba de una opinión aislada de alguien que no tenía relación estrecha con ellos, aunque los conociera desde niños. No tenía por qué darle importancia.

Pero el problema se agudizaba por culpa del otro aspecto que le estaba mortificando.

Un aspecto que, unido a lo que acababa de decirle Lewis, estaba haciendo todo mucho más complicado.

Ese aspecto era el beso.

Capítulo 18:

Cuando Jane se quedó sola, tardó unos minutos en tranquilizarse. Estuvo dando vueltas en la habitación, como si fuera un animal enjaulado, sin ser capaz de pensar en nada que no fuera, machaconamente: "voy a  casarme con Terry",  "voy a casarme con Terry".

Decidió que sólo había una manera de volver a su ser y era salir al jardín y empaparse de sus plantas y de su ambiente pacífico y natural. Y empaparse fue, de hecho, lo que le ocurrió de manera literal, ya que hacía un momento había empezado a caer una lluvia fina, finísima, apenas poco más que niebla condensada. Un tipo de lluvia que el jardín agradecía como nada. Era una lluvia mansa, que penetraba en la tierra poco a poco, sin violencia, que humedecía las hojas y las raíces por igual. Que aportaba vida y paz.

Era un tipo de lluvia que a Jane también le hacía bien. De hecho, al contrario que a la mayoría de la gente, que se refugiaba en

el interior cuando empezaba a llover, a Jane le gustaba hacer lo contrario. Sobre todo, cuando llovía de aquella manera. Tenía una capa impermeable con una gran capucha, y unas botas recias fuertes y también impermeables, siempre preparadas en un armario en la entrada del palacio. Con aquella ropa podía pasar horas en el jardín, viendo como todo se empapaba, pero manteniéndose seca y caliente.

Eso era lo que hacía siempre en esas circunstancias, pero, cuando abrió la puerta del jardín, además de darse cuenta de que llovía, también recordó que aquel no era un día normal y, por tanto, no tenía por qué hacer lo mismo de siempre.

Y salió al jardín sin capa y sin botas diciendo en alto:

—¡Qué más da!

# Capítulo 19:

Aunque la lluvia era finísima y mansa, nada más dar dos pasos al aire libre notó que se empezaba a empapar.

Llevaba, además, un vestido de algodón fino y unos zapatitos de tela, más aptos para un paseo primaveral que para permanecer en el jardín bajo la lluvia.

Estaba claro que en cinco minutos, o menos, iba a estar completamente empapada, con los pies mojados y los zapatos llenos de barro. Pero lo que acababa de exclamar en alto era cierto. Le daba igual mojarse y mancharse.

Igual.

Porque, aunque la tierra iba a seguir con sus giros y la lluvia iba a caer igual, sometida a la ley que su compatriota Newton había descubierto dos siglos atrás, su vida acababa de cambiar radicalmente para siempre.

¿Qué más daba un poco de agua encima y pasar algo de frío?

Nada.

En un principio sintió que aquellos contratiempos: el incómodo barro pegado en sus zapatitos, la desasosegante humedad pegándose a su piel, el frío que erizaba el vello de su piel, no eran más que una expresión de lo que había pasado con su vida. La lluvia e incomodidad sobre ella casaban perfectamente con el caos en el que se había convertido su vida.

Pero cuando se adentró en el jardín, se dio cuenta de que, aunque era cierto que la humedad era incómoda y sentía frío, aquello, en vez de hacer que se sintiera más desgraciada, estaba surtiendo un efecto contrario.

Se sintió vivificada y con más fuerza. Se sintió como seguramente se sentían las plantas del jardín. Al fin y al cabo, el agua, junto con el sol, era lo que traía la vida.

Y entonces pudo empezar a pensar en lo que le había ocurrido y pudo hacerlo sin que se le encogiera el corazón.

Quería a Liam, pero era un cabeza de chorlito. Siempre lo había sido. Eso explicaba por qué se había enamorado de alguien claramente inmoral como Roberta. Además, había sentido, desde niño, celos hacia Terry y también, aunque disimulados, hacia ella. Aquello lo explicaba todo.

Si, visto así, pensó Jane, era entendible lo que había decidido hacer Liam.

Ahora bien, que lo entendiera no quería decir que le perdonara.

Sentía mucha rabia hacia él y le iba a costar mucho tiempo apaciguarla. Seguramente, con el paso de los meses llegaría a recuperarlo como hermano, pero le iba a costar. Lo que más le gustaba de la propuesta de matrimonio de Terry era precisamente que iba aquitarselo de su vista.

Pero había algo que le perturbaba mucho más y que la lluvia fina que le estaba empapando no conseguía diluir. Era todo lo relacionado con la reacción de Terry. Y la suya propia.

¿Por qué le había pedido matrimonio? ¿Por qué había dicho ella que sí?

La respuesta fácil era que Terry le había dado muy buenas razones y ella las había aceptado. Había valorado los pros y los contras y había tomado una decisión racional y pensada y bla, bla bla… Pero no se engañaba a sí misma, había algo más.

Algo profundo e intenso. Algo que se había presentado de manera inesperada, pero que, sospechaba, había estado siempre ahí.

No le ponía nombre a aquel "algo", o no se lo quería poner, aunque lo tenía en la punta de la lengua.

Prefirió  mirar al cielo, con los ojos cerrados, para que la lluvia fina empapara su rostro como había empapado hasta entonces su cabello.

Las diminutas gotas, frías, produjeron el efecto vivificante que esperaba.

Pero no diluyeron aquel "algo" profundo que estaba emergiendo.

Y las palabras empezaron a acudir a su mente, aunque no quería:

Palabras que le decían que aquello había despertado con el beso que se habían dado. Un beso no buscado. Un beso producto de un error de movimiento. Un beso fugaz, apenas un segundo. Menos incluso.

Pero un beso.

Porque sus labios habían entrado en contacto y aquel contacto había sido…

Había sido lo más intenso que había vivido en su vida.

La risa de Terry había querido tapar lo ocurrido, pero no lo había conseguido.

Jane conocía a Terry como si fuera ella misma y sabía que aquella risa había sido forzada. Con un punto de temor.

Temor a algo desconocido e intenso.

Igual a lo que había sentido ella.

Cuando nuevas palabras empezaron a asomar y Jane se dio cuenta de que la lluvia sobre su rostro no era suficiente para diluir la perturbación que le traían, decidió hacer algo más.

Cambiaría la azalea de sitio. No era la época de trasplantar, no era el día, tan lluvioso, con la tierra convertida en barro, pero ella lo necesitaba. Necesitaba hundir sus manos desnudas en la tierra, mancharse de ella, para diluir las palabras que no quería pensar.

Así que se agachó y se puso manos a la obra. Primero abrió un hueco en la tierra con sus manos desnudas, para hacerle sitio a la azalea en un lugar mejor.

Siempre lo hacía así, con las manos desnudas, sin guantes. Su madre se desesperaba, pero ella necesitaba sentir la tierra en su piel. Además, un buen jabón y un buen lavado después lo arreglaban todo.

Pero aquel día la tierra estaba empapada y apelmazada y en vez de sentir su calor profundo y como se deslizaba entre sus dedos, la sintió pegajosa y pesada y fría.

En cualquier caso, no era una sensación desagradable, al contrario, era otra manera de entrar en contacto con la tierra. Era otra manera de conocer su jardín. Y, además, le estaba sirviendo para olvidar lo que le perturbaba.

Aunque el olvido duró poco.

La tierra empapada soltaba también un olor diferente, nuevo e intenso. Un olor que, de repente,  le recordó al que emanaba del cuerpo de Terry cuando la había besado.

No había sido perturbador solo el roce de sus labios, suaves y ardientes al mismo tiempo, no había sido solo perturbadora su altura y su presencia masculina, no había sido solo perturbador el roce de los músculos de acero del pecho de él  cerca del pecho de ella, había sido también aquel olor a naturaleza salvaje, a promesa de algo intenso e incontrolable.

Eso era lo que la tenía desconcertada y ansiosa al mismo tiempo.

Se iba a casar con su mejor amigo, pero, de repente, su mejor amigo empezaba a parecer otra cosa, algo más…

# Capítulo 20:

—Esta va a ser tu habitación.

Terry acababa de abrir la puerta de par en par, pero enseguida había dado dos pasos hacia atrás y se mantenía a una distancia excesiva de ella: más de dos metros de separación.

Exceptuando el momento de la ceremonia, en el que habían tenido que permanecer muy juntos, entrelazando sus manos incluso en el intercambio de anillos, todo el tiempo que habían pasado juntos desde que habían decidido casarse había sido a distancia.

Una distancia que Terry se había empeñado en marcar constantemente.

Cuando ella se había acercado por algún motivo, él había dado siempre dos pasos hacia atrás, o hacia adelante. O a los lados.

Nunca habían estado tan separados estando en el mismo lugar.

Estaba claro que la decisión de casarse había roto algo en su relación.O, si no roto, sí cambiado. Significativamente.

En aquel momento acababan de llegar directamente desde la iglesia al palacio de Terry. Al palacio de ambos, porque ella acababa de convertirse en la Duquesa de Graymont.

Nada más entrar en el palacio, Terry la había llevado a la que iba a ser su habitación, que era la antigua habitación de su madre y se comunicaba por una puerta interior con la que ocupaba él. Jane conocía aquella habitación de sobra, había estado en ella innumerables veces con Terry.

Al contrario que el resto de la casa, que había parecido empaparse de la tristeza que emanaba del anterior duque viudo, aquella habitación, la de la fallecida duquesa, se había mantenido como una isla de alegría, paz y dulzura. Un lugar que mantenía la energía de la duquesa.

La habitación estaba decorada con colores claros entre los que predominaban los rosas y malvas. La cama era de madera clara, con un dosel sencillo, sin adornos recargados, y cubierto por una tela suave, blanca y transparente. Blancas también eran las sábanas y cobertores, y rosas y malvas las alfombras.

Un tocador al lado del gran ventanal era de madera lacada en blanco y adornado con pequeñas flores rosas azules y malvas. Y las cortinas, quizá lo más llamativo de la estancia, eran de batista blanca pero estaban bordadas con innumerables mariposas, de todos los colores del arco iris.

Era una habitación diferente, casi mágica, y era el lugar en el que ambos habían jugado de niños las veces que ella había acudido a su palacio en vez de él al de ella.

Aquella habitación también había sido, lo sabía porque él se lo había contado muchas veces, el refugio que él había buscado en la casa cuando había querido quitarse de encima la tristeza que rodeaba a todo.

Ella había estado muchas veces allí, pero a Jane le impactó que ahora
aquella habitación fuera a ser la suya.

—Es preciosa.

Dijo.

Una obviedad, pero algo tenía que decir para romper el hielo que se
había instalado entre los dos

Aquella distancia que Terry se estaba empeñando en mantener con ella le dolía, al mismo tiempo que la aliviaba.

Le dolía porque nunca habían estado tan separados como desde el momento en que habían decidido casarse, una separación que estaba aumentando a medida que el matrimonio se estaba haciendo efectivo. Pero también le aliviaba porque estaba viviendo un terremoto interno y la cercanía de Terry le estaba produciendo sensaciones nuevas y muy perturbadoras. Sensaciones que no podía controlar.

Así que, de alguna manera aquella distancia era su tortura y su alivio al mismo tiempo.

Y parecía que a Terry le estaba ocurriendo lo mismo.

—Bien, te dejo tranquila para que te vayas acostumbrando a tu nueva habitación, nos vemos mañana en el desayuno. Lo suelo tomar a las nueve, excepto cuando tengo sesión en el parlamento, que lo tomo a las ocho. Mañana no hay sesión.

Había soltado todo con su voz de siempre, pero sonando de manera muy diferente, de manera monótona y fría, casi como si fuera un criado dándole una información anodina.

Y lo peor no había sido eso, sino que ni siquiera la había mirado y, nada más soltar la última palabra, había girado sobre sus

talones y había salido de la habitación.

También había cerrado la puerta tras él, dejándola a ella dentro con un frío interior más intenso que el que había sentido en toda su vida.

Estaba claro que aquel matrimonio iba a ser muy difícil.

Capítulo 21:

Eran las siete de la mañana.

Jane acababa de abrir los ojos después de haber dormido toda la noche sin despertarse. Era algo inesperado, ya que cuando Terry la había dejado sola se había sentido muy alterada y había pensado que iba a ser incapaz de dormir. Pero quizá por la intensidad de todo lo vivido, cuando se había metido en la cama y se había arrebujado bien bajo el edredón, había escuchado cómo el reloj que había en el pasillo había dado las diez y no había oído nada más, es decir, había dormido nueve horas.

Y no solo eso, sino que se había despertado con una sensación agradable en todo su cuerpo y una sonrisa dibujada en su cara.

Al parecer, había tenido sueños agradables.

Lo cierto era que aquello era una buena señal. Su recién estrenado matrimonio había empezado de una forma horrible, pero, al menos, conseguía dormir y no solo eso, sino que al parecer, conseguía hacerlo bien y con sueños bonitos.

Algo era algo.

Aunque claro, en cuanto empezó a desperezarse, todo lo que había ocurrido, empezó a hacerse presente de nuevo y a perturbarle.

Seguía presente el problema de su hermano, con el que aún no había hablado.

Como había salido de su palacio natal a escondidas, había conseguido esquivar un enfrentamiento directo, pero a aquellas horas Liam ya sabría todo: que ella había abandonado su palacio natal, que se había casado con Terry y que no iba a convivir con ellos.

No tenía ni idea de cómo se lo habría tomado, pero  sí sabía dos cosas: que tarde o temprano tendría que enfrentarse a él. Y que en ese momento aquello era lo que menos le preocupaba.

Lo que le preocupaba era qué iba a ocurrir con su relación con Terry. Estaba claro que se había convertido en otra cosa, pero ¿en qué?

Esperaba que lo ocurrido el día anterior no fuera a ser lo habitual. No podría soportar perder a su mejor amigo, porque esa distancia que había habido entre ambos el día anterior suponía eso, perderlo.

Pero claro, no podía echarle la culpa a él, ella también había aceptado aquella distancia, la había necesitado…

Y entonces, cuando sus pensamientos llegaron a ese punto, ocurrió algo inesperado.

Varias imágenes se agolparon en su mente.

Eran las imágenes de lo que había soñado.

¿Y qué había soñado?

Pues, ni maś ni menos que la noche de bodas que no habían tenido.

Si, había soñado que perdía la virginidad en los brazos del que hasta entonces había sido su mejor amigo y que pocas horas antes se había convertido en su marido.

# Capítulo 22:

Y no se había tratado de un sueño inocente, no, había sido explícito e intenso, hasta el punto que, por un momento, dudó si no había ocurrido en realidad

## Capítulo 23:

No, no había ocurrido en realidad, pero lo sentía como si hubiera sido real.

Jane se hundió en la cama, se arrebujó más en el edredón y dejó que aquellas imágenes pasaran por su mente.

Había soñado que entraban ambos en la habitación, en un principio, como el día anterior: en silencio, separados, tensos… pero, de repente, todo había cambiado.

Como ocurre a veces en los sueños, habían empezado a suceder cosas extrañas e inverosímiles, pero que dentro del sueño eran absolutamente normales.

La habitación se había llenado de una luz cálida y ambarina, que hizo que la colcha, la decoración y el papel de las paredes parecieran aún más acogedores. Junto con el cambio de luz, también había habido un cambio en la temperatura. No es que la habitación estuviera fría, pero en el sueño se había vuelto aún más

cálida. No era una calidez pegajosa ni excesiva, no provocaba sudor ni agobio. Era una calidez agradable, como una mañana de verano fresca, o el inicio de una tarde de primavera soleada. Era un calor suave e intenso al mismo tiempo. Era una calidez que la rodeaba entera y la acunaba. Una calidez que entraba dentro de ella a través de la piel. Era la sensación más agradable que había tenido nunca.

Y de repente, el Terry de sueño, influenciado por aquella calidez, había cambiado su actitud: se había movido, pero no para escapar de ella, sino para acercarse.

Había dado un paso, dos, tres, hasta situarse a su lado y, a medida que se había acercado a ella, el ambiente de la habitación había ido cambiando. La calidez se había vuelto más intensa y densa, pero una intensidad y densidad agradables, muy agradables.

Y ella también había dado un paso, pequeño, leve, ya que estaban muy cerca ya, pero gracias al avance de ella se habían quedado casi pegados.

Y se habían mirado. Muy cerca, notando el aliento del otro, casi escuchando el corazón del otro. Notando la calidez que emanaba de sus cuerpos. Pero, sobre todo, perdidos en la mirada del otro.

Entonces Jane se había dado cuenta de algo. De que conocía a Terry, pero en realidad, no le conocía.

Lo había visto de cerca muchas veces, jugando con él, observando un hormiguero o una flor recién abierta, pero nunca se había fijado en sus ojos. Sí, los tenía de color oscuro, eso sí lo sabía, pero nunca se había fijado en las chispas ambarinas que los hacían mucho más luminosos.

Y más cálidos.

También se fijó en su piel, lisa y ligeramente bronceada, conocida. Pero vio que tenía pequeñas pecas a los lados de su nariz. Unas motas que lo hacían adorable, a pesar de la enorme masculinidad que emanaba.

Unas motas que, de repente, necesitó tocar.

No pudo hacerlo, aunque empezó el movimiento de su mano, porque él se adelantó .

Al parecer, él también había descubierto algo nuevo en ella.

Algo en su pelo.

Cuando ella estaba a punto de levantar su mano para acariciar sus pecas, él había levantado la suya y la había acercado a su pelo.

Como tenía un pelo muy rizado, se había acostumbrado, desde niña, a intentar domarlo con un moño muy apretado. Pero, al parecer, uno de sus apretados rizos, cercano a su sien izquierda, se había soltado del peinado.

Eso era lo que había llamado la atención de  Terry. Y su mano se dirigió a aquel rizo rebelde.

Primero lo acarició, muy suavemente, como si fuera una piedra preciosa, y luego empezó a  juguetear con él, enrollándolo en su dedo y soltandolo, y mostrando con su mirada que le admiraba que mantuviera su forma retorcida.

Y soltó una risa.

Una risa de admiración y diversión.

Y ella, contagiada, se unió a su risa.

Al escuchar el sonido de la risa de ella, sin dejar de acariciar el rizo, Terry fijó la mirada en los ojos de ella de nuevo.

Y Jane pudo ver que los destellos ambarinos aún eran más intensos, iluminados por la sonrisa.

Y entonces ella acarició las mejillas de él, en el punto en el que estaban sus pecas.

Y él dio un ligero respingo. Muy suave, nada violento. Había sido un movimiento de sorpresa y, seguramente también, había

sentido algo al notar el dedo de ella sobre su piel.

Y sin decir una sola palabra, los dos se acercaron más al otro y unieron sus labios.

## Capítulo 24:

Al llegar a ese punto del recuerdo de su sueño, Jane se incorporó de golpe en la cama. Se quedó sentada, apartando las sábanas de ella, respirando agitada.

Necesitaba moverse y necesitaba coger aire, porque sentía calor, pero ya no era un calor suave y agradable, sino un calor intenso, como si, de repente, estuviera rodeada de fuego.

Además, junto con el sofoco, su cuerpo estaba mostrando otras reacciones: la piel ardiente, el corazón acelerado y la sensación de estar volviéndose líquida por dentro, pero no como el frío del mar o un lago, sino como si ríos de lava corrieran por sus venas.

Aún así, a pesar de lo intenso que era todo, la sensación no era desagradable, sino agradable.

Muy agradable.

Sentada sobre la cama, intentó tranquilizarse y se concentró de nuevo en lo que había vivido de noche.

El beso había empezado suave y delicado. Con cuidado, como si temieran hacerse daño. O, mejor aún, como si estuvieran descubriendo algo nuevo y necesitaran ir poco a poco.

Lo cierto es que esa sensación de cautela y cuidado era también muy real, ya que Jane, a pesar de tener treinta y dos años, no había sentido los labios de un hombre sobre los suyos hasta esa semana.

Hasta ese momento ese tema no sólo no le había preocupado, sino que estaba feliz con su decisión de mantenerse alejada de los hombres.

Hasta ese momento.

Porque recordando el beso del sueño se dio cuenta de lo que se había perdido.

Aquel beso había abierto una puerta a algo nuevo y maravilloso.

Los labios de Terry sobre los de ella le habían producido chispas de alegría y felicidad. De disfrute genuino. Casi tan intenso como cuando descubría una flor silvestre nueva.

¿Casi?

No, casi no, sino totalmente.

había disfrutado en sueños como pocas veces había disfrutado en la realidad, ni siquiera en su amado jardín.

Pero los cambios no acababan en aquel beso, ya que solo había sido el inicio del sueño.

Luego habían ocurrido más cosas.

El beso se había hecho más intenso y descarado y ambos necesitaron abrir sus labios.Y al abrir los labios, las lenguas, juguetonas, entraron en contacto.

Todo lo que había sentido Jane se multiplicó. La lengua de Terry, suave y dulce, acarició sus labios primero y luego su propia lengua, haciendo que las chispas que había sentido con el contacto de los labios se hicieran más intensas. Era una sensación deliciosa e inesperada. Jane no sabía que las lenguas podían tomar parte en un beso, pero se adaptó inmediatamente y empezó a jugar ella también.

Recorrió, con algo de timidez, los labios de él con su lengua y enseguida, envalentonada, la introdujo en su boca y se unió al baile de la lengua de él.

Una explosión de placer la inundó entera. Aquella unión era mucho más intensa que la de los labios solos. Mucho más intensa y mucho más sensual.

Porque aquella unión provocó en ella un hambre nueva y extraña: quería más, quería sentir a Terry pegado a ella en todo su cuerpo.

Como si la hubiera escuchado, él pasó su brazo derecho alrededor de su cintura y la atrajo hacia él, pegándola contra su cuerpo. Eso hizo que el hambre que estaba sintiendo ella se saciara un momento. El cuerpo de Terry era cálido y varonil al mismo tiempo. Era fuerte y duro, pero también suave y acogedor. Y ella pensó que no había un lugar mejor en el que estar que envuelta en el cuerpo de él.

Pero la sensación de plenitud y saciedad se acabó de golpe cuando él separó sus labios y dejó de besarla.

Jane se sintió como si le faltara el aire.

Sin embargo, el momento de desconcierto fue leve, rápido.

Él no se había separado de ella para alejarse, sino para buscar otro contacto.

Lo que hizo fue cambiar el lugar donde la estaba besando. Se apartó de los labios, sí, pero eligió otra presa.

Su cuello.

Y resultó, aunque fuera increíble, un lugar mucho más sensible, porque el contacto de los labios de él sobre la parte

desnuda de su cuello le provocó un terremoto interno.

Ahora ya no sentía pequeñas chispas de placer, sino un placer entero y total que la atravesaba entera.

Era una sensación deliciosa y, al mismo tiempo, una tortura.

Tortura deliciosa, efectivamente, era la mejor forma de deffinirla.

Además, todo aquello le trajo aún más hambre de Terry, más necesidad de él. De hecho, le trajo necesidad de hacer lo mismo que él le estaba haciendo a él.

Así que, mientras se derretía de placer por dentro, escogió ella también el cuello de él como presa y apoyó en él sus labios.

Era tanta la necesidad que tenía de él, que fue mucho menos delicada de lo que estaba siendo él con ella. Empezó besando su cuello, que era fuerte y cálido, con la misma delicadeza que él, pero durante unos segundos tan solo. Luego necesitó aumentar la intensidad del beso y decidió hacerlo con lo que acababa de descubrir: la lengua.

Empezó a lamer el cuello de Terry, como si fuera un dulce helado y estuvieran en el día más caluroso del verano. Lo hizo con dedicación, ansia y disfrute. El mismo disfrute que estaba sintiendo ella con lo que él le estaba haciendo.

Pero no era suficiente. Jane había dejado de pensar y solo se estaba dejando llevar por lo que necesitaba, y lo que necesitaba era a Terry.

Así que le mordió.

Fue un mordisco de deseo, no para hacerle daño, pero no midió bien su necesidad de él e hizo que él soltara una exclamación y luego una carcajada.

Y se separara de ella.

Fue solo un momento, el tiempo justo para que ella viera que Terry estaba diferente. Tenía el pelo alborotado, seguramente porque ella se lo había revuelto con sus caricias, el pañuelo que adornaba su cuello, suelto, el chaleco ligeramente descolocado…, pero lo más impactante eran sus ojos. Su mirada.

Ahora las chispas de color ámbar y su iris oscuro estaban cubiertos por una expresión nueva, extraña, que ella supo descifrar:

deseo.

Terry la deseaba.

Y ella, aunque no se estaba viendo, estaba convencida de que lo estaba mirando igual.

—No seas mala —le dijo, con un brillo en la mirada que no le había visto nunca. Y con una voz nueva también: ronca y gutural.

Una voz que no hizo más que derretirla aún más.

Pero se había asustado con lo que acababa de hacer y lo que él le acababa de decir, así que, excusándose, empezó a hablar, apurada:

-—Lo siento, no quería morderte.

Pero él le hizo callar posando su dedo índice sobre sus labios y, sin dejar de sonreír, le dijo:

—Claro que querías. Y me ha gustado… —Y volvió a ofrecerle su cuello —me ha gustado, pero hazlo un poco más suave…

Al mismo tiempo que le ofrecía su cuello, él empezó a lamerle a ella el suyo y a mordisquearlo, pero de manera más suave.

Estaba enseñándole cómo hacerlo, no tenía ni una duda Jane. Y ella estaba dispuesta a aprender todo lo que él le enseñara.

Recordando aquella parte del sueño, tumbada de nuevo sobre la cama, Jane se dio cuenta, de nuevo, de que las sensaciones que había tenido en el sueño se producían en su cuerpo en la realidad con la misma intensidad. Ahora su cuerpo no solo seguía ardiendo, sino que se le añadió una sensación de humedad.

Una humedad que parecía correr por sus venas, pero que se concentraba en una parte de su cuerpo: su sexo.

Sí, tenía sexo, lo había sabido siempre, al igual que había decidido que no lo iba a utilizar jamás. Pero, de repente, aquella parte de su cuerpo que había ignorado hasta entonces parecía tomar vida propia y sus propias decisiones.

Estaba húmedo.

Era una sensación perturbadora, tanto, que necesitó comprobar si era real o solo imaginaciones suyas influidas por el sueño que estaba recordando.

Poco a poco fue bajando la mano derecha hacia su sexo.

Lo hizo tocando suavemente las partes del cuerpo por las que iba pasando: su pecho, su estómago, el ombligo…. toda la piel estaba caliente, como si tuviera fiebre, pero, en vez de las sensaciones desagradables que traía la enfermedad, dejando al paso de su acaricia una sensación agradable y dulce.

Como si fuera Terry quien la estuviera tocando.

Nada más pensar esto, su corazón se aceleró de nuevo y su respiración se agitó. Decidió parar e ir directamente a su sexo, tan solo para comprobar qué era aquella humedad.

Y también decidió no pensar en Terry mientras durara la inspección, era demasiado intenso lo que le hacía sentir.

Y llegó a la zona de su sexo. Notó su monte de venus, mullido, rodeado de vello suave, luego llegó a donde estaban sus labios mayores, porque el hecho de que hubiera decidido prescindir del uso de su sexo no impedía que supiera de anatomía huimana tanto como de botánica. Los abrió con cuidado y ahí fue cuando se topó con la humedad.

Lo primero que le sorprendió fue que era una humedad cálida y agradable. Muy agradable.

También, que esa humedad parecía venir del interior de su cuerpo.

Y eso despertó su curiosidad científica.

Empezó a mover poco a poco sus dedos por la zona de su sexo. reconoció los labios menores. Sabía que estaban ahí, lo había visto en dibujos en algún libro de anatomía, pero fue impactante tocarlos. Eran suaves, y estaban húmedos.

Tocarlos le resultó agradable, muy agradable. Pero mientras movía sus dedos para que actuaran como exploradores, descubrió algo que también había visto en los libros de anatomía, pero que había olvidado.

El botón del placer.

Sí, con ese nombre lo había encontrado una vez en un libro sobre la naturaleza, que tenía un pequeño apartado sobre anatomía humana, y, dentro de él, uno más pequeño aún sobre anatomía femenina. No era la primera vez que veía en un dibujo ese pequeño órgano que se situaba justo encima y en el centro de los labios menores, pero en aquellas ocasiones había aparecido con otro nombre: clítoris- Lo cierto era que en aquel momento no había hecho mucho caso de ello. No le interesaban las personas, solo los animales y las plantas.

Pero ahora aquello había cambiado. Ahora sí le interesaba el cuerpo humano. Ahora le interesaba su propio cuerpo.Y durante su reconocimiento había dado con aquel botón: el botón del placer.

Había aparecido en su mente con ese nombre y no con el otro, más técnico, porque era así como debía llamarse a la vista de las sensaciones que producía.

Tan solo lo había rozado levemente, mientras iba reconociendo todo con sus dedos, pero una corriente de placer le había llenado entera.

En un primer momento se había asustado un poco y había levantado sus dedos, como si en vez de placer hubiera sentido dolor.

Pero había sido placer, un placer nuevo e inesperado, por eso volvió a tocarlo, con cuidado y cautela, con delicadeza.

Y la descarga de placer había aparecido de nuevo.Y esta vez no había huido de ella.

Continuó acariciando aquel botón maravilloso, con cuidado, pero cada vez con más intensidad, dejándose llevar por sus sensaciones y por su instinto, un instinto que le decía que debía hacer movimientos circulares, y de vez en cuando parar, e iniciar el movimiento de nuevo.

Mientras iba haciendo esos movimientos, el placer se fue acrecentando, todo lo que había sentido hasta ese momento, a pesar de su intensidad, se fue haciendo pequeño ante la magnitud que aquel pequeño botón le estaba provocando .

Pero quería más, necesitaba más.

Debía aumentar la intensidad de la caricia, acelerar los círculos, pero también debía hacer algo más, no sabía qué, pero su cuerpo se lo estaba pidiendo.

En un momento en que la caricia de sus dedos se hizo más intensa, apareció la respuesta en su mente. Justo al lado del botón de placer, sus dedos toparon con una abertura. Sabía lo que era, sabía que era la abertura a través de la cual veníamos al mundo….

pero también la abertura a través de la cual un hombre entraba en una mujer y ambos cerraban una vida nueva.

Y, sin pensarlo, introdujo levemente su dedo índice en ella.

Y obtuvo la respuesta que estaba buscando: eso era lo que su cuerpo le estaba pidiendo, que no parara con sus caricias sobre el botón de placer, pero que las aumentara llenando su abertura.

Necesitaba las dos manos para hacerlo, pero no le importó, con una de ellas continuó con las caricias circulares, mientras que iba introduciendo un dedo de la otra mano, despacio, pero cada vez más profundamente, en su interior.

Todo aquello le provocó una respiración agitada, de manera que se escuchaba a sí misma cogiendo y expulsando el aire.

Y aquel sonido le trajo a la memoria de nuevo su sueño.

En él también había habido respiraciones agitadas, pero no solo de ella, también de Terry. Respiraciones unidas a  gemidos y susurros y…..

Una vez más, Terry ocupó sus pensamientos y esta vez, con su mano en su sexo, con su dedo introducido en el cuepo, no quiso apartarlo de la mente. Quiso que él formara parte de lo que estaba sintiendo en ese momento, no solo en el sueño.

Y pensando en él,  introdujo el dedo un poco más. Y la caricia sobre aquel botón de placer se hizo más intensa y placentera.

Se imaginó que era un dedo de él el que ocupaba su espacio interior y aquello la agitó más.

Y el dedo se le hizo pequeño y necesitó algo que le llenara más, algo que solo Terry podía darle…e imaginó a Terry desnudo y….

Sacó el dedo de su interior como si quemara, se incorporó de nuevo en la cama y se puso roja como la grana. Nadie la había visto, nadie había escuchado sus pensamientos, pero daba igual , ella si lo había hecho y aquello era demasiado.

¿Qué le estaba ocurriendo?, se preguntó.

E, inmediatamente, escuchó la respuesta en su cabeza:

"Estás viviendo eso que tantas veces has observado en la naturaleza, sobre todo en primavera, cuando los animales salen de sus madrigueras o de debajo de la tierra, cuando construyen nidos, cuando revolotean en parejas a tu alrededor: excitados"

Y, por si aquel pensamiento no era lo suficientemente perturbador, otro vino a continuación:

"¡Pensar en Terry te excita sexualmente!"

# Capítulo 25:

—Buenos días, Jane.

La voz de Terry, grave y varonil, rompió el silencio en el que se encontraba el comedor cuando ella había entrado.

Era una voz que conocía perfectamente, pero que aquel día le sonó diferente. Más fría y distante, pero también más sensual.

"¡Qué guapo es!"

El pensamiento irrumpió en su mente sin permiso, pero también produjo algo en su cuerpo. Sensaciones similares a las que acababa de vivir sobre su nueva cama.

Y se puso roja como la grana.

Por suerte, aunque se estaba acercando a la mesa en la que Terry estaba desayunando y donde los criados habían reservado un lugar para ella, aún se encontraba lejos y Terry no se iba a percatar.

Aún así, bajó el ritmo de sus pasos para permitir que el rubor bajara de intensidad, algo que no iba a ser fácil del todo, ya que la

visión de Terry, magnífico con una levita de terciopelo verde oscuro y, sobre todo, el recuerdo de su sueño con él, no le estaban permitiendo tranquilizarse, sino todo lo contrario.

Unos minutos antes había cortado súbitamente sus caricias y había decidido refrescarse, asearse y bajar a desayunar, a ver si de aquella manera recobraba el control sobre sí misma, pero estaba claro que Terry, ya fuera en sueños, en su imaginación o en la realidad, había cambiado para ella. Y le alteraba de una manera intensa.

Aunque alterar no era la palabra adecuada, sino la que había descubierto un momento antes: le excitaba.

Sexualmente.

—Buenos días, Terry.

Su voz sonó mucho menos controlada que la de él un momento antes, con un tono agudo y rápido.

La reacción de él lo confirmó, ya que frunció un poco el ceño antes de contestar:

—¿Te ocurre algo, Jane?

Lo había dicho con mucha calma. Una calma que a Jane le irritó. Terry también estaba cambiado, pero estaba claro que a él todo lo que había pasado no le había afectado tanto como a ella. Él

no habría soñado con ella ni, por supuesto, se habría acariciado pensando en ella.

Y aquello le daba rabia, mucha rabia. Una rabia que no sabía de dónde venía, ni por qué, pero que le hizo contestarle bruscamente, quedándose aún más en evidencia.

—¡Claro que me ocurre algo, Terry! Mi vida se ha ido al traste. De repente estoy casada y sin hermano —empezó, con un tono irritado y lastimero — viviendo en un palacio oscuro que no es el mío. Casada…. ¡casada contigo! —enfatizó, con tono más alterado aún —y sin jardín, lo peor es que estoy sin jardín —terminó, y un par de lágrimas gruesas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

Terry se levantó y se acercó a ella, con expresión preocupada. En cualquier otra ocasión la habría abrazado, como el amigo del alma que había sido hasta entonces, pero en ese momento se había levantado un muro invisible entre ambos y no lo hizo.

Lo que sí hizo fue acercarse a ella, sin llegar a tocarla, y le dijo, con voz preocupada:

—Lo siento, Jane, no sabes cómo lo siento. Quizá te forcé a casarte conmigo, quizá no era la solución adecuada —dijo, con sensación de culpa.

Ella levantó la mirada, dándose cuenta de que estaba siendo injusta con él.

—No me forzaste, me propusiste lo único que podía mitigar la desastrosa

elección de mi hermano. Pero echo de menos mi vida anterior y solo ha pasado un día.

De repente, de nuevo, sintió a Terry como lo que había sido siempre para ella, su mejor amigo, su confidente, la persona en la que más confiaba, la persona a la que más quería… Tuvo necesidad de abrazarse a él, pero, de nuevo, aquel muro que se había formado entre ellos se lo impidió. En cualquier caso, el muro se había suavizado un poco, al menos para que ella dejara de ser agresiva con él.

El notó el cambio y se atrevió a dar un nuevo paso: le retiró, con absoluto cuidado y delicadeza, las dos lágrimas que corrían por sus mejillas. YJane sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo entero.

Temió volver a ponerse roja, pero entonces Terry habló, de nuevo, con tranquilidad y afecto:

—Trataré de que te sientas como en tu anterior palacio, Jane.

Y miró hacia los grandes ventanales que cubrían la estancia.

Solo entonces se dio cuenta Jane de que algo había cambiado en el lugar desde la última vez que había estado allí, no hacía más de un mes.

—Has quitado las cortinas.

—Si, he mandado hacerlo esta mañana, para que disfrutaras del jardín, no es tan magnífico como el tuyo, pero…

—Es maravilloso —le cortó ella, visiblemente emocionada y no refiriéndose solo al jardín, sino al gesto que él había tenido con ella, a su preocupación.

Por un momento dio la sensación de que todo se había arreglado entre ellos, que volvían a ser los amigos del alma de siempre. Que todo iba  a volver a ser  como antes…Pero el hechizo duró poco. Lo rompió uno de los criados, cuando entró con una bandeja en la mano:

—¿Qué va a desayunar la señora?

Y fue aquel "señora" el que hizo que todo se diluyera y Jane se pusiera, de nuevo, a la defensiva.

No, nada iba a volver a ser como antes, ahora era la duquesa de Graymont y estaba casada con Terry.

Este último pensamiento le volvió a poner tensa. Su postura cambió de nuevo, se hizo más rígida y Terry se dio cuenta.

Y el ambiente entre ambos se enfrió de nuevo. Aunque aún estaban muy juntos, fue como si los pocos centímetros que los separaban se acrecentaran infinitamente:

—Vamos a desayunar, Jane, nos vendrá bien tomar algo caliente y dulce.

Terry había intentado mantener el tono afectuoso y la cercanía que habían tenido unos instantes antes, Jane se lo agradeció internamente, pero, aún así, sabía que todo estaba roto de nuevo.

De todas formas le acompañó e intentó sonreír. También intentó tener una conversación natural y distendida con él:

—Lo cierto es que el jardín me va a dar bastante trabajo, pero va a ser perfecto para mantenerme ocupada y olvidarme de cómo mi vida se ha ido al traste.

No le podía haber salido peor. Había intentado apaciguar un poco el ambiente, pero su frustración se le escapaba por todos los poros. Se arrepintió al momento, pero la respuesta de Terry, esta vez brusca, le mostró que él también había perdido la paciencia:

—No es un desastre solo para ti, Jane, yo también soy víctima de lo que ha ocurrido.

—¿Quieres decir que eres víctima de haberte casado conmigo?

Sonó como un reproche y Terry frunció el ceño.

—No, Jane, no estoy diciendo que soy víctima de ti, ambos somos víctimas de la situación que han creado tu hermano y Roberta.

Recalcó el "ambos" y "tu hermano", pero, sobre todo, recalcó el "Roberta".

Justo  en ese momento de tensión Jane se fijó en que había una carta sobre la mesa, por un lado estaba el sobre, abierto, y por otro, un papel escrito a mano con letra apretada. Terry, al percatarse de adónde se dirigía su mirada, acercó su mano para recoger el sobre y la carta.

Y Jane se dio cuenta de que estaba intentando ocultarle algo.

Sacando un carácter que no había mostrado nunca, Jane le arrebató con un gesto brusco la carta y comenzó a leerla.

Él, en vez de protestar, se cruzó de brazos y esperó a que ella terminara.

Capítulo 26:

Jane tuvo que leer la carta tres veces para convencerse de que lo que ponía era cierto y que había sido escrito de puño y letra por su hermano.

De lo segundo no tenía ni una duda, conocía perfectamente la letra de Liam. Pero por eso mismo le estaba costando tanto aceptar lo primero.

La carta era una ristra de reproches y amenazas, obviando que todo había comenzado con la boda de él con Roberta. Liam había escrito una ristra de improperios acusando a Terry de secuestrador por haberse llevado a  su hermana de casa sin su permiso.

"Sin su permiso", cuando era él quien se había casado sin decirle nada a ella, y seguía sin decírselo, ya que la carta iba dirigida a Terry.

—Pero, ¿cómo se atreve? —empezó Jane roja de ira, después de más de un minuto intentando asimilar lo que había escrito su hermano.

—Estoy de acuerdo en que tu hermano se ha vuelto aún más antipático de lo que era —Le contestó Terry, bastante relajado teniendo en cuenta las acusaciones de Liam. Estaba claro que él había tenido más tiempo para asimilar la carta.

—¿Te das cuenta? — siguió ella, hablándole de nuevo como a su amigo del alma, ya que el disgusto le había hecho olvidar todo lo que le estaba alejando de él —habla de mí como si fuera un objeto, como si yo no tuviera criterio propio, como si él fuera mi dueño, como si no tuviera voz a la hora de decidir por mi vida. ¡¡¡No reconozco a mi hermano!!!

—Yo sí.

Jane lo miró. Ella quería a su hermano y nunca había compartido del todo la idea que tenía Terry de él. Con ella no era como él, no lo había sido nunca.

—Terry, Liam nunca se ha comportado así conmigo. Es cierto que él es el conde y yo solo su hermana soltera, pero siempre me ha consultado las decisiones importantes y nunca ha hecho nada que yo no aprobara antes, no lo entiendo…

Terry suspiró, se pasó la mano por el pelo y después dijo tan solo una palabra:

—Roberta.

Jane entendió. Sí, tenía que ser eso. Roberta le había sorbido el seso a su hermano, lo había cambiado, por eso había hecho esas cosas tan horribles con ella, como no avisarle de su matrimonio o mandar aquella carta indecente.

—Si, Roberta, pero aún así, me parece tan horrible todo… —dijo ella, como hablando por sí, hasta que Terry le contestó:

—Los hombres a veces hacen tonterías por amor.

La frase se refería a su hermano, pero cuando la escuchó Jane pensó en el propio Terry:

—No entiendo qué hacías con ella.

Él suspiró, se puso recto, tomó un trago largo del té que se estaba enfriando en su taza y, finalmente, le contestó:

—Los hombres a veces hacemos tonterías por amor.

Capítulo 27:

Escuchar de los labios de Terry que lo que le había unido a Roberta había sido "el amor" le sentó a Jane como un puñetazo en todo el estómago.

Si ya antes Roberta era la persona que menos le gustaba en este mundo, después de lo que había hecho con su hermano y con Terry, la animadversión había aumentado hasta límites inimaginables antes.

Se podía decir que la odiaba, aunque ella misma no reconocía el sentimiento, ya que no había odiado en su vida nunca a nadie.

Todo aquello hizo que su humor, que ya estaba alterado desde que había empezado a discutir con Terry, se pusiera aún más sombrío.

—¡Sois tontos, los dos!

Terry, que había vuelto a coger su taza de té y se disponía a beber de nuevo, a pesar del autocontrol que siempre mostraba, no

pudo evitar que su mano se moviera involuntariamente y que un poco del líquido ambarino se derramara.

Pero Jane estaba demasiado enfadada para que algo así le despistara y continuço con su diatriba:

—Te lo dije, Terry, hace años, te dije cómo era Roberta y no me hiciste caso. No solo eso, sino que te enamoraste de ella. Y detrás de ti, el bobo de mi hermano, que, estoy segura, lo hizo solo porque era tuya.

—En eso último  te doy la razón —se atrevió a añadir Terry, sin alzar la voz, pero con una sonrisa irónica que no hizo más que enfadar aún más a Jane.

—No eres nadie para criticar a mi hermano, Terry, tú has estado años con Roberta. Y, ¿sabes que te digo?, que me alegro de que te haya hecho lo que te ha hecho, te lo mereces.

Al decir esto último, Jane levantó la voz, hasta casi gritar. Quizá por el volumen tan alto, o porque lo que acababa de decir era francamente insultante, se quedó callada de golpe.

Quizá había ido demasiado lejos, empezó a pensar, cuando su respiración se empezó a calmar un poco y su corazón empezó a bajar de pulsaciones.

Sin embargo, a pesar de la gravedad de lo que acababa de decir, a Terry esta vez no pareció afectarle mucho lo que acababa de escuchar. Al contrario, la había escuchado con la misma expresión que ponía cuando se estaba divirtiendo, con su ceja izquierda levantada, los ojos con expresión burlona  y una ligera sonrisa:

—Nunca te había visto tan enfadada… —empezó, ampliando la sonrisa —Y la verdad es que te sienta bien —terminó, sonriendo ya abiertamente.

Aquello desarmó completamente a Jane.

Terry no solo no se había ofendido, sino que se estaba divirtiendo viéndola a ella enfadada. Y le acababa de hacer un cumplido.

Terry había alabado muchas veces su inteligencia, había alabado su sentido del humor, su compasión por todos los seres vivos, pero nunca había alabado su físico.

Porque no tuvo ni una duda de que cuando Terry había dicho que el enfado "le sentaba bien" se estaba refiriendo a su físico,

Le acababa de decir que estaba guapa enfadada.

Al darse cuenta de esto, se puso roja como la grana y se quedó sin palabras.

Por suerte, fueron tan solo unos segundos, inmediatamente Terry volvió a hablar, de nuevo tranquilo y divertido:

—Creo que por hoy ya hemos discutido bastante, Jane, para ser nuestro primer día de matrimonio no está mal —añadió , irónicamente —¿qué te parece si hablamos de temas menos espinosos? Prueba los pastelitos que ha hecho Fiona, anda, verás qué deliciosos son.

Jane agradeció el cambio de tema y también que no hiciera alusión a lo roja que se había puesto, algo que Terry habria notado sin duda.

Decidió hacerle caso y se metió un pastelito entero en la boca. Ella también necesitaba dejar la discusión de lado.

Lo cierto es que Terry tenía razón , el pastelito estaba delicioso. La crema con la que estaba relleno era dulce y muy suave, la sintió en su boca como una caricia:

—Parece que va a hacer un buen día — Dijo, intentando reconducir la conversación como había hecho él con el pastelito.

—Sí, así podrás pasar la mañana en el jardín —contestó él, en la misma tónica.

La mención del jardín ejerció un efecto beneficioso en ella, si, iba a ser una buena manera de volver a ser ella misma y alejar las

nubes que habían tomado posesión de su mente.

Estuvieron hablando un rato de flores y setos, como habían hecho tantas veces a lo largo de su vida y terminaron de desayunar en armonía.

Finalmente, Terry se despidió diciéndole que iba a pasar todo el día fuera, ocupándose de sus asuntos en la cámara de los lores y en el club de caballeros por la tarde.

Era su dinámica habitual, una dinámica que Jane agradeció, ya que esperaba que tenerlo lejos de ella la mayor parte del día le ayudaría a ir adaptándose a su nueva vida.

Igual —pensó mientras él se levantaba de la mesa — en poco tiempo podrían volver a ser los mejores amigos que habían sido, sin que su matrimonio entorpeciera aquella relación.

Sin embargo, al verlo alejarse de ella, de espaldas, se dio cuenta de que su relación ya no iba a volver a ser igual. Y que la razón de aquel cambio era ella.

Por primera vez en su vida se fijó en el cuerpo de Terry de espaldas. Lo conocía perfectamente, sabía que era alto, que tenía unos hombros anchos y unos brazos que parecían de hierro. Sabía todo eso, pero nunca se había fijado realmente, lo había dado por supuesto, como daba por supuesto que tenía un rostro bello, con

ojos grandes de color oscuro, como daba por hecho que su risa, grave y profunda, le hacía reir a ella también, como daba por hecho que era la persona que mas quería en el mundo… como amigo.

Pero ahora, al verle salir del comedor, con su andar elegante y seguro, se dio cuenta de que, aunque lo conocía y sabía cómo era, por primera vez veía otra cosa en él.

Veía un hombre.

Magnífico, espléndido. Tan bello como el animal más bello. Más aún.

Y se fijó en una parte de su anatomía en la que no se había fijado nunca antes: su culo.

Terry se había convertido, sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo, en un hombre que le atraía.

El primer hombre que le atraía en su vida.

Mucho.

Muchísimo.

Por desgracia, tenía tan claro aquello, como que a él no le había pasado lo mismo con ella.

Y eso iba a ser difícil, muy difícil de gestionar.

## Capítulo 28:

Terry no estaba tan tranquilo como aparentaba. Jane no tenía razón en las cábalas que había hecho sobre él. Él también se sentía alterado por lo que había ocurrido, y si bien era cierto que no había soñado con Jane, ella había sido lo último que había pensado antes de dormirse y lo primero que había pensado al despertarse.

Además, cuando la había visto entrar por la puerta del comedor, se había percatado de sus mejillas sonrosadas y había pensado lo mismo que ella "¡Qué guapa está!".

La diferencia con Jane era que él tenía mucha experiencia en las lides de la atracción sexual y sabía controlarse y disimular. La frasecita "te sienta bien" había sido la única que se le había escapado.

La había visto guapa y no había podido evitar hacérselo notar, aunque enseguida había reconducido la conversación para que Jane

no se diera cuenta de que la había visto como mujer por primera vez en su vida.

Pero aquel desliz le preocupaba.

Mucho.

Porque se había dado cuenta de que a ella también le atraía él. Y de que ella no era capaz de disimularlo. Por tanto, todo el peso de la contención tenía que caer sobre él. Tenía que evitar, a toda costa, caer en los brazos de ella o que ella cayera en los suyos.

Si hubiera sido cualquier otra mujer, Terry no habría tenido ni un problema en mantener relaciones sexuales con ella, pero con Jane no podía hacerlo.

No debía.

Era un hombre sexualmente activo, tenía varias amantes al mismo tiempo y suponía que iba a seguir teniéndolas. No estaba hecho para una sola mujer, por mucho que le atrajera, como le estaba ocurriendo en ese momento con Jane.

Ya había pasado antes por esa situación. Se había encaprichado de mujeres antes, se había obsesionado con ellas, pero, finalmente, las había olvidado.

El caso más evidente era la propia Roberta.

Le había dicho a Jane que lo que había sentido por Roberta había sido amor, y se había extrañado escuchándose decir eso en alto. Pero lo cierto era que sí, que había estado enamorado de ella, si estar enamorado era no poder quitarse a una persona de la mente durante todo el día.

Y, sin embargo, durante el tiempo que habían sido amantes, él había tenido otras relaciones, esporádicas, sí, y seguramente para darle celos a Roberta, pero le había sido infiel.

Y, además, después de la traición de Roberta con Liam, él se había vuelto loco de dolor y rabia, se había sentido vacío y deprimido …, pero solo durante un par de dñias. No se lo había dicho a Jane, pero ya tenía claro que su enamoramiento había empezado a desvanecerse.

Las críticas de Jane a Roberta, que nunca había querido creer, incluso ni escuchar, empezaban a calar en él Y las últimas veinticuatro horas, se había sorprendido varias veces pensando: "Jane tenía razón".

Estaba convencido de que en un par de semanas su fiebre por ella habría bajado. Y en un par de meses, tendría nueva amante fija y unas cuantas esporádicas.

Quizá nunca volviera a enamorarse come se había enamorado de Roberta nunca más, o quizá pasarían años hasta que volviera a sentir algo parecido, pero eso le aliviaba y le ponía de buen humor.

No había sido una experiencia positiva, mejor no volver a pasar por ella.

Lo que estaba claro era que la experiencia le había servido para conocerse mejor: no era un hombre fiel y tampoco era constante en sus afectos amorosos.

Aquello no tenía nada de malo, pero si tenía un efecto directo en su recién formado matrimonio: nunca  podía comprometerse con Jane totalmente.

Como ella merecía.

Podría  cambiar su relación de amistad a algo más. Podría desearla, de hecho, ya la deseaba. Y la quería, claro que la quería.

Seguramente esa combinación entre el amor que había sentido siempre por ella y el deseo, nuevo e intenso que había empezado a sentir, podría darles una relación maravillosa, intensa, profunda, más aunque que la que había sentido por Roberta.

Pero nunca podría darle continuidad y fidelidad.

Era inconstante e infiel por naturaleza.

Y eso les iba a traer mucha infelicidad a ambos, sobre todo a Jane.

No, no quería hacerle infeliz, no quería sentirse culpable y, sobre todo, no quería perder lo que tenía con ella. Quería tener a Jane a su lado siempre, y la única forma de conseguirlo era no caer en la tentación del sexo.

Suponía que no iba a ser fácil, sobre todo porque ya había comprobado que a Jane le iba a costar mucho no acercarse a él, pero él era más experimentado en esas lides y tenía que hacer el esfuerzo doble.

Aguantaría la tentación y sus ganas del cuerpo de Jane para seguir manteniéndola como su amiga amada.

Amada…

Capítulo 29:

Fueron pasando los días y cumplieron una semana de casados. Lo cierto es que fue una semana agridulce, ya que, aparentemente las cosas se fueron asentando y su nueva relación pareció fluir sin demasiadas estridencia. Pero solo en la superficie, ya que en el fondo, tanto Terry como Jane se encontraban incómodos.

La razón de la supuesta armonía era que apenas se veían. Solo lo hacían, de hecho, durante el desayuno, que se había convertido en el único momento que compartían juntos.

Después de desayunar, Terry desaparecía del palacio siempre con alguna buena excusa: que tenía sesión en la cámara de los lores, que tenía una reunión con el administrador de sus tierras en Escocia, que había quedado con sus amigos en el club.... le daba explicaciones a Jane, aunque ella no se las pedía, y el ambiente entre ellos era más distendido y amable, bromeando a veces, como lo habían hecho siempre. O Jane contándole, con emoción, lo que

había planeado plantar en el jardín, y él asintiendo encantado con sus propuestas.

Pero solo se veían en ese momento y Jane suponía que todos los planes que Terry le contaba no eran más que una excusa para no volver a verla.

Lo suponía, porque antes de su matrimonio se habían visto mucho más. Terry llevaba años teniendo reuniones diarias en la cámara de los lores y reuniones con administradores y amigos, pero casi todos los días conseguía pasar con ella algunas horas de la tarde.

Solo llevaban una semana casados, pero durante toda aquella semana no se habían visto ni una sola tarde, ni siquiera se habían visto por la noche, a la hora de la cena.

Jane tenía razón en sus suposiciones, Terry había buscado todas las excusas posibles para no encontrarse con ella. Bastante tenía con los desayunos.

Era cierto que se estaba controlando bien, que el desayuno era un momento agradable y que estaban siendo capaces de tener conversaciones divertidas e incluso profundas, como antes de casarse, pero algo faltaba. Y él sabía lo que era.

Cada día, cuando la veía entrar por la puerta del comedor, su cuerpo respondía al mismo tiempo que una frase aparecía en su mente: "es preciosa". Si, Jane le gustaba mucho, muchísimo. Todos los días se daba cuenta de que deseaba a Jane. De hecho, cada día la deseaba más. Era como si todos los años que habían estado juntos sin sentir aquella atracción se hubieran concentrado y explotado de repente.

Su cuerpo le pedía abrazarla y besarla y… más cosas que no le permitía a su pensamiento imaginar porque, gracias a su experiencia, estaba siendo capaz de controlarse y disimular ante ella, pero eso solo podía seguir haciendo si no la veía y no pensaba en ella.

Tenía la esperanza de que con el tiempo todo fuera pasando y volviera a sentir la profundidad de su relación con ella sin sentir que también necesitaba hacerla física, pero se temía que le iba a costar, más aún de lo que le había costado alejarse de Roberta.

Estaba claro que, aunque le había propuesto el matrimonio a Jane para quitarse un problema, su rabia contra Roberta,de la que ya apenas se acordaba,  había creado otro, mucho mayor.

Por suerte, aunque tenía claro que Jane también lo deseaba a él —no había más que ver cómo le miraba cualquier parte de su

cuerpo cuando ella creía que él no se daba cuenta —Jane no estaba dando ningún paso. No le haría sorprendido que lo hiciera, ya que cuando Jane quería algo, a pesar de que era tranquila, no se paraba ante nada para conseguirlo. Pero esta vez lo estaba haciendo, no había intentado ningún avance físico y él lo había agradecido.

Porque en ese caso, igual no podría contenerse.

## Capítulo 30:

Aquella semana había sido difícil para Jane, pero no solamente por estar tan sola y por echar de menos a su amigo, sino porque no paraba de soñar con Terry y todos los sueños eran de contenido sexual. Cada noche, cuando conseguía dormirse, tenía, en sueños, las experiencias que debería haber vivido en la realidad como recién casada.

Todo era tan real que cuando se despertaba tenía que pellizcarse varias veces para asegurarse de que no había ocurrido, de que todo era producto de su imaginación.

Había varias cosas que le asombraban de lo que le estaba ocurriendo, primero, que su imaginación le produjera sueños sobre cosas que nunca había vivido. Las escenas que soñaba eran desvergonzadas y placenteras, muy placenteras. En sueños se le ocurrían cosas que jamás había pensado ni imaginado y, aunque no

tenía experiencia real de ello, intuía que eran perfectamente posibles.

Que se podían llevar a la práctica.

Un dia se despertaba con los turbadores recuerdos de como Terry había lamido sus pezones hasta arrancarle gemidos de placer infinito, otro día, de cómo la había posedído poniéndose detras de ella y no encima de  ella, como siempre había supuesto que debía realizarse los actos sexuales. Y, a pesar de que al despertarse se había muerto de la vergüenza y se había puesto, de nuevo, como la grana, en el sueño había disfrutado mucho.

¿De dónde sacaba todos aquellos sueños si jamás había tenido contacto físico con varones y lo poco que sabía del acto sexual entre hombres y mujeres no tenía ninguna de aquellas imágenes?

También había habido un par de sueños que le habían turbado mucho. En ellos Terry, en diferentes momentos y posturas del acto sexual, le había dado una palmada en una nalga.

Una palmada lo suficientemente fuerte como para sorprenderla y activarla, pero lo suficientemente suave como para no dañarla en absoluto.

Y ella había hecho lo mismo en la nalga de él.

En ambos casos, el placer que había sentido se había multiplicado.

Y ese era otro aspecto de lo que estaba ocurriendo que le tenía asombrada: que sentía placer. Un placer real, a pesar de estar en sueños.

Había tenido varios orgasmos en sueños, los dos primeros días se había dicho a sí misma  que eran imaginaciones suyas. Pero el tercer día se había despertado en medio de un orgasmo y las sensaciones habían sido completamente reales. Había sentido las palpitaciones en su clítoris y cómo estas se habían extendido como una ola de placer por todo su cuerpo.

Continuaba siendo virgen, pero ya había vivido orgarmos.

Y le habían gustado.

Mucho.

Muchísimo,.

Y quería repetirlos, pero no sola, sino con Terry. Con el Terry real.

Jane había asumido que su relación con Terry había cambiado para siempre, que nunca iba a volver a ser su amigo del alma, porque se había convertido en otra cosa. Siempre había sido el

hombre al que quería, pero ahora lo quería de otra manera, también lo quería de manera física.

Aunque aquel cambio le había desconcertado al principio, a lo largo de aquella semana había llegado a asumirlo, a aceptarlo. Y aquella aceptación había traído un nuevo cambio: quería consumar su matrimonio.

No quería limitarse a soñar aquella consumación, necesitaba probarla de verdad, físicamente. Necesitaba saber si lo que había soñado era así, o era una idealización de su imaginación.

En un momento dado pensó que, aunque lo que había soñado no fuera a cumplirse en la realidad, con que la mitad se cumpliera, iba a ser maravilloso.

Una décima parte incluso.

Sí, necesitaba probar las mieles del sexo y necesitaba hacerlo con Terry.

Pero había dos impedimentos enormes. Dos impedimentos totalmente relacionados: el empeño de Terry de alejarse de ella pero, sobre todo, Roberta.

Ella era el mayor impedimento, ya que también provocaba el alejamiento, ya no físico, sino emocional, de Terry

Porque Terry le había dicho que la amaba.Y si amaba a otra ¿cómo se iba a fijar en ella?

Así que había pasado aquella semana entre la soledad, el éxtasis nocturno y la rabia contra Roberta.

Hasta que se dio cuenta de algo.

Capítulo 31:

Abrió la puerta  de golpe:

—¡No es amor, es sexo!

Terry había llegado cinco minutos antes y se había dirigido directamente a su habitación, sin saludar siquiera a los pocos criados que aún permanecían despiertos.

Había querido pasar lo más desapercibido posible y no hacer ruido para no alertar a Jane.

Estaba preocupado con Jane.

En realidad, estaba preocupado consigo mismo.

Llevaban diez días casados y cada vez le estaba costando más mantenerse alejado de ella, en todos los sentidos.

Aunque él llegaba tarde, cada vez ella estaba más tiempo levantada. Los dos días anteriores la había encontrado en el comedor, con el comedor ya recogido, pero ella sentada con un libro en la mano. Claramente, esperándolo a él.

Por si hubiera habido alguna duda, ella le había sonreído como pocas veces le había visto sonreír, y le había intentado dar conversación, mientras le miraba, embelesada.

Él se había escabullido como había podido, aduciendo que estaba muy cansado. Pero no le había quedado ninguna duda de lo que estaba pasando: Jane ya no se estaba conformando con desearle en la distancia y estaba dando pasos para acercarse a él.

Era inexperta, como él sabía muy bien, y los pasos eran torpes y muy evidentes. La forma de mirarle el cuerpo, durante los desayunos, intentando disimular, pero sin conseguirlo, la mirada de admiración, totalmente rendida a él. En realidad era adorable verla así, disfrutar por primera vez en su vida de la atracción sexual, algo a lo que se había negado siempre.

Habría sido adorable si no fuera porque aquel deseo estaba dirigido a él.

Y porque aquello hacía que él fuera quien tuviera que esquivar aquella situaciones y, francamente, le estaba costando.

Todas y cada una de las veces que había interceptado una mirada de deseo de ella, él había imaginado que la cogía entre sus brazos y le daba lo que ella quería. Lo que ella necesitaba.

Y no lo había imaginado porque la apreciaba y quería satisfacerla. No, lo había imaginado porque también era lo que quería él .

Y lo que empezaba a necesitar.

Su decisión de no caer en la tentación del sexo con Jane le estaba costando demasiado y empezana a pensar que no lo iba a conseguir.

Por eso, aquel día había decidido volver aún más tarde. Solo había una forma de no caer en la tentación: estar cerca lo menos posible. Sobre todo por las noches, cuando el deseo se acrecentaba.

Terry sabía que aquella estrategia tampoco podía durar mucho, que tarde o temprano tendría que pasar alguna noche con ella, en algún baile, y que entonces la tentación se convertiría en insoportable. Pero también pensaba que, con un poco de suerte, para entonces su deseo habría empezado a remitir y podría sobrellevar mejor los envites de Jane.

Empezó a desvestirse con cierta sensación de alivio. Al menos por ese día había salvado la situación.

Y justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe y apareció al otro lado Jane.

En camisón blanco, con una ligera bata transparente por encima, con la melena rizada suelta, hasta la cintura, los ojos brillantes y aquellas palabras:

—¡No es amor, es sexo!

Capítulo 32:

Le costó más de diez segundos decir algo.

Jane estaba preciosa.

"Está preciosa", era lo único que escuchaba en su cabeza.

Y luego, esas palabras, hablando de sexo.

¿Había ido Jane a su habitación a tener relaciones con él? ¿era tan audaz?

Al final pudo hacer una pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que sentías por Roberta no era amor, sino sexo.

Casi soltó un suspiro de alivio. No estaba ofreciéndose para acostarse con él, algo que en ese momento, viéndola tan bella, no habría podido rechazar, solo estaba hablando de Roberta.

Pero el alivio duró poco. Tampoco tenía ni un sentido que Jane apareciera en su habitación medio desnuda, porque a través de las finas telas de su bata y su camisón se adivinaba su cuerpo

perfectamente, y que le hablara de sexo, aunque fuera en referencia a otra.

No, el peligro no estaba en absoluto conjurado, pero al meno , aquellos momentos de desconcierto le habían servido para tomar el control de sí mismo de nuevo:

—Jane, espero que te acabes de levantar de una pesadilla, porque si no voy a pensar que has perdido la cabeza. ¿A qué viene que vengas a estas horas a mi habitación a hablar de Roberta?.

Había sido un intento de usar la ironía, para ver si se daba cuenta de que lo que estaba haciendo estaba fuera de lugar.

Pero no sirvió.

Jane estaba decidida a hacer lo que le hubiera llevado a su habitación y ninguna ironía le iba a parar.

Terry había visto aquella determinación antes y sabía que nada la iba a parar, así que se puso de nuevo tenso, a la espera de ver qué pasos iba a dar ella.

Y los pasos que dio fueron físicos, ya que, aunque se había quedado parada en la puerta desde que la había abierto, ahora estaba avanzando hacia él. Despacio pero sin pausa. Con determinación.

Uno, dos, tres cuatro, hasta que se situó a unos centímetros de él, de manera que ambos notaban el calor del cuerpo del otro.

Jane llevaba ropa de cama muy ligera, que dejaba transparentar sus formas, pero al menos estaba tapada. Terry, sin embargo, tenía partes de su piel al descubierto.

Cuando había enterrado en su habitación había mantenido las botas y los pantalones de montar pegados, pero se había quitado la levita, el pañuelo al cuello y el chaleco. También había sacado la camisa de los pantalones y justo estaba abriendo sus botones cuando Jane había abierto la puerta. Por eso, parte de su pecho estaba al descubierto.

Un pecho adornado por pelo oscuro, como el de su cabello, y un pecho musculoso.

Nunca habían estado tan cerca con tan poca ropa. Aquello, pensó Terry, iba a terminar en lo que no quería que terminara. Estaba a punto de perder el poco control que le quedaba, necesitaba retomarlo.

—¿Qué has venido a hacer a mi habitación, Jane? Este no es tu sitio.

Lo había dicho con un tono seco, casi rudo y ya sin gota de ironía, sino con evidente desagrado.

No quería tratar así a Jane, pero tenía que alejarla de su habitación, tenía que alejarla del peligro que podía llevarles a dejar de ser amigos para siempre.

La frase de Terry le hizo daño casi físico. Nunca la había tratado así y sintió que los ojos le escocían, como si estuviera a punto de llorar.

Pero no se rindió. Tragó saliva y respiró hondo. Había ido a hacer algo e iba a continuar.

Además, en ese momento se dio cuenta de que la respuesta brusca de Terry mostraba que, en realidad, tenía menos control del que aparentaba.

Estaba demasiado tenso.

Tenía que jugar bien sus cartas, así que decidió cambiar el tono.

Y dio un paso hacia atrás.

Para tranquilizar a  su amigo.

—Llevo varios días dándole vueltas a lo que me dijiste que te unía a Roberta. Lo llamaste amor.

—Si —dijo él, cauteloso, pero evidentemente más tranquilo viendo que el peligro de abrazarla estaba pasando.

—Sabes lo que pienso de Roberta y de lo que me ha hecho. Lo que nos ha hecho…, que me dijeras que la amas me ha hecho daño. Nunca has dicho eso de nadie, nunca has reconocido que amabas a alguien, y la primera vez que lo haces ¿tiene que ser con Roberta?

Ahora, sí, los ojos se le humedecieron. Y no era una táctica. Escuchar en alto aquella verdad le había hecho daño. Pero también funcionó como si de una táctica se hubiera tratado, ya que Terry cambió totalmente de expresión.

Y no solo eso, sino que dio dos pasos hacia adelante y la abrazó.

Terry no había perdido la batalla que estaba librando consigo mismo para no dejarse arrastrar por el deseo de Jane, sino que había dado aquel paso porque en realidad creía que la había ganado.

Lo que le había dicho Jane y cómo se lo había dicho le había llevado a creer que había malinterpretado su presencia en su habitación.

Había entrado medio desnuda, pero no porque no llevará ropa, sino porque la tela de su camisón y bata eran muy finas. Y había entrado en su habitación porque llevaba un tiempo pasándolo

francamente mal y él no le permitía hablar de nada, ya que había desaparecido de su vida.

Es decir, no había entrado a seducirle, como él había pensado en un principio, sino tan solo buscando a su amigo del alma, al que echaba de menos y con el que necesitaba estar y compartir su malestar.

Ella no buscaba nada más y, sabiendo eso, él podía abrazarla como lo había hecho siempre. Como un amigo.

Como su mejor amigo.

—Entiendo cómo te sientes —le dijo finalmente, después de un momento largo en el que ambos tan solo habían sentido el cuerpo del otro. Roberta te ha hecho mucho daño a lo largo de tu vida, y el epílogo ha sido esto, alejarte de tu hermano y de tu casa y obligarte a casarte conmigo.

La última parte la había dicho para hacerla reír y lo cierto es que lo consiguió, porque cuando la escuchó, ella levantó la cara y lo miró, con los ojos aún con lágrimas, pero con una sonrisa divertida también.

—Bueno, no está siendo tan malo…excepto por saber "que la quieres a ella más que a nada en este mundo".

Al decir lo último, con retintín, ella había vuelto a ponerse seria , y él a pensar que debía darle más explicaciones para tranquilizarla.

Fue entonces cuando cayó en la trampa.

Porque Jane le había tendido una trampa.

—Eso no es cierto.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella, con voz suave, para que él se explicara mejor.

—No es cierto que es la persona que más he querido en el mundo. He querido a otras personas. Más que a ella.

—Pero la has querido —dijo ella, tajante y provocadora.

—La he deseado, como bien has adivinado . Era sexo. —le respondió él, directo.

—Y amor.

Jane quería llegar a las últimas consecuencias, necesitaba que Terry negara aquello, la palabra amor de los labios de Terry refiriéndose a Roberta era como un puñal en su corazón.

Y él, olvidado ya del peligro en el que estaba, pensando que lo único que quería Jane era su validación y su cariño, transigió.

Y le dijo lo que quería oír.

Y que, por otro lado, también era cierto

—Ya no.

—¿Cómo que no?

—Ya no la amo. Se acabó. Y, desde luego, nunca la he querido como te he querido a ti .

La intención había sido parar después de decir "se acabó". La siguiente frase le había salido sin darse cuenta. No había sido su intención decirle aquello, pero había ocurrido algo extraño y , de repente, había soltado aquello.

¿Era falso?

No, no lo era, por supuesto. De hecho no había en este mundo una persona a la que hubiera querido más. A la que quisiera más.

Jane era su amiga, su confidente, la persona en la que siempre confiaba, a quien le había contado sentimientos que no contaba a nadie. Y no solo eso, sino que se preocupaba por ella, le afectaba verla mal y solo quería que la vida le fuera bien y fuera feliz.

Es decir, lo que ocurre con las personas que queremos.

Así que en realidad no había dicho nada que no fuera verdad.

Pero había un problema y es que no había especificado de qué tipo de amor se trataba. Los había de muchos tipos: maternal,

filial, amor entre hermanos, amor entre amigos y amor sexual —el que había sentido por roberta — y, finalmente, amor total, el que se siente por la pareja, por la persona con la que quieres pasar toda tu vida.

Jane no encajaba en ninguno de ellos y, al mismo tiempo, encajaba un poco en todos.

Aclararse sobre qué tipo de amor sentía por ella iba a ser un problema para él, pero Jane no tenía porqué saberlo.

Ahora que se le había escapado aquello de manera imprudente, tenía que arreglarlo para que Jane no entendiera lo que no era (o lo que no debía ser)

Solo tenía que añadir: "has sido y eres mi mejor amiga, siempre estaré a tu lado" y con aquello matizaría lo que acababa de soltar y Jane entendería que,  cuando había dicho que la amaba, solo se refería a amor entre amigos.

Pero al igual que unos segundos antes su boca había hablado sin que su mente le hubiera dado permiso para hacerlo, ahora no había manera de que dijera lo que tenía que decir.

No conseguí soltar aunque sea: "como amiga"

"Como amiga"

Nada. Silencio.

Se había quedado sin palabras. Y también paralizado, sin poder moverse. Tan solo fijando su mirada en la de ella.

Y viendo cómo ella sí podía moverse, porque, de repente, ella se inclinó hacia adelante y su cuerpo casi rozó el suyo.

Y ella pudo hablar.

Y dijo:

—Yo tampoco he querido a nadie como te quiero a ti.

Y luego ninguno de los dos habló.

No podían.

Se estaban besando.

# Capítulo 33:

El beso fue corto, no más de diez segundos. Tampoco hubo un contacto intenso. Terry subió su mano derecha y la apoyó sobre la mejilla izquierda de Jane, en un gesto como una caricia. Jane apoyó sus manos sobre el pecho de él, mientras se ponía de puntillas. Y luego, solo los labios entraron en contacto. Primero, posándose unos sobre los otros, luego, reconociéndose con ellos, con pequeños movimientos, abriendo la boca un poco para aprisionar el labio del otro.

Fue un contacto suave y un beso casi inocente.

Como un primer beso adolescente. Solo que ellos ya no lo eran.

Pero como un primer beso lo sintieron ambos.

Para Jane sin ninguna duda, ya que jamás la había besado un hombre. Solo había recibido los besos cariñosos de su madre y los fugaces de su hermano. Después había venido el roce involuntario

de sus labios unos días atrás  y los sueños nocturnos, pero nada de aquello era comparable a lo que estaba sintiendo.

Aquel beso era el primer beso de amor que recibía.

El impacto en ella fue brutal y contrastó con la suavidad con que estaba sucediendo todo.

Mientras la mano de él acariciaba con suavidad su mejilla y sus manos sentían los poderosos músculos del pecho de Terry. Mientras sus labios se mantenían en contacto, Jane se sintió morir.

Pero no de pena. Ni de dolor. Se sintió morir de amor.

Nunca, en toda su vida, había sentido algo igual. Esa sensación de plenitud. Era como si siempre le hubiera faltado algo y aquel beso con Terry lo completara.

Era la perfección.

El paraíso.

Su hogar.

Y mientras ella estaba sintiendo eso, Terry se tuvo que enfrentar también a su propio terremoto.

Para él no era la primera vez, había besado y sido besado miles de veces, de maneras mucho más intensas y, sin embargo, aquel beso estaba siendo diferente.

Sintió a Jane como su refugio y su lugar en el mundo.

Y quería besarla aún más. Seguir acariciándola con suavidad, pero también abrazarla con intensidad. Entrar en ella, Hacerse uno, Desaparecer uno en los brazos del otro.

Sorber su alma, darle la  suya.

Todos estos pensamientos le emocionaron, pero, de repente, otro pensamiento ocupó toda su mente:

No puedes.

No debes.

No vas a poder darle una promesa de felicidad.

Va a ser un desastre.

Y eso rompió todo.

De repente, con una brusquedad inesperada, se separó de ella. Se la quedó mirando serio, con intensidad un momento, intentando transmitirle su frustración por lo que estaba haciendo, pero también la convicción de que era lo mejor que podía hacer.

De nuevo, no le salieron las palabras, así que se limitó a negar con la cabeza y salir de su habitación, dejándola allí, sola, vacía, desamparada.

Y sin entender nada.

# Capítulo 34:

Hay pocas situaciones que produzcan más sensación de desamparo que lo que le ocurrió a Jane.

Una mujer enamorada, tras ser besada por primera vez en su vida por el hombre que ama, que no es un hombre cualquiera, sino su mejor amigo, la persona en la que más ha confiado en toda su vida.

Esta sola situación, aunque maravillosa, hace temblar a cualquiera que se ponga a pensar en ella.

Si sale mal, no vas a perder solo al amor de tu vida, sino a la persona en la que más has confiado siempre, la persona sin la cual tu vida no va a volver a ser la misma. Sin la cual tu vida va a ser peor.

Ahora, imaginemos qué es lo peor que puede pasar.

Pues eso es precisamente lo que le ocurrió a Jane cuando Terry cortó el beso abruptamente, se apartó de ella y salió de la

habitación, dejándola sola y con un  vacío que dolía como un puñetazo.

Y dejándola en la habitación de él. Un lugar extraño y, al mismo tiempo, lleno de él. De sus cosas, de sus intereses, de su olor, de su alma.

La primera reacción de Jane fue concentrar toda su energía en respirar.

Porque all perder los besos de Terry de golpe, se sintió como un pez fuera del agua.

Cuando finalmente consiguió respirar, lo hizo boqueando, con respiraciones superficiales y rápidas que le produjeron un mareo que hizo que se tuviera que sentar sobre la cama.

El tacto de las sábanas suaves y delicadas de las que emanaba el ligero perfume masculino que utilizaba Terry le hizo marearse aún más: lo echaba de menos.

Sus ojos se empezaron a enrojecer. Y su mente se llenó de pensamientos oscuros: “me ha abandonado”, “he perdido a mi amor, a mi amigo, a mi alma gemela” pero, sobre todo, “lo he estropeado todo con el beso. No tenía que haberlo forzado”.

Pero fue precisamente este último pensamiento el que hizo que todo cambiara de nuevo, porque se dio cuenta de que no lo

había forzado.

Se puso de pie de golpe, al darse cuenta de lo que había ocurrido.

Ella le había besado a él, pero él la había besado a ella. Había sido un movimiento coordinado, al mismo tiempo. Ella se había puesto de puntillas, pero él había bajado la cabeza y había acariciado su mejilla.

Y cuando sus labios se habían juntado, él había acariciado los suyos al igual que había hecho ella.

¡Terry la había besado con la misma emoción, intensidad y deseo que ella lo había besado a él!

Capítulo 35:

—¿Por qué no?

Terry tenía un dolor de cabeza que le golpeaba las sienes como si dos martillos de acero las aporrearan desde su interior. No había dormido ni un solo segundo.

Cuando había salido de su habitación dejando a Jane detrás suyo, había bajado las escaleras del palacio casi como alma que lleva el diablo.

Se había acercado al establo donde su mejor caballo, Rain, le esperaba como si supiera que iba a aparecer. Lo había montado y había salido a cabalgar bajo la luna llena.

Primero lo había hecho por las calles de Londres, haciendo que los cascos de su caballo al galope despertaran a más de uno, pero enseguida se había dirigido a una zona arbolada cercana a su palacio. La había recorrido de arriba a abajo, intentando quitarse la

preocupación que le rondaba, pero, al final, solo había conseguido terminar con un dolor de cabeza monumental .

Y un sentido de culpa más monumental aún.

No había sido capaz de controlarse y había besado a Jane . Pero lo peor no era eso, lo peor era que el beso había abierto una puerta en su interior que no sabía cómo iba a ser capaz de cerrar.

Nunca en su vida había sentido durante un beso lo que acaba de sentir con Jane. Había sido la perfección, la plenitud. Como si todo encajara por fín.

Pero ¿cómo no iba a encajar? Ella había sido, durante toda su vida, la persona más querida, si a eso le añadimos el atractivo sexual nuevo que había surgido entre ambos, no podía haber una relación más maravillosa y perfecta.

Salvo por un solo detalle: seguía sin fiarse de él mismo. Seguía pensando que, si consumaban el matrimonio, el deseo por Jane iría disminuyendo. Y todo lo que viniera después convertiría aquella unión maravillosa en un infierno.

No podía hacerle eso a Jane, tenía que ser fuerte, aguantar la tentación de hacerla suya y, al mismo tiempo, sujetarla a ella.

Y, estaba claro, no había sido capaz.

Cuando empezó a amanecer decidió volver al palacio. Quería darse un baño. Y también enfrentarse a Jane.

Le habría encantado hacer como el avestruz , que mete la cabeza debajo de la tierra, pero no podía hacerlo. La idea de casarse había sido de él, era, por tanto, responsable de lo que estaba ocurriendo y solo había una forma de intentar arreglarlo: poner las cartas sobre la mesa.

Iba a  ser transparente con Jane para que, entre los dos llegaran a algún tipo de solución, para intentar reconducir la situación.

Sin embargo, cuando por fin volvió a verla, entrando en el comedor con un aspecto más relajado que él, se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil.

De hecho, cuando ella soltó aquella frase, se dio cuenta de que iba a ser difícil, muy difícil:

—¿Por qué no?

Capítulo 36:

No le hizo falta preguntarle a qué se refería. Llevaban toda la vida juntos y se conocían como nadie los conocía. Muchas veces sabían qué estaba pensando el otro sin necesidad de preguntar, así que le bastó ver su expresión reluciente a pesar de lo que había pasado y escuchar aquella frase, para saber qué es lo que había decidido Jane: luchar por ser un matrimonio de verdad.

Con aquella pregunta Jane le estaba confrontando por haber huído de ella, por haber huído del deseo que sentían uno por el otro.

Le había descubierto, se había dado cuenta de que él también la deseaba a ella y de que huía de aquel deseo. Y ella quería saber por qué huía.

Efectivamente, iba a ser mucho más difícil de lo que había supuesto, ya que Jane ya no se iba a quedar esperando, de manera pasiva , a  ver qué ocurría. Había tomado las riendas e iba a pelear.

Y Jane era tranquila, pero cuando se le metía algo entre cejo y cejo, no se rendía.

Lo único bueno de que la situación hubiera llegado a ese punto era que podían poner, por fín, las cartas sobre la mesa.

Y es lo que hizo.

—Jane, no podemos consumar nuestro matrimonio.

Ya estaba dicho, ya no había vuelta atrás. Y la verdad es que lo agradeció, Ya no era necesario andar con eufemismos y medias verdades. Ni ocultar lo que era evidente. Que él también la deseaba pero no quería sucumbir a ese deseo.

Sin embargo, no era tan fácil como eso. Al fin y al cabo, ella ya había adivinado aquello en la larga noche de insomnio. Y él, en realidad, no había contestado a su pregunta.

—Ya sé que no "quieres consumar nuestro matrimonio" —empezó ella, con retintín al utilizar la expresión que había utilizado él —no te estoy preguntando eso, sino, por qué no quieres hacerlo.

Terry dudó un momento. Podía decirle que no se sentía atraído hacia ella. Mentirle.

Pero no lo iba a hacer. Estaba convencido de que ella sabía que no era cierto y no le iba a creer. Además, no quería mentirle a Jane. Aunque fuera más difícil, quería ir con la verdad por delante.

—Jane, te deseo —se calló un momento, para que ella asimilara lo que acababa de decirle —y sé que tú me deseas a mi, pero no podemos dejarnos llevar por ese deseo.

—¿Por qué?

Tal y como había imaginado, Jane no iba a ser fácil de convencer.

—Porque eso puede acabar con nuestra reacción.

Ella se quedó un segundo pensativa antes de soltar, con expresión un poco desconcertada:

—¿Cómo va a romper nuestra relación hacerla aún mejor?. Porque tú y yo ya somos uno en alma, hacernos uno en cuerpo solo va a hacer más perfecta nuestra unión.

Seguramente no las tenía preparadas, pero no podía haber utilizado unas palabras más eficaces para hacer tambalear la decisión de él.

Cuando ella había dicho "somos uno en alma", el corazón de Terry se había acelerado y un sentimiento cálido de felicidad le había recorrido entero. Era una forma preciosa de decirlo, porque, efectivamente, ellos eran uno en alma desde siempre, desde el momento que se habían conocido.

Pero es que cuando dijo “hacernos uno en cuerpo”, fue su cuerpo entero el que respondió, la tibieza inicial se convirtió en fuego y su miembro viril se despertó de golpe y se endureció.

Solo con escuchar aquellas palabras.

Fue magia.

Y también fue un recordatorio de lo difícil que iba a ser todo. Porque a pesar de su reacción, seguía pensando que lo correcto era no caer en la pasión del sexo.

—Es que son incompatibles, Jane. Empezó, con la voz ronca y mucha menos seguridad de la que hubiera deseado, ya que su miembro viril seguía endurecido —no te niego que existe una gran atracción entre nosotros, que ha salido de repente, desde que nos hemos casado, pero yo sé que eso no va a durar. Que tarde o temprano nos cansaremos el uno del otro en el aspecto físico — continuó, con más seguridad, decidido a decirle a Jane todo lo que llevaba diez días pensando —Y que yo voy a necesitar…., voy a necesitar…

No era capaz de terminar la frase, pero Jane, que había fruncido el ceño cuando él había empezado a contarle su planteamiento, lo hizo por él, ya que le había entendido perfectamente:

—Tener amantes.

Él suspiró y, tras un momento de mirarla en silencio con una expresión indescifrable, dijo, escuetamente:

—Si.

Se hizo un silencio sepulcral, mientras ambos continuaban con la mirada fija en el otro.

De repente, al menos para Terry, toda la tensión sexual había desaparecido por completo. Seguía viendo a Jane preciosa, ahora con aquel ceño fruncido que le hacía parecer una niña enfadada, pero estaba tenso.

Ya estaba claro cuál era el problema , pero no sabía cuál podía ser la reacción de Jane.

No fue, desde luego, ninguna de las que él esperaba:

—Deberías tener más confianza en mí.

Capítulo 37:

Y nada más decir la frase: "Deberías tener más confianza en mí", Jane dejó sobre la mesa la taza de té que había mantenido en alto durante toda la conversación, se puso en pie, se acercó a él y le dio un beso en los labios.

Un beso  suave, apenas como una brisa ligera.

En principio, un beso sin pasión, un beso ingenuo…, pero solo en principio.

Porque, cuando Jane se alejó de él, con paso suave y moviendo ligeramente las caderas (¡¡moviendo ligeramente las caderas!!) , Terry sintió que  le faltaba el aire. Y toda la energía de su cuerpo se concentró en una sola parte: su sexo, que, de nuevo, se había puesto enhiesto y palpitaba de deseo y ausencia.

## Capítulo 38:

Lo sucedido hizo que Terry redoblara los esfuerzos para no volver a coincidir con Jane y empezó a llegar aún más tarde todos los días y a salir antes del desayuno. De esta manera, pasaron siete días sin que se encontraran, ni siquiera fugazmente.

Terry sabía que era un empeño absurdo, no podían estar toda la vida así. Haberlo conseguido durante una semana ya era excepcional. Más pronto que tarde habría algún compromiso que les obligaría a estar juntos. Además, estaba quedando como un cobarde, una actitud que jamás habría creído que podía apoderarse de él.

Pero tenía miedo de que Jane tomara la iniciativa , porque entonces, estaba seguro, no podría contenerse y se dejaría llevar por lo que deseaba, no por lo que debía.

La semana no fue fácil para Jane. Aunque ante Terry se había mostrado segura y provocadora, nada más lejos de cómo se sentía. Estaba asustada, desorientada y preocupada. Había perdido su palacio, su jardín y su hermano a manos de la persona que más despreciaba. Se había casado con su mejor amigo y, de repente, ese mejor amigo había pasado a convertirse en otra cosa. Había pasado a convertirse en el hombre que deseaba.

El deseo sexual por Terry había echado por tierra todo lo que había dado por seguro hasta entonces.Que a ella no le interesaban los hombres desde el punto de vista físico, que no los necesitaba.

Lo que le había ocurrido le había demostrado que un hombre si le atraía y si lo necesitaba físicamente: ese hombre era Terry.

Pero Terry no quería estar con ella de aquella forma para no estropear su amistad, le había dicho. Y, sin embargo, a la vista de cómo estaba actuando, no quería estar con ella de ninguna de las maneras.

Lo echaba intensamente de menos y se arrepentía de haberle dado aquel beso provocador. En el momento que se lo había dado le había parecido buena idea, una manera de demostrarle a Terry que ella también podía ser seductora y deseable. Que no iba a necesitar ninguna otra mujer, que ella era capaz de darle todo lo que necesitaba, porque ella también lo necesitaba. Pero a la vista de lo que había ocurrido después, no había sido buena idea. Había perdido todo: la posibilidad de un amante y a su amigo del alma.

La semana no se le pudo hacer más larga. Quitó de su cabeza la idea de volver a la habitaciń provocativamente para tentarlo. No funcionaba y solo conseguía que él se alejara más de ella. Finalmente,  pasó el final de la semana deseando que ocurriera algo, cualquier evento, para volver a verlo.

❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

El compromiso que hizo que Terry abandonara por fin su actitud infantil y cobarde  y que el deseo de Jane se cumpliera fue un baile. Y no un baile cualquiera, sino el que se iba a celebrar en el palacio de enfrente: el baile de celebración de la boda entre Liam y Roberta.

Capítulo 39:

Jane aún no había tenido tiempo de asimilar que Terry estaba en el comedor desayunando aquel día, después de siete días sin saber nada de él, cuando tuvo que digerir lo que acababa de decirle:

—¿Van a celebrar un baile?, ¿en mi palacio?, ¿nos han invitado?

—Si. Ya no es tu palacio. Si —Fue la respuesta, escueta y seguida que Terry le dio a las tres preguntas. Demostrándole a Jane que había vuelto, pero seguía sin ser el Terry de siempre.

—No entiendo…,¿cómo se atreven?…, después de la carta que mandaron…. yo no quiero ir….

La única ventaja de todo aquello era que Jane estaba tan desconcertada con lo que él acababa de decir, que el impacto de tenerlo por fin a su lado se atenuó.

También le sirvió a Terry para empezar a  normalizar de nuevo su relación.

—Jane, yo tampoco quiero ir, pero tenemos que hacerlo. Sería mucho peor que no apareciéramos. Eso levantaría todo tipo de murmuraciones que no nos interesan ni nos convienen. Bastante impactantes ha sido para toda la sociedad que nos rodea nuestros dos matrimonio intempestivos como para darles un motivo más de escandalo.Terry y yo somos miembros de la cámara de los Lores, hay infinidad de actos a lso que acudimos juntos, los cuatro somos miembros de la aristocracia, tenemos compromisos casi cada semana, no podemos montar un escándalo que solo va a traernos perjuicios, aunque sea solo la incomodidad de ser blanco de chismorreos maliciosos.

Está claro que nuestra relación con ellos ha desaparecido, pero creo que eso debe quedar entre nosotros. De hecho, esa es la razón de que nos hayan invitado: dar sensación de normalidad, evitar un escándalo. Te aseguro que ellos tienen menos ganas de vernos a nosotros que nosotros a ellos.

—Lo dudo.

La respuesta, rápida e irónica, hizo que Terry soltara una carcajada. Una a la que se unió ella inmediatamente.

No había nada mejor que buscar un enemigo común y utilizar el humor para unir a quienes estaban en discordia.

La carcajada hizo que ambos se reflejaran y retomaran, al menos momentáneamente, la relación de siempre.

—Tienes razón Terry. Lo han hecho por eso, y es cierto que debemos ir. Pero me da cien patadas hacerlo.

Ella no solía hablar en aquellos términos excepto cuando estaba muy alterada, algo que apenas le había ocurrido antes de casarse.

A Terry le gustó verla así, se dio cuenta que cuando se enfadaba, el labio superior se le levantaba ligeramente. Un labio que él había besado y que, en ese momento, deseaba besar otra vez.

Pero no lo hizo, ni lo iba a hacer.

Por alguna razón, recuperar una relación relajada y amistosa, aunque fuera momentáneamente, le permitia controlarse mejor.

Así que decidió que al menos durante los desayunos volvería a comportarse como se esperaba de él.

Tomar esta decisión le produjo alivio, además de mucha alegría.

Él también echaba de menos a Jane, intensamente.

# Capítulo 40:

Liam y Roberta no solo les habían invitado inesperadamente, sino que lo habían hecho también intempestivamente, ya que la invitación había llegado tan solo cuatro días antes del baile.

Ese tipo de acontecimientos se solían preparar con tiempo, sobre todo en el caso de las mujeres, ya que era necesario llamar a la modista, o bien para hacer un vestido nuevo o, cuando la mujer ya poseía muchos, para adaptar alguno anterior de manera que en el baile todo el mundo lo apreciara como nuevo.

Repetir vestido no era una opción.

Excepto para Jane.

Los últimos diez años, se las había arreglado con dos vestidos que había ido alternando en las recepciones y bailes a los que no había tenido más remedio que acudir. Uno, de color tierra, estaba hecho de una tela muy vaporosa y delicada por una de las mejores modistas de Londres, pero era sencillo hasta la exageración. El otro

vestido tenía un color algo más llamativo, amarillo crema, pero la tela y la confección eran aún más sencillas, así que seguía siendo aburridísimo.

Como a partir de los veinticinco años se la catalogó como solterona, la repetición de vestidos y su extremada sencillez había pasado desapercibida, pero el problema era que ahora Jane era duquesa. Y el problema se agravaba porque iba a acudir al baile de celebración del matrimonio de su hermano, después de que ella se hubiera casado también por sorpresa.

Ella no se relacionaba con gente chismosa, pero no tenía ni una duda de que llevaban en boca de todos varios días. En cuanto la noticia de los dos matrimonios se hubiera extendido, habrían sido el centro de la conversación de todos los corros y corrillos. Desde las reuniones para tomar el té, hasta los momentos distendidos de la cámara de los lores.

No podía permitirse ir vestida con aquellos vestidos. Y, desde luego, no podía permitirse sentirse ridícula o insignificante delante de Roberta que, sin duda, iba a ir magnifica. Tenía que hacerse un vestido nuevo.

Por suerte, Francine Du Pont, su modista, sentía aprecio por ella. A pesar de que le había visto pocas veces, las veces que había

acudido a su atelier había habido sintonía entre ambas. La modista había intentado siempre convencerla para que comprara telas más lujosas y para que los adornos fueran más exagerados, ella no había transigido nunca, pero, aún así, las dos mujeres se habían sentido cómodas juntas.

—El día que me "dege vestigla" como debe,  se "sabrgá" que es usted "pregciosa" —le había dicho varias veces la modista, con su eterno acento francés que no había desaparecido aunque ya llevaba viviendo en Londres veinte años.

Y ese día llegó cuando Jane se acercó al atelier a pedirle el favor de hacerle un vestido en menos de tres días.

Demostrando que la sintonía entre ambas era real, a pesar del tiempo sin verse, la modista no solo no se horrorizó por tener tan pocos días, sino que se mostró entusiasmada con el pedido.

—"Pog" fin llegó el día — le había dicho, haciendo referencia a su deseo anterior.

Y se puso manos a la obra.

Y el día del baile por la mañana se presentó en el palacio de Terry y Jane con el vestido más bonito que Jane había tenido jamás.

La tela, de un color vino intenso, le había parecido a Jane demasiado "descarada", pero la modista le había convencido, con su

forma peculiar de hablar diciéndole que aquello eran “tontegias” y que una duquesa debía “destacag”

Y Jane, que jamás había querido hacerlo, transigió, porque no podía ser menos que Roberta y mucho menos en el hogar que ella le había robado y de dónde la había arrancado.

Pero cuando se vio con el vestido ya puesto se dio cuenta de que no iba a “destacag”, sino que se iba a convertir en el centro del baile.

Jamás en su vida se había imaginado que ella podía estar tan bonita.

El color vino hacía destacar su piel que parecía brillar. Incluso las pecas salpicadas por su rostro, que ella siempre había considerado una imperfección, resaltaban de manera preciosa con aquel color del vestido y le daban un aspecto interesante y seductor.

Lo mismo ocurría con sus ojos, que, de un gris desvaído, se habían convertido en un misterioso y atractivo mar invernal.

El vestido tenía un escote barco bajo que se unía a las mangas, cortísimas, de forma que estas rodeaban sus brazos en la parte alta. Esto producía el efecto de enmarcar sus hombros. También producía el efecto de marcar sus pechos, que ya no parecían pequeños, sino perfectos,

Luego, el vestido estaba confeccionado de manera que se ajustaba perfectamente a su cuerpo y remarcaba su pequeña cintura.

Porque sí, Jane tenía una cintura diminuta sin necesidad de torturarse con las ballenas de un corsé.

Y luego la falda, amplia y voluptuosa, le daba el aura de lo que era: una duquesa.

Jane no podía dejar de mirarse en el espejo, nunca se había visto tan guapa.

¿Podría ser que lo fuera?

Tampoco le había preocupado hasta entonces la respuesta a esa pregunta, pero ese día, si.

Por Roberta.

Y también, por supuesto, por Terry.

Después de permanecer unos minutos mirándose, casi sin aliento, ante la admirada mirada de madame Du Pont y Lotty, su doncella, reaccionó por fin y empezó a recogerse el pelo, ella misma.

Pero entonces Madame Du pont reaccionó:

—¡Ni se le ocugga!

Y le apartó las manos del pelo, dejando que sus rizos cayeran de nuevo sueltos sobre su espalda.

Jane se quedó paralizada por la reacción de la modista.

De un color castaño medio, que aparentemente no tenía nada de particular cuando lo llevaba tirante y recogido, suelto, era una cascada de rizos brillantes que, además, cuando la luz incidía sobre ellos, sacaba reflejos cobrizos y dorados, acerados y misteriosos. Era como si todos los colores de pelo aparecieran alternativamente.

Si, suelto, su pelo era muy llamativo, pero nunca lo llevaba así.

Nadie lo llevaba así.

Por eso, aunque entendió que Miss Dupont le estaba proponiendo que acudiera al baile con el pelo suelto, le empezó a contestar, mirándola como si hubiera perdido el juicio:

—No puedo…

Peto la modista,que era una mujer de mucho carácter , le dijo, sin dudar y entendiendo cuál era su dilema:

—¡Clago que puede, es usted una duquesa!

—Pero, nadie lleva el pelo así, me van a mirar…

—Va usted a marcar una moda, y clago le le van a mirag, pero eso buscamos, ¿no?

Y le guiñó el ojo.

Y Jane, que siempre había huido de los bailes y nunca había querido destacar, decidió que había llegado el momento de cambiar eso en su vida.

## Capítulo 41:

Las mujeres se solían retrasar cuando acudían a los bailes, pero Jane no se comportaba como el resto de las mujeres, así que Terry había esperado que fuera puntual.

Sin embargo ese día estaba llegando tarde a la cita con él.

Esa misma mañana habían acordado en el desayuno que se juntarían en la entrada principal, al pie de las escaleras, a las 18:00 en punto.

Justo media hora antes iba a dar comienzo la recepción del baile. Entre los dos habían decidido retrasar un poco su aparición. Lo justo para llegar de los últimos, cuando todo el mundo estuviera ya bebiendo ponche y no se fijara en los últimos que estaban entrando, pero de manera que no fueran los últimos, algo que sí solía captar la atención de la mayoría.

No eran unos ingenuos y sabían que mucha gente estaba deseando poner los ojos en ellos por su extraño matrimonio y

también en la relación entre las dos parejas, ya que estaba claro que algo extraño había ocurrido para que se casaran todos de repente, pero esperaban que, con esa estrategia, la atención no fuera total. Al fin y al cabo, seguía habiendo bastante gente que prefería un buen ponche a un buen chismorreo.

Pero la estrategia estaba saliendo mal. Y no por una razón externa, sino porque uno de los dos no estaba cumpliendo con lo acordado: Jane.

Terry estaba convencido de que era la primera vez que Jane llegaba tarde a algún sitio. Tenía derecho a retrasarse por una vez en su vida, pero no había escogido el mejor momento para hacerlo.

Terry daba vueltas y vueltas en el recibidor de la entrada sin decidirse a subir a buscarla, a comprobar qué demonios estaba ocurriendo.

Jane estaba encerrada con Madame Du pont y con Lotty, su doncella, que le estarían ayudando a vestirse y peinarse. Eso era lo que retrasaba a la mayoría de las mujeres, pero no podía ser lo que estaba retrasando a Jane, porque ella nunca se había preocupado de su aspecto, ni de los vestidos y peinados.

No tenía ni una duda de que estaría correctamente vestida, pero, tampoco, de que iría discreta y sencilla como era ella.

Así que, ¿qué podía estar ocurriendo? se repetía machaconamente, mientras miraba como el reloj seguía avanzando y el retraso se hacía cada vez mayor.

Justo cuando llevaban exactamente quince minutos de retraso, el sonido suave de pasos y un "fru-fru" de ropa le hizo levantar la mirada y allí la vio, en lo alto de la escalera.

A Jane.

Demostrándole que sus suposiciones habían estado totalmente equivocadas.

Y dejándolo sin respiración.

## Capítulo 42:

Terry conocía muchas mujeres bellas y conocía también el poder de la ropa y los peinados para potenciar esa belleza, lo había vivido sobre todo con Roberta que, para él, y para muchos, era la mujer más bella de todo Londres. Pero la aparición de Jane rompió todo lo que había creído hasta entonces.

Con un vestido de color vino, que hacía que su piel reluciera y brillara como una luna llena en una noche despejada, y el pelo suelto, cayendo en cascada, no era solo una mujer bella, ni siquiera la mujer más bella que había visto en su vida, era una diosa.

Que su amiga del alma, se hubiera convertido en eso solo con un cambio de vestido y quitando las horquillas de su pelo era algo mágico

Pero mientras la veía bajar lentamente, un poco seria y él recuperaba la respiración poco a poco, se dio cuenta de que, en

realidad, todo había estado siempre ahí: su cintura diminuta, su pelo brillante reflejando mil colores, su pecho perfecto, sus hombros redondeados, sus clavículas marcadas, sus pecas divertidas, su boca llena… era Jane, "su Jane" de siempre, solo que él no la había visto hasta entonces.

Estaba claro que no iban a pasar desapercibidos, pero en ese momento no solo no le importó, sino que sintió un orgullo que le llenó el corazón: era Jane y era su esposa y le iban a mostrar a todo Londres que eran la pareja más bella. No tenía ni una duda: iban a eclipsar a Roberta y a Liam.

—Jane, estás irreconocible… estás… bellísima… la más bella…

Jane, que había bajado las escaleras muy seria, sonrió levemente y se ruborizó,pero, enseguida encontró la manera de distender el ambiente:

—No estoy segura de que eso haya sido un cumplido.

Terry, sin entender, le respondió:

—Claro que es un cumplido, estás bellísima.

—Lo digo porque has dicho que "estoy irreconocible".

Entonces Terry entendió la broma y respondió con una carcajada a la que se unió ella. Aunque enseguida rectificó:

—Soy muy tonto, perdóname, estas bellisima porque eres bellisima.

Ella volvió a ponerse roja, esta vez como la grana, mientras entre ambos se creaba un ambiente denso de intimidad, como cuando se habían besado.

Pero tenían algo que hacer y eso hizo que el momento de intimidad desapareciera:

—Tenemos que irnos ya —dijeron al unísono con las mismas palabras, lo que provocó una nueva carcajada, pero también que se pusieran en marcha.

Como el baile era enfrente de su palacio, no necesitaban ningún tipo de carruaje. Cogidos los dos del brazo, salieron del palacio y empezaron a cruzar la calle arbolada y ancha que separaba a los dos palacios, pero entonces el ambiente entre ambos cambió de nuevo y no para bien.

Jane se puso de nuevo seria. Terry notó que se tensaba, ya que su brazo rodeando al suyo se puso rígido, y cuando Terry al notar aquello la miró, comprobó que su mano temblaba un poco.Terry utilizó su mano libre para cubrir la de ella, en un intento de darle calidez y apoyo, y ella pareció tranquilizarse un poco.

Habían cruzado ya la calle y se encontraban en la acera de enfrente, a cinco metros de la entrada del palacio, cuando Terry se paró en seco y la miró, con cariño.La mano de ella había vuelto a temblar y ni siquiera la protección de la mano de él sobre ella le estaba calmando.

Terry sabía perfectamente lo que le estaba ocurriendo. Había salido diez días atrás de aquel lugar, de incógnito, como si fuera una ladrona, y estaba volviendo ahora como si fuera una desconocida. A su casa, al lugar en el que había vivido treinta y dos años.

Era normal que le estuviera resultando difícil.

Muy difícil.

Él solo podía ayudarla manteniéndose a su lado y sujetándola, pero ella estaba mal y así se lo dijo:

—No se si voy a poder, Terry.

Él hizo lo único que podía hacer: poner en palabras lo que sus gestos y su mirada le estaban intentando transmitir:

—Estoy aquí, estoy contigo. Voy a sujetarte todo el rato, no lo olvides.

Esas palabras le infundieron un poco de ánimo a ella, que cogió aire profundamente y le dijo, empezando a andar con más seguridad:

—Vamos.

Pero al llegar a lo alto de las escaleras de entrada y atravesar las puertas principales una voz cantarina y amable les dijo:

—Miss Jane, ¡qué bien que está de vuelta!

Era Robert, uno de los criados más jóvenes, que estaba haciendo la labor de portero de entrada. Era un joven alegre que apreciaba mucho a Jane, como todos en la casa.

Aquel recibimiento cálido, el hecho que él dijera "de vuelta" y ver la entrada de su hogar como siempre, como lo había mantenido ella, ya que a Roberta aún no le había dado tiempo de cambiar nada, hizo que Jane se derrumbara.

Saludó al joven Robert como pudo y, despues de dar dos pasos en el interior, le dijo a Terry, con lágrimas en los ojos

—No puedo.

Capítulo 43:

—Vete al jardín. No te va a ver nadie, puedes salir por esa puerta que comunica esta entrada directamente con el jardín. Y vuelve cuando te encuentres mejor, aunque haya empezado el baile. No te preocupes, yo me ocuparé de las presentaciones.

Terry sabía que no había mejor medicina para Jane que estar en el jardín.

—Pero…, no puedes entrar solo sin mi, todo el mundo se va a dar cuenta de que ha pasado algo.

—No, no te preocupes —dijo él, intentando tranquilizarla — como hemos venido tan tarde, estarán todos bebiendo ponche y charlando en grupos. Voy a pasar totalmente desapercibido.

Lo cierto es que la puerta que comunicaba con el salón de baile estaba abierta de par en par y se veía que Terry tenía razón… en parte.

Porque también era cierto que en cuanto él entrara sin Jane por esa puerta, todas las cabezas se iban a girar de golpe y se iba a hacer un silencio sepulcral. La ausencia de Jane iba a ser como un grito en la noche: totalmente evidente.

Pero no le iba a decir eso a Jane. En aquel momento ella no controlaba la situación y su entrada en el baile iba a ser aún peor que desaparecer. Ya se las arreglaría él con lo que iba a ocurrir.

—De acuerdo, dijo Jane con un alivio evidente —cuando me encuentre mejor entraré.

—No, tranquila, vendré a buscarte cuando todo el mundo tenga el suficiente ponche en las venas para no fijarse en nosotros —Dijo él, terminando de convencerle.

Jane sonrió agradecida y entonces él, impulsivamente, le dio un beso en la mejilla.

Un beso aparentemente inocente, aunque ya nada lo era entre ellos.

Jane se ruborizó de nuevo, pero enseguida se dirigió al jardín, decidida.

Terry la vio salir, tan bonita con aquel vestido que no encajaba nada con el jardín y pensó que eso la hacía aún más bella. Todo en ella era maravilloso.

Lo que no le parecía tan maravilloso era el beso que acababa de darle impulsivamente: una vez más, sus deseos se habían impuesto a lo que debía hacer. Pero en ese momento ese tema era secundario, ahora lo importante era que ella se tranquilizara y que él manejara de la mejor manera posible su entrada en el baile.

Mientras esperaba unos segundos a ver si se le ocurría una buena estrategia para entrar sin llamar demasiado la atención, ocurrió inesperado: Liam salió por la puerta de entrada del salón de baile.

Los dos hombres se pusieron serios y tensos, mantuvieron la mirada fija uno en el otro, como si fueran dos cazadores ante su presa, hasta que Liam habló, gélido:

—¿Dónde estabais? ¿Dónde está mi hermana?

Terry entendió que Liam estaba impaciente al ver que su hermana y él no aparecían y por eso había salido de la zona del baile. Lo cierto es que la tensión se podía cortar, pero, al mismo tiempo, era un golpe de suerte que pudieran enfrentarse lejos de las miradas de todos. Podría, por fin, decirle a Liam lo que pensaba de lo que había ocurrido, sin miradas indiscretas y sin la presencia de Roberta y Jane.

E iba a aprovechar la ocasión:

No respondió a sus preguntas y, en su lugar, le dijo, más gélido aun:

—Tenemos que hablar tú y yo.

Capítulo 44:

Liam se lo quedó mirando con la tensión marcada en todo su cuerpo, aunque sobre todo era su mandíbula la que mostraba aquella tensión. La mantenía apretada, lo que le daba a su expresión un aspecto fiero. Pero Terry no se arredró, él estaba aparentemente más relajado, pero estaba tan enfadado como su vecino, si no, más.

Lo cierto era que la indisposición de Jane le había venido muy bien. Desde que se había enterado de la boda de Liam con Roberta había querido encontrarse a Liam frente a frente, para ajustar cuentas. Los dos solos. Pero aquello había sido imposible hasta entonces. Se habían visto de lejos en un par de sesiones de la cámara de los lores, pero se habían limitado a mirarse en la distancia de forma desafiante. Y solo durante un segundo. A ninguno de los dos le interesaba que se montara un escándalo. Querían ajustar cuentas, pero entre ellos.

Otra opción habría sido que cualquiera de los dos se acercara al palacio del otro, pero la presencia de Roberta en uno y de Jane en otro les había hecho desistir a ambos.

Pero en el momento más inesperado, cuando el palacio de Liam estaba a rebosar de gente, había surgido la posibilidad de estar a solas y no iban a desperdiciarla.

Por eso, a pesar de la tensión evidente, Liam no se negó a lo que le dijo Terry y se dirigió a paso rápido hacia la biblioteca, que estaba en esa planta baja, lo suficientemente apartada del salón de baile para que, ocurriera lo que ocurriera entre ellos, quedara entre ellos también.

Nada más entrar en la estancia que era, por cierto, el segundo lugar preferido de la casa para Jane, ya que había una colección de libros sobre la naturaleza espectacular, Liam se acercó al extremo más alejado de la puerta , con Terry a su lado, se paró de golpe y lo miró, de nuevo fieramente, para soltar inmediatamente, sin darle tiempo a Terry a prepararse:

—Eres un canalla, te has casado con mi hermana solo para vengarte de mi.

Liam podia ser muchas cosas horribles, pero nunca lo había considerado tonto. De hecho, había empezado atacando por donde

más daño podía hacer.

—Y tú te has casado con Roberta porque sabías que era el amor de mi vida y llevas toda la vida envidiandome.

El golpe de Terry iba en la misma dirección, pero no tuvo en él efecto que esperaba, al contrario, Liam se lo devolvió inmediatamente con algo que le hizo aún más daño:

—Te equivocas, me he casado con ella porque la amo. Y ella me ama a mi.

¿Era verdad aquello? Terry se quedó por un momento en silencio, intentando asimilar lo que Liam le había dicho y pensar qué contestarle. Y se dio cuenta de que, en realidad, no tenía por qué contestarle, bastaba con que actuara.

Bastaba con darle un puñetazo.

Y se lo habría dado, a pesar de que era un caballero, a pesar de que no le gustaba meterse en peleas, si no fuera porque algo hizo cambiar totalmente los acontecimientos.

Alguien.

Capítulo 45:

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que Jane había escuchado su breve intercambio airado.

Cuando había salido al jardín, en vez de sentir la paz que buscaba y necesitaba, la angustia se había incrementado.

Su maravilloso jardín ya no iba a ser más de ella. No podría acceder a él, no podría cuidarlo. Lo único que podía hacer era despedirse de él, porque aquel iba a ser el último día que lo iba a ver.

Y se sintió incapaz de hacer algo así.

Por muy mal que lo fuera a pasar, preferia sufrir la tortura del baile a seguir contemplando aquel espacio que amaba, sabiendo que era la última vez que lo iba a ver. Así que nada más poner el pie en el césped, se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos.

Con un poco de suerte, Terry aún no habría entrado en el salón de baile y podría unirse a él.

Y efectivamente, al volver a entrar en el palacio vio que Terry aún no había entrado en el salón. Pero tampoco estaba solo, estaba con Liam.

Aquello no se lo esperaba, así que se paró en seco. Quería a su hermano, pero no en aquel momento. En aquel momento, lo odiaba.

Y tampoco le gustó lo que le escuchó decir alto y claro a Terry: "tenemos que hablar tú y yo"

"¿Cómo que tú y yo?" , pensó, frunciendo el ceño. Lo que había ocurrido no era un problema entre ambos, sino que le concernía también a ella. Y a Roberta.

Era típico de los hombres reducir todo a lo que les afectaba a ellos, olvidándose de las mujeres.

Sintió una rabia nueva, esta vez contra los dos, porque no solo le habían estropeado su vida, sino que ahora tampoco le permitían la reparación mediante una conversación.

O una discusión.

Aunque fuera a gritos.

Ella también necesitaba desahogarse.

¿Qué se creían?

Mientras su enfado iba en aumento, los dos hombres se empezaron a  mover hacia la biblioteca. Y ella decidió seguirlos.

Con el típico egocentrismo masculino, ninguno había reparado en ella, así que les pudo seguir y, luego, situarse en el dintel de la puerta de la biblioteca, sin que repararan en ella.

En ese momento fue como Jane escuchó las tres frases que intercambiaron.

Y cuando su enfado aumentó más.

¿Quién era Liam para poner en cuestión su matrimonio? Ella era adulta y libre para decidir con quién se casaba y por qué.

Y respecto a Terry…, lo que le escuchó hizo que las lágrimas casi afloraran una vez más, aunque la rabia que sentía hizo que se quedaran guardadas.

Le dolió en el alma que Terry no contestara lo mismo que su hermano había dicho de Roberta, que estaba enamorado de ella y, de esa forma, que aceptara que se había casado solo por venganza, tal y como había dicho LIam. Pero es que, encima, le había llamado a Roberta "el amor de mi vida".

Esto último fue lo que le espoleó para empezar a moverse y para que su movimiento parara el puñetazo que Terry estaba a

punto de darle a Liam.

Porque fue ella quien le dio un sonoro tortazo a su hermano. Sorprendiendo a los dos hombres con su presencia y por la fuerza y rabia con que lo sacudió.

El tortazo que inmediatamente después recibió Terry fue menos sorpresivo, pero igual de fuerte.

Capítulo 46:

No soltaron ni un sonido a pesar de que les dolió, estaban demasiado impactados por lo que había ocurrido.

Inmediatamente después de abofetearlos, Jane, sin decir palabra, salió de la estancia. Y luego, los dos hombres, entre avergonzados y preocupados salieron tras ella.

Pero esta vez no encontraron la entrada vacía de personas.

Era cierto que su discusión no había sido ruidosa, pero habían estado demasiado alejados del salón del baile, sobre todo Liam, que era el anfitrión, así que Roberta, inquieta, había salido a buscarle, con varias personas detrás de ella.

Fue entonces cuando Jane apareció, a paso ligero, con las mejillas encendidas y cara de malas pulgas. Y detrás de ella los dos hombres, con una de sus mejillas encendida tan solo.

Para Roberta la escena fue incomprensible. ¿Qué hacían allí Terry y Jane con Liam?, ¿por qué estaban tan alterados?, así que

expresó en alto sus pensamientos.

—¿Qué ha pasado?

Lo soltó justo cuando Jane pasaba a su lado.

Jane estaba tan centrada en lo que acababa de ocurrir, que no la había visto. Pero cuando oyó su voz, que a muchos les sonaba angelical, pero a ella le sonaba como un chirrido insoportable, se paró en seco y la miró.

Fijamente.

Con toda la rabia que estaba sintiendo en ese momento.

Y después soltó dos cosas:

Una frase:

—Esto ha pasado.

E, inmediatamente después, otra bofetada.

Se oyó un coro de "Ohs" de varias voces, entre asustadas y sorprendidas: los acompañantes de Roberta, y luego, el sonido del portazo que dio Jane al salir, sola, del palacio.

Capítulo 47:

La furia le sirvió para cruzar la calle con energía, para entrar en su nuevo palacio con la misma energía, para pasar con energía, sin mirarlos, delante de los criados que la miraban asombrados, ya que no debería estar allí a esas horas, para llegar con energía a su habitación, para quitarse el vestido, con energía y con rabia, y dejarlo tirado en el suelo, despreocupada de todo.

Pero después de eso, la energía que había salido de su rabia se diluyó como un azucarillo en agua.

Y, de repente, se sintió agotada.

Y triste.

Muy triste

No se arrepentía de los tres tortazos que había dado. Ella no era así, de hecho, era la primera vez en su vida que pegaba a alguien, pero los tres se lo merecían. Volvería a hacerlo una y mil veces.

Y sí, había sido un buen desahogo.

Pero nada más.

Los tortazos y su rabia no arreglaban nada, no cambiaban las cosas.

Roberta seguiría casada con su hermano. Ambos la habían "expulsado" de su palacio, al que no podría volver en mucho tiempo (hasta que hiciera las paces con Liam, algo que tardaría tiempo). Y seguía casada con Terry solo para que él se quedara a gusto con una venganza.

Aunque nada de eso era nuevo y, en el fondo, nada de eso era lo que le había alterado.

Lo que le había puesto hecha una furia y ahora, cuando esa furia había desaparecido, le mantenía triste y sin energía, era lo que había dicho Terry: que Roberta era el amor de su vida.

Y también, lo que no había dicho, que era responder como había respondido Liam sobre Roberta, diciendo que la amaba.

Terry no la amaba. Ni siquiera la quería como para protegerla ante Liam.

Podía haber mentido, haber dicho al menos que no se había casado con ella utilizándola, que sentía cariño por ella, podría haber mentido para protegerla, pero no lo había hecho y había preferido

dejarla ante su hermano como un simple instrumento de su venganza. No había habido ni un ápice de cariño en sus palabras sobre ella.

Era duro saber que él no la quería como ella le quería a él, pero más duro aún darse cuenta de que, en realidad, no le quería.

Cuando ese pensamiento ocupó su mente, además de la tristeza, sintió, de nuevo, unas ganas enormes de llorar.

Pero no lo hizo porque ocurrió algo inesperado.

Que, en realidad, si no hubiera estado tan absorta en sus sentimientos, habría debido esperar.

La puerta se abrió, de golpe y de par en par, y al otro lado apareció Terry, con la misma expresión de furia que había mostrado ella antes.

Capítulo 48:

Jane se había sentado sobre la cama, pero al ver a Terry, se puso de pie de golpe. Ataviada tan solo con la camisa interior, el corsé y las enaguas, en cualquier momento la situación les habría turbado los dos, pero Terry estaba demasiado enfadado y Jane demasiado sorprendida como para preocuparse por aquello.

Antes de que ninguno de los dos dijera nada, Terry dio dos pasos hacia el interior y cerró la puerta tras de sí, de un portazo que sonó en todo el palacio..

Capítulo 49:

Ese sonido fue el único que se escuchó durante los siguientes segundos, los que necesitó Terry para avanzar en la habitación y ponerse a la altura de Jane. Una vez allí se la quedó mirando, retador, con ira.

Terry jamás la había mirado así.

Cualquier otra persona había empequeñecido ante la ira evidente de Terry, sin embargo, a Jane le ocurrió lo contrario. "Si crees que tienes motivos para estar enfadado, yo tengo más" pensó, y aquel pensamiento le hizo devolverle la mirada a él con la misma intensidad:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Por fín alguien habló, fue Terry.

Y se desató la discusión entre ambos:

—¿Me preguntas qué me pasa? ¡¡Me has humillado ante mi hermano!!

—¿Humillarte? No entiendo, no he hablado de ti.

—Me has humillado por lo que no has dicho.

Terry soltó un suspiro, algo que le sirvió para luego coger aire y rebajar su rabia y, finalmente, para continuar como si estuviera hablando con alguien que no razonaba bien, con un niño o un anciano:

—Jane, no sé que te ha pasado, estás rara, irreconocible, no tiene sentido que…

—Guárdate tu condescendencia, Terry, no está bien lo que has hecho conmigo.

—La discusión con Liam no iba sobre ti, ni sobre Roberta, iba sobre nosotros dos.

—¿Ves?,¡¡ lo estás haciendo ahora también!!

Le respondió ella, victoriosa.

—No entiendo —dijo él, un poco pensativo, porque realmente no entendía qué le estaba pasando a Jane.

—Que soy la persona a la que más le ha perjudicado lo que ha ocurrido: he perdido mi hogar, mi jardín y a mi hermano, mientras la persona que más odio me arrebataba todo eso. Y, sin embargo, has decidido apartarme de la discusión. Tratarme como a un mueble.

Aquello hizo mella en Terry. Su ceño fruncido mostró que estaba valorando lo que ella le acababa de decir:

—Bien, lo entiendo…, si…, —empezó un poco vacilante, pero, enseguida, con más claridad, dijo —Tienes razón, no ha sido buena idea, tenía que haber esperado a que estuvieras tu presente. Y quizá Roberta también, para saldar todas las cuentas juntos.

—Efectivamente —dijo ella victoriosa.

Pero entonces a la expresión de Terry volvió a mostrar ira:

—Pero eso no justifica que me hayas abofeteado delante de Liam, Jane,  Tampoco está bien que se lo hayas hecho al mismo Liam, y menos aún a Roberta, delante de todo el mundo. Se ha montado un escándalo y vamos a ser la comidilla de todos los chismorreos de los próximos cien años. No es bueno para un duque como yo estar en boca de todos por un escándalo. Pero es que encima me has abofeteado a mi, Jane, ¡por favor!…

Jane tuvo que cerrar su puño derecho con fuerza, para no dejar escapar  su brazo y abofetearlo de nuevo. Porque eso era lo que quería hacer. Aguantó, pero sus palabras salieron como una bofetada:

—¿Cómo te atreves a abroncarme despues de lo que me has hecho?

Terry volvió a poner su expresión de incomprensión:

—¿Pero qué te he hecho, Jane, para que te siga pareciendo aceptable abofetearme como a Liam?

—¡No negaste que te habían casado conmigo por venganza! —respondió ella,

—Pero Jane, te lo dije a ti antes de casarnos y no te pareció mal.

—Pero estábamos solos tú y yo, y también me dijiste más cosas que matizaban esa idea. Al no negarlo delante de Liam, o al no matizarlo, me has humillado aún más. Él te ha dicho que se ha casado con Roberta por amor y tu has aceptado que te has casado conmigo por venganza. ¿Cómo me hace quedar eso a mi? —soltó Jane con la voz temblorosa ya que escuchar sus propias palabras le dañaba también.

—Pero ¿qué querías que le dijera a Liam?, ¿que yo también te quiero?

Se produjo un silencio.

Demasiado largo.

Sí, Jane quería que Terry le hubiera dicho aquello a Liam, pero no podía aceptar aquello claramente, sería como una declaración de su amor recién descubierto y no correspondido, y no

podía, ese día al menos, recibir una humillación más.Así que no le contestó a la pregunta y cambió de tema:

—¡Al menos, podías haber evitado decir que Roberta era el amor de tu vida!

Pero fue como si Terry hubiera descubierto algo, así que ignoró la matización de ella y volvió a su anterior pregunta:

—¿Querías que le dijera que el amor de mi vida eres tú?

Y esta vez Jane supo que ya no podía esquivar la pregunta por segunda vez.

Tenía que responder.

Tenía que mentir.

Tenía que decir que no.

Y eso es lo que intentó decir, pero no es lo que salió de sus labios:

—Si.

# Capítulo 50:

Terry, que normalmente controlaba sus expresiones perfectamente, fuera lo que fuera lo que estaba pensando o sintiendo, esta vez no pudo hacerlo. Fue muy leve, pero a Jane no le pasó desapercibido que abría los ojos más de  lo normal, al igual que sus labios se despegaron, en una expresión de asombro.

Y sí, Terry estaba perplejo. Le había soltado su pregunta a Jane como una provocación, para intentar ganar la discusión, pero en ningún momento se le había pasado por la imaginación que Jane podía contestar que sí, que quería que él la considerara el amor de su vida.

Aquello ya no era solo atracción sexual, era algo más.

Algo que prefería no haber escuchado.

Aunque ya era tarde.

Ya no podía obviar que Jane había dicho aquello.

Y menos aún podía obviar el efecto que había producido en él.

De repente, todas las objeciones que llevaba diez días poniéndose a sí mismo, se diluyeron, como la bruma de la mañana cuando sale el sol.

De repente, solo estaban él y ella, mirándose a los ojos, y con el "sí" de Jane flotando entre los dos, omnipresente.

Y, como unos días antes había hecho Jane, saliendo bajo la lluvia sin protección, él decidió hacer lo mismo con lo que estaba sintiendo. "Qué más da", se dijo a sí mismo, acallando las últimas tímidas objeciones que su mente le presentó.

Y se lanzó hacia Jane, como ella había hecho días atrás lanzándose hacia la lluvia.

Capítulo 51:

Esta vez el beso no fue un error de cálculo o falta de coordinación entre ambos. Tampoco un beso amistoso. Ni un beso imprevisto que se les había ido de las manos. No, esta vez Terry tomó la decisión de besar a Jane, sin censura, sin miedo.

Y cuando sus labios entraron en contacto, fue Jane quien recibió el beso y lo devolvió, con la misma seguridad que él.

De repente, eran un hombre y una mujer descubriéndose en un aspecto nuevo que, al mismo tiempo, existía desde el inicio de los tiempos.

Y no dudaron ni tuvieron miedo, sino que se acoplaron perfectamente.

El beso se intensificó con un abrazo que también empezó Terry, pasándole su brazo derecho por la cintura a Jane, pero que ella estrechó al elevar sus brazos y rodear el cuello de él.

Llevaban siendo amigos desde el día que habían nacido. Nunca, hasta diez días antes, habían sentido atracción física el uno

por el otro, pero después de aquellos diez días de luchas internas y dudas, se acoplaron como si llevaran toda la vida haciéndolo.

O necesitándolo.

Inmediatamente, ambos, se dieron cuenta de que no solo estaban hechos el uno para el otro como amigos y confidentes, como compañeros de vida, sino también para hacerse uno físicamente.

Ni Jane ni Terry dudaron ni un segundo, durante la larga y maravillosa noche que pasaron juntos, de lo que estaban haciendo.

El contacto físico diluyó todas las objeciones, miedos y pegas, no solo eso, sino que las convirtió en ridículas.

No es que estuviera bien que hicieran el amor, es que lo malo, lo que había que evitar, era no hacerlo.

Estaban hechos el uno para el otro y su unión física no hizo más que confirmar ese sentimiento de unión.

Eso sí, era la primera vez para Jane, la primera vez para todo.

No solo era la primera vez que iba a hacer el amor con un hombre, a unirse físicamente, también era la primera vez que la besaban con amor y deseo, que acariciaban partes de su cuerpo con amor y deseo, que emitía suspiros y gemidos de amor.

Y deseo.

Y solo por eso, en algunos momentos de su noche de amor, hubo pequeños momentos de vacilación y miedo.

Ocurrió la primera vez que Terry descubrió uno de sus pechos. Jane, instintivamente, intentó cubrirse, sintiendo, de repente un pudor extremo.Terry respetó su pudor, se apartó un poco y, despacio, sin dejar de mirarla, se quitó la camisa, quedándose desnudo de cintura hacia arriba. Mostrando su cuerpo perfecto de músculos flexibles y fuertes.

Y Jane entendió que él se había desnudado para infundirle a ella valor. Para mostrarle que no había nada malo en enseñar sus pechos, así que dejó caer la blusa hacia abajo, dejando de nuevo descubierto el pecho que había sacado Terry, y dejó que Terry le bajara el otro tirante y la tela que cubría el otro pecho.

Y volvieron a besarse, con pasión y hambre, porque habían estado más de un minuto sin hacerlo.

Ocurrió la segunda vez cuando Terry le agarró un pezón, sin previo aviso.

Ya estaban los dos completamente desnudos, se habían mirado, sin vergüenza, al contrario, con deseo infinito. Se habían tocado en casi todas las partes de su cuerpo y había sido para ambos un placer nuevo y maravilloso.

Terry había comprobado que la piel de Jane era la más suave que había tocado en su vida, y también la más sensible, ya que se había estremecido entre sus brazos de manera deliciosa, excitándole con su extrema sensibilidad. Y Jane había descubierto que el tacto podía ser un sentido tan placentero como la vista o el gusto. Que podría pasar toda su vida acariciando el cuerpo perfecto y musculoso de Terry sin necesitar nada más.

Pero ambos, en su infinito disfrute, habían sentido que no era suficiente, que necesitaban más, y Terry había puesto ese deseo en acción, tocando uno de los pocos lugares del cuerpo de Jane que aún no había tocado: su pezón.

Y ella, sintiendo un placer indescriptible, pero al mismo tiempo, pudor de nuevo, se había apartado un poco.

Y él había, de nuevo, respetando su pudor y había esperado a que ella estuviera preparada.

Tan solo unos segundos, porque Jane se había dado cuenta de que necesitaba volver a  sentir lo que había sentido con el roce breve. Y fue ella misma quien acercó el pezón a los dedos de Terry y, después de un rato de creer que moría de placer, quien le pidió que lo cogiera entre sus labios, algo que la elevó aún más en el disfrute de aquel día.

Y ocurrió la tercera vez, cuando Terry tocó su sexo con dedos habiles y ella gimió.

Demasiado alto.

Y entonces ahogó el gemido y se llevó las manos a la boca, en un intento de parar los sonidos que lo que Terry le estaba haciendo le provocaba.

Y entonces Terry no se apartó, sino que se rió, muy bajito, junto a su oído, y luego le susurró:

—Gime Jane, mi amor, gime, y si nos oye alguien, que sepa que el paraíso existe.

Y ella se abandonó a sus brazos y en aquel "mi amor", que fue para ella el sonido más maravilloso que había escuchado nunca.

Y, finalmente, ocurrió cuando Terry fue a penetrarla. Cuando ella estaba empapada de deso y había estado a punto de llegar al orgasmo, pero Terry lo había retrasado, apartando sus dedos sabios de su clitoris.

Estaba preparada físicamente, lo deseaba, lo necesitaba, pero cuando vio que él se ponía encima de ella, con su miembro enhiesto y duro, sintió una punzada de miedo.

Y él leyó aquel miedo y se apartó y le dijo, de nuevo susurrante en su oído:

—Soy yo, mi amor, no te voy a hacer daño, no te voy a hacer nada que no quieras.

Y se volvió a poner sobre ella, pero, en vez de introducirse en ella, le agarró una mano y se la colocó alrededor de su pene, y volvió a susurrar:

—Hazlo tú, hasta donde quieras, como quieras.

Y ella lo hizo, poco a poco, pidiéndole a veces con la mirada que empujara un poco, otras pidiéndole parar.

hasta que, despacio, muy despacio, él entró totalmente en ella, sin dañarla, produciendoles un placer extremo que acabó con un orgasmo unidos.

## Capítulo 52:

Lo ocurrido en el baile de Liam y Roberta fue un escándalo mayúsculo.

La flor y nata de la alta sociedad londinense no habló de otra cosa durante una semana, sobre todo, criticando la actitud de Jane.

"Incomprensible", "descarada", "fuera de sí", "maleducada" era lo que se decía de ella. Pero había quienes iban más allá y proponían excluirla de los próximos bailes. Si hubieran podido, alguno de ellos la habría quemado en la hoguera, como se hacía antiguamente con las mujeres a las que llamaban brujas.

Pero al cabo de la semana, el tema se fue diluyendo poco a poco, ya que un duque había dejado a una duquesa embarazada. Una duquesa que no era su esposa y que estaba casada con otro hombre.

Sí, aquel tema resultó mucho más interesante, y escandaloso, que tres bofetadas, así que al cabo de dos semanas Jane podría

haberse presentado en un nuevo baile y apenas nadie habría reparado en ella.

Solo que Jane no tenía ni una intención de presentarse en ningún baile.

Y Terry, tampoco.

Estaban demasiado ocupados amándose todas las noches.

Ni siquiera les preocupaba qué pensarían Roberta y Liam. De hecho, la mayoría de las veces no recordaban ni que existían.

Cualquiera que haya estado profundamente enamorado y haya sido correspondido sabrá que sentían Jane y Terry. Solo tenían ojos el uno para el otro y, cuando estaban juntos, no podían estar un segundo siquiera sin tocarse y besarse.

Si la primera noche de amor fue maravillosa, las que siguieron fueron aún mejores.

A medida que pasaban las noches, el conocimiento del otro era mayor, y sabían cómo mejorar sus caricias para conseguir más placer aún.

Y para dárselo al otro, algo que a ambos les provocaba aún más placer.

Todo era maravilloso.

O debería haberlo sido.

Pero para Jane no estaba siendo así.

De hecho, cada día estaba más triste y, diez días después de haber perdido la virginidad, estaba tan mal y tan desanimada, que tuvo que salir al jardín para que nadie viera sus lágrimas.

Por lo menos, aquel espacio empezaba a convertirse en su nueva pasión y le estaba sirviendo para suavizar un poco el disgusto que tenía desde hacía diez días.

A Jane ya no le preocupaba la traición de su hermano. Con la bofetada que le había soltado había sacado todos sus demonios internos, se consideraba vengada. Aún no quería verlo, pero sabía que con el tiempo lo ocurrido aún se suavizaría más y acabaría por recuperar la relación con él.

Y con Roberta.

Esta parte le costaba un poco más, pero lo cierto era que día a día cada vez veía más lejano el odio que había sentido por ella. Sí, estaba segura de que algún día acabaría soportándola como cuñada, aunque sea porque iba a ser la madre de sus futuros sobrinos a los que, sin conocer, ya quería.

No, ese no era el problema que le mordía las entrañas esos días, sino Terry.

Si, Terry, su amigo del alma, ahora convertido en su marido y amante.

Pero no en su amor.

Y ella necesitaba que él fuera su amor.

Pero Terry se escabullía todas las mañanas del lecho, mientras ella dormía o, si se mantenía vigilante, dándole un beso en la frente y diciéndole : “hasta esta noche”.

Terry solo estaba con ella por las noches. Unas noches llenas de pasión y cuidado, de ternura y sexo, pero aquelo no era suficiente.

¿Por qué desaparecía durante el día? ¿Por qué no había vuelto a llamarla “mi amor”, como la primera noche?

Solo había una explicación para aquello: solo la deseaba, pero no la amaba. Y no solo eso, sino que ni siquiera era ya su amiga, ya que rehuía su presencia, excepto cuando estaban sobre el lecho.

Había deseado con toda su alma ser atractiva para Terry, ser su amante, pero ahora que lo había conseguido, le parecía que su sueño se había convertido en una pesadilla: había perdido al amigo y no conseguía lo más importante: su amor.

Solo tenían que pasar unos meses para que lo que él había temido, que el deseo sexual se acabara, se cumpliera también, y su

vida se convirtiera en una pesadilla.

A pesar de que tenía las manos hundidas en la tierra, al ir a trasplantar una azalea, este último pensamiento hizo que sus lágrimas fueran aun más abundantes y el corazón se encogiera más.

Pero justo en ese momento sonó una voz a su espalda:

—¿En qué estás ocupada ahora?

Una voz conocida, masculina y grave, y con el fondo de cariño que siempre había tenido.

Eran las diez de la mañana y, aunque no había estado en el desayuno, Terry había aparecido de repente, sin avisar.

Por sorpresa.

Y ella tenía la cara empapada en lágrimas.

Intentó limpiar su cara rápidamente, quitándose las lágrimas de la cara, pero Terry, que aún no se había dado cuenta de que estaba llorando, se agachó junto a ella y vio, no sólo las lágrimas que no había podido quitarse, sino la marca de tierra que había dejado sobre su mejilla izquierda, ya que se había intentado limpiar con las manos sucias.

—¿Qué te pasa? —dijo él, alarmado, pasándole los dedos por la mejilla manchada, intentando limpiarla, al mismo tiempo que se la acariciaba.

Pero Jane no podía hablar, estaba usando toda su fuerza interna para no llorar más, porque la presencia de Terry y su cuidado y preocupación la habían desarmado del todo, pero seguía pensando que no la amaba.

—Jane, ¿qué te pasa?

Volvió a preguntar él, en voz baja y suave y acercándose a ella y abrazándola —¿Es Liam?, ¿Roberta?, ¿te han hecho algo? —estas últimas preguntas las hizo en un toma más tenso y duro.

—No, no, eres tú —dijo ella entonces.

Había querido negar que lo que le pasaba tuviera que ver con Liam y Roberta, pero lo último se le escapó. No quería decirle lo que le pasaba. Sin embargo, ya no había marcha atrás.Lo había soltado sin querer. Y él no se iba a conformar con cualquier respuesta:

—¿Yo? ¿Te he hecho algo? Dime qué, Jane, por favor, no quiero dañarte, solo quiero amarte.

Jane abrió los ojos como platos. Llevaba diez días esperando oír aquellas palabras, y ahora, cuando peor estaba, cuando creía que era imposible escucharlas jamás, Terry las había dicho, desde el fondo de su corazón.

Pero ella estaba tan obcecada que decidió no creerle:

—No, no me amas, solo me deseas. No estás nunca conmigo, me evitas…

Terry cortó todos aquellos reproches con algo que Jane nunca habría esperado: una carcajada.

Ella se calló, de golpe, lo miró con el ceño fruncido y le contestó, llorosa:

—¿Te ríes de mí? —y luego le pegó un empujón en el hombro. No como una agresión, pero sí acompañando a su queja.

Él no se movió ni un centímetro, era grande y fuerte, pero sí se puso serio, muy serio.

Y luego, acercando su boca a la de ella, dijo, muy despacio y con la mirada fija:

—Claro que me río de ti. Y puedes volver a empujarme e, incluso abofetearme, que me seguiré riendo cada vez que dudes de mi amor por ti. Sí, te deseo, me vuelves loco, y te amo, por encima de todo y de todos. No vuelvas a dudar de eso.

Y después, la besó, con cuidado y amor al principio, con pasión y deseo a medida que el beso iba encendiéndoles

Ella se unió al beso, no podía no hacerlo. Lo que él le acaba de decir, le había derretido por dentro, era lo que necesitaba…,

aunque los diez días de dudas y miedos aún hacía algo de mella en ella y protestó un poco al cabo de unos minutos:

—Pero no has estado conmigo estos días, no te he visto, pensaba que me rehuías.

Él volvió a reír, esta vez más suavemente y sin dejar de darle pequeños besos:

—Te lo he dicho todas las noches, te he dicho que tenía una semana muy ocupada, que acaba hoy, pero no me has escuchado, porque siempre que te lo he dicho estábamos desnudos besándonos y no sueles querer escuchar otra cosa que mis gemidos.

Jane se sonrojó un poco y, de repente, recordó lo que él le había dicho. Sí, era cierto, le había hablado de sesiones eternas en la cámara de los lores para acordar una nueva ley. Y de la visita del administrador de sus tierras en Escocia. Era cierto. Y también era cierto que en los momentos que él le había hablado de todo aquello ella no se había detenido a escucharle con atención, porque había estado más preocupada por disfrutar de cada centímetro de su piel.

—¿Ahora me has escuchado? —le dijo él, riendo suavemente, sin dejar de besarla y acariciarla

—Si —respondió ella, sonriendo tímidamente, mientras notaba que sus huesos se derretían bajo la mirada de deseo de él.

—Entonces vamos a gemir juntos.

La levantó y la cogió entre sus brazos, mientras se dirigía al interior de su palacio, rumbo al lecho.

Había sido su primera discusión de casados, una discusión provocada por la inseguridad de ella. Seguramente vendrían más, pero nunca más iban a ser porque ella dudara del amor de él o él del de ella.

Epílogo:

Han pasado cinco años desde que Terry y Jane se casaron, y cinco años menos un mes desde que su matrimonio se convirtió en un matrimonio real, y varias cosas han cambiado entre ellos.

Para empezar, dos personitas se han sumado a la pareja. Flora, de tres añitos, su primera hija. Una niña segura de sí misma, como Terry, y sensible, como, Jane, una niña que les sorprende siempre con sus preguntas inteligentes y su curiosidad sin fin. Y Charles, que acaba de cumplir dos años y es un polvorilla de risa contagiosa que tiene a todos: sus padres, su hermana y los criados de la casa, totalmente embelesados con él.

Terry y Jane son felices viendo crecer a sus hijos y, sobre todo, son felices juntos.

Porque los miedos de Terry no se han cumplido. Durante esos cinco años no ha tenido, ni una sola vez, tentaciones de serle infiel a su mujer. Nunca.

No lo ha necesitado. Durante los cinco años de matrimonio su vida sexual ha sido variada e intensa. Jane en el lecho es igual que en el jardín, igual que todo lo que hace en su vida: le gusta experimentar y se entrega hasta el fondo, hasta las últimas consecuencias.

Y además, hay algo que no ha cambiado entre ellos: el profundo amor que se tienen. Un amor que no solo se ha mantenido inalterable, sino que se ha hecho aún más fuerte.

Porque el amor siempre vence.

FIN

Querida lectora, deseo que te haya gustado la historia de Terry y Jane.

Ya hay publicadas otras seis novelas de esta saga **"Solteronas"** .

El 1 de octubre de 2025 publicaré la historia de Liam, el hermano de Jane. Si quieres, ya puedes adquirir esa novela en preventa aquí: **"Lord Firestone y Miss Brown"**

Anteriormente publiqué otras sagas de novelas románticas de época: **"Hermanas Arlington"** , **"Damas Indómitas"** cuya próxima novela, ya en preventa, es "Encuentro en Escocia" y **"Los Cornwall"**, cuya primera novela puedes encontrar aquí: **"No necesito un vizconde"** .

Si te gustan las historias contemporáneas, puedes leer también otras novelas mías: "¡No te soporto, vecino!" y "Un conde del siglo XXI" (primera de una bilogía).

El resto de mis novedades irán saliendo publicadas en mi página personal de Amazon.

Olympia ❦